

























LAS  
MUJERES ESPAÑOLAS

PORTUGUESAS Y AMERICANAS.







LAS  
MUJERES ESPAÑOLAS  
PORTUGUESAS Y AMERICANAS

TALES COMO SON

EN EL HOGAR DOMÉSTICO, EN LOS CAMPOS, EN LAS CIUDADES, EN EL TEMPLO, EN LOS ESPECTÁCULOS, EN EL TALLER Y EN LOS SALONES.

DESCRIPCION Y PINTURA DEL CARÁCTER, COSTUMBRES,  
TRAJES, USOS, RELIGIOSIDAD, BELLEZA, DEFECTOS, PREOCUPACIONES Y EXCELENCIAS DE LA MUJER  
DE CADA UNA DE LAS PROVINCIAS DE ESPAÑA, PORTUGAL Y AMÉRICAS ESPAÑOLAS

OBRA ESCRITA

POR LOS PRIMEROS LITERATOS DE ESPAÑA, PORTUGAL Y AMÉRICA

E ILUSTRADA

POR LOS MÁS NOTABLES ARTISTAS ESPAÑOLES Y PORTUGUESES.

TOMO SEGUNDO.

MADRID

IMPRENTA Y LIBRERÍA DE D. MIGUEL GUIJARRO, EDITOR  
calle de Preciados, número 5.

HABANA

SEÑOR D. RAMON MOLINAS  
calle de Cuba, número 74.

BUENOS AIRES

LIBRERÍA LA PUBLICIDAD  
calle de Bolívar, número 77.

MDCCCLXXIII.



MUJERES ESPAÑOLAS

FOOTNOTES

---

ES PROPIEDAD DE D. MIGUEL GUIJARRO.

---



LA

# MUJER DE HUELVA

POR

D. ADOLFO MENTABERRY.

## I

Aunque el tipo de las mujeres de Huelva se diferencia esencialmente muy poco del de las de Sevilla, separadas como están estas ciudades sólo por el antiguo condado de Niebla, á distancia de diez y seis leguas una de otra, y siendo muy semejantes las costumbres de ambas Provincias, merece, sin embargo, descripcion especial, porque la identidad absoluta no existe en nada, y mucho ménos en la mujer, sér variable hasta lo infinito, que cambia moral y físicamente, segun los países, los tiempos y las circunstancias, mudando á cada momento de color, de ideas, de expresion y hasta de formas: verdadero Proteo de la creacion.

Pero á cada cambio, en cada metamorfosis, las organizaciones verdaderamente privilegiadas se hacen admirar más, y el hombre, condenado á vivir esclavo de esa caprichosa deidad, si alguna vez entrevé abismos cuya inmensa profundidad le aterra, más frecuentemente descubre gracias que le encantan, seducciones que le encadenan con el dulce atractivo del misterio, ó le deslumbran con el resplandor vivido de una revelacion.

Solamente, por más que observe mucho, no aprenderá jamas: que es el campo de sus especulaciones tan vasto como los horizontes de la ciencia universal, á traves de los cuales, aquél que más avanza, llega á saber que no sabe nada; y nuestra naturaleza es tan impresionable como la vista del viajero errante por las llanuras que el Nilo inunda: en ellas cree descubrir á veces, y ve distintamente, una alta montaña, un profundo valle, ó un oasis de verdura; mas camina abatido por el cansancio y abrasado de sed, sin arribar jamas; viene el crepúsculo, que es en Oriente bello y



fugaz como en el mundo la dicha, y se encuentra siempre en el desierto, abandonado, solo, sin albergue y sin agua. Todo fué una ilusion, una fantasia de las brumas. Pues la mujer tambien presenta estos fenómenos de *mirage*.

Y por eso ha dicho con razon un gran filósofo que es vulgaridad insigne decir, cuando de esta adorable materia se trata: «*Las mujeres son... de tal ó de cual modo.*» No; cada individualidad representa una teoria distinta en ese sexo hechicero, y el hombre que hubiera estudiado, si fuera posible, un millon de ellas, no podria establecer reglas generales sin exponerse á tropezar con una excepcion en cada una de las que examinase despues. Debe, por consiguiente, el que no prefiera dejarse arrebatar indiferente por el torbellino de la vida y abandonar el mundo como lo encontró, sin meterse á averiguar el *por qué* de las cosas, decir siempre: «*La mujer es...*»

## II

Mas no se crea por esto que, á falta de reglas generales, de leyes inmutables, no existen propensiones constantes, rasgos caracteristicos que, á más de la belleza y de la astucia, sirven de distintivo á la mujer. Esos rasgos se acentúan más ó ménos, segun la latitud de la region en que nace ó habita la hija de Eva. Así, en Huelva, por ejemplo, lo mismo que en toda Andalucía, y acaso un poco más, las mujeres se parecen todas en que desde ántes de vestirse de largo tienen novio.

El novio, si, en esos paises venturosos y floridos donde el sol sale tan temprano, es una moda perpetua, un mueble indispensable en toda casa, el complemento de todo traje femenino, el compañero del abanico y de la sombrilla, el apéndice de la reja, la mayor maceta del patio, un articulo, en fin, de primera necesidad.

Ni siquiera trata de envolverse en el misterio, gasa transparente de todos los amores, tul de ilusion la mayor parte de las veces, sino que reivindica altamente sus derechos, proclama su personalidad y se ostenta de dia y de noche al lado de su novia, sin recatarse de padres, hermanos, amigos, ni curiosos. Por la mañana le ofrece el agua bendita en la iglesia, acompañándola á casa despues de Misa, y permanece allí hasta la hora de comer; vuelve, charla con ella durante las largas horas de la siesta; no la abandona un punto en el paseo, y por la noche, como las sombras son la Providencia de los enamorados, es el primero que llega á la tertulia y pasa la velada sentado junto á su bella, en uno de esos patios arabescos, poblados de naranjos enanos y de jazmines dobles que crecen en pintadas macetas y esparcen su perfume á la luz tenue que filtra una farola al traves del follaje, ó que reflejan algunas linternas de colores, fantásticas luminarias más propias para exaltar la mente que para aclarar la embalsamada estancia, cuya bóveda de verdura deja apenas que la faz mística de la luna disipe con sus argentados rayos aquellas poéticas tinieblas, donde los dulces vocablos y los ardientes suspiros del deseo se mezclan con el murmurio de la fuente



de ocho surtidores que vierten cadenciosamente su raudal de líquidos diamantes sobre un tazón de mármol, coronado asimismo de macetas de albahaca, de geranio y de otras plantas.

Únicamente turban la armonía e interrumpen el silencio parlante de aquel sitio encantador las disputas que suelen estallar en una mesa situada en la galería ó en el salón del piso bajo, donde matan su tiempo jugando al tresillo los papás y los tíos de las niñas que están en la tertulia, ó las risotadas en que prorumpen las tías y las mamás, de cuando en cuando, para hacer ménos monótona su conversación sobre economía doméstica, ó sobre cuentos de vecindad, cuyos ecos tienen el doble objeto de animar la diversión un tanto y recordar de paso á aquella juventud amante, que está vigilada de cerca y no procede entusiasmarse más de lo que permiten las reglas de la moral universal y del derecho.—como se dice ahora, desde que se promulgó y rige hasta cierto punto la democrática Constitución de 1869.

Antes de las doce la tertulia se disuelve, retirándose á cenar las honradas familias; ciérranse las puertas, pero siguen abiertas las ventanas, y bien pronto detrás de cada celosía aparece una forma blanca, coronada de flores, que con rutilantes ojos mira al través, presintiendo los pasos del que espera ansiosamente. *Él*, entre tanto, avanza con rapidez por el extremo de la calle y llega al fin delante de la reja; uno de los costados de la celosía espesa gira como charnela, y las manos de los novios se encuentran y se estrechan en la oscuridad, oyéndose el estallido de algún ósculo casto y las entrecortadas frases con que continúa el coloquio dulcísimo de amores, interrumpido una hora antes.

¿Qué inventan, qué se dicen esos seres que tienen dedicadas veinte horas del día á su cariño, y al despuntar el alba no han terminado aún, y se separan con paso tardo, él volviendo la cabeza sin cesar, para verla otra vez; y pesarosa ella, siguiéndole con lánguida mirada, contemplando uno y otra con mal disimulado despecho aquella reja que los tiene todas las noches separados, que limita las expansiones de su amor, y parece decirles, como al mar las columnas de Hércules: *Non plus ultra*, de aquí no pasarás?

No he de contarlo yo, que esto lo sabe cualquiera que en su temprana edad peló la pava y recuerda cuán veloces pasaban aquellas horas dichosas; cómo, liado en su pañosa, no sentía el frío en toda una noche de crudo invierno; y cuál maldecía la indiscreción del sereno, cada vez que éste pasaba, chuzo en mano, y casualmente se le ocurría volver su reverbero hacia la reja en que conjugaba el verbo amar, y su cuerpo y el de la doncella, pegados á los hierros inflexibles, parecían querer incrustarse en ellos ó pasar al través.

¡Delirios del amor, sueños juveniles, dulces manías que pasan con la verde mocedad, única realidad acaso de la vida!

Yo no sé cuándo trabajan esos novios, cuándo comen, cuándo duermen: ellos parecen dedicados exclusivamente á amar, y no tienen sin duda otra ocupación. Ciertamente



ninguna es tan grata; mas, para consagrar á ella todo su tiempo, se necesita ser muy rico ó muy indiferente, un magnate ó un *lazzaroni*. Por eso Ernesto Feydeau ha dicho en *Daniel*, una de sus mejores obras, que las grandes pasiones son patrimonio de las gentes ociosas.

Sin embargo, en Huelva hace esta vida todo el mundo, y todo marcha, no obstante, ni más ni ménos que en los demas paises. Verdad es que el hechizo de aquellas mujeres esbeltas y nerviosas, de ojos africanos y tez de criollas, de cabello bruñido y labios purpurinos, de andar lánguido y dulce sonreir, que al suspirar respiran fuego por sus transparentes narices, es grande, es provocador, es irresistible.

Y luégo, con un clima que da tan ardientes consejos, bajo un cielo tan azul y tan puro, que de dia se mira como una coqueta en el espejo del Océano, y de noche cuelga la luna en el espacio para no cesar en su contemplacion, mientras luce el rutilante centelleo de los astros que tachonan su manto, ¿qué ha de suceder?

Contemplando en la serenidad augusta de una noche estrellada y silenciosa los prodigios de una naturaleza virgen y espléndida, viendo la vegetacion verde y floreciente que llega casi hasta el límite mismo de la arenosa playa que festonean de espuma y de brillantes las aguas agitadas por la brisa, y escuchando el mugido imponente de las olas cuando la marea sube, ¿qué alma jóven no tiene la aspiracion sublime de no ser mero espectador en ese magnifico concierto? ¿Qué corazon no siente el deseo de asociarse activamente á las grandiosas armonias de la creacion?

Ademas, ¿si se sintiera solo! Pero no; cualquier hombre que en la capital se retirase del muelle, ó en otro punto de la costa, sencillamente, de la ribera del mar, despues de haber admirado esas magnificencias á las altas horas, está seguro de que en una ú otra calle, bañada por la luz plateada del astro de la noche, cuyo disco le sigue cual si fuera el Endimion aquél que adoraba la pálida Diana, encontrará grandes rejas abiertas, aunque defendidas por espesas celosias, que dejan paso á la claridad que disipa en parte las tinieblas de dentro, y al aroma de las flores que perfuman la atmósfera de fuera; de modo que el hombre, impresionado ya y predispuesto á las más inefables emociones, apenas oye al pasar un timido suspiro, se pára ante la reja de donde salió, guarda silencio y escucha palpitante, percibiendo tan sólo la respiracion de la naturaleza que palpita á su vez en medio de la inmensa quietud.

Pero luégo interroga, insiste despues, y si con acento angustiado responden al cabo, entáblase por fin, á traves de los hierros, un diálogo muy parecido á los que se traban en los bailes de máscaras, pues tampoco allí se oye más que la estridente voz de una sirena, y sólo se ve acaso el brillo fascinador de dos luceros vivos y centelleantes.

¡Cuántos idilios, cuántos romances, cuántas leyendas amorosas, han empezado así!

Porque en una fiesta cortesana, en una de esas orgias de placer que se celebran en los grandes palacios del arte, las aventuras se ligan de éste ó del otro modo; pero terminan casi siempre por una cena ó una conversacion en un palco, siendo

aquí cómplices de la falta ó excusas del aturdimiento la música, el estrépito, las luces, el ejemplo, y á veces hasta el vino; mientras que allí todo duerme, ménos la naturaleza que vela; todo calla, ménos el sentimiento que grita; todo se inclina ante la majestad del silencio y de la noche, ménos el amor que recuerda y proclama con altivez su imperio con una voz enérgica primero y con otra más tímida después, pero que ambas se confunden muy luego, entonando un mismo himno de gracias al cielo que cobija á los amantes en aquel instante felicísimo y ha de reunirlos más tarde en el seno de la eternidad. Así es el prólogo de algunas grandes pasiones y de muchos coqueteos también. No nos elevemos.

En esa tierra afortunada, sobre la cual mi mente se pasea en el globo de mis recuerdos, la noche parece que tiende su estrellado manto para proteger á los enamorados, que acaricia con sus brisas más perfumadas; porque el día, aunque no ménos bello y esplendoroso, es radiante, es indiscreto, y las calles, inundadas de sol, están desiertas y no se prestan á las aventuras. Sus horas se destinan al trabajo; al trabajo, que podrá, segun dice Victor Hugo, ser la oración; pero que, ciertamente, no es la poesía. Los campos mismos, á pesar de su asombrosa fertilidad y de su aspecto pintoresco, están desiertos, y Cères domina en ellos sin rival, no atreviéndose Cupido á disputarle el cetro. Únicamente Morfeo se permite luchar con aquella deidad, y el caminante, errando por los olivares, tal vez encuentra en la puerta de un cortijo, ó en el césped de un prado, arrieros que descansan al fresco y alguna labradora que sesteá hilando, cosiendo ó meciendo un niño al compás de uno de esos poéticos cantares cuya cadencia nos legaron los árabes con las reminiscencias de sus sentimentales melodías; esas melodías no susceptibles de escribirse en ninguna llave, pero que nadie oye sin conmoverse, porque recuerdan con su grandiosa melancolía esas notas desgarradoras y profundas arrancadas á las grandes corrientes del *simoun* ó del *janxim* que bajan silbando del Himalaya ó del Atlas para borrar con furia asoladora el gran desierto de Sahara ó el pequeño de Bagdad, hasta la Arabia Feliz por un lado y hasta la Mesopotamia por otro, y murmurarán, al romperse en la cima verde de las tristes palmeras, ecos plañideros y sentimentales, como los que inspiraron al númen entusiasta del negro autor los admirables cantos que forman el poema romántico de los beduinos.

### III

En las aldeas, sobre todo en las de la sierra de Andróbala, país agreste que habita una población de cazadores y contrabandistas, tan enemiga de los carabineros como de los jabalies, es donde únicamente se encuentran ya tipos de la antigua raza, así varoniles como femeninos, vestidos con el característico traje local, tan pintoresco, original y elegante; mas pronto no los habrá tampoco, pues casi toda la región



aquella, el Norte de la Provincia, es una cuenca de cobre, y los mineros acuden de todos los países de España y del extranjero, llevados por la fama de minas tan ricas como Riotinto y Thársis.

Hasta en la cumbre abrupta del Alozno hay factorías, fábricas de metales y grandes almacenes de salmones que se exportan por la barra del Guadiana á Inglaterra y América; por doquier se oye hablar la lengua inglesa y la alemana; y muy luégo habrán desaparecido el misterio y la poesia de aquellas breñas, marcadas por caminos donde en lugar del arrogante caballista, vestido de majo y enjaezado su potro á la jerezana, con un trabuco al costado y su *jembra* á la grupa, sólo hallará el viajero convoyes de carretas cargadas de mineral, capataces con sombrero hongo é ingenieros de barba rubia, con bota á *l'ecuyère* y trotando á la inglesa sobre caballos de la Loma de Úbeda, en compañía tal vez de damas elegantes con amazonas grises, guantes de gamuza y flotante velo azul, á la moda de Hyde-Park, lo cual es mucho más culto, ciertamente, pero tambien mucho más prosaico. ¡Ah! ¡La civilizacion mata á la leyenda!

#### IV

Mas sea bendita, venga cuanto ántes y progrese con rapidez, ya que á cambio de fantasías románticas trae á los pueblos tantas mejoras y á sus habitantes tanto bienestar.

Solamente, ahora que aún es tiempo y queda todavia algun color local, siquiera sea en remotos confines, dejadme penetrar en lo más fragoso de la sierra y presentaros una de aquellas lindas montañesas, ataviada á la antigua usanza, ántes que los mineros y negociantes acaben de introducir los adelantos de la industria moderna, que todo lo vulgariza con sus percales de á dos reales metro y sus pañuelos estampados en Manchéster ó en Cataluña, como se usan ya en los pueblos del llano, donde, proscriptos el calzon bombacho y los botines de cuero cordobes, el corto guardapiés y la airosa mantilla de tira, el andaluz sólo se distingue por su marselles bordado, su faja de seda y su sombrero gacho, y la andaluza por sus ojos de fuego, su pié invisible y su gracia encantadora. Todo lo demas, asi en los campos como en las ciudades, va siendo ya uniforme y propende á una nivelacion monotoná y desesperante para el que adora lo pintoresco.

La raza, como he dicho al principio, es hermosa y fuerte, armonizando perfectamente el vigor con la gracia; se entiende, en cuanto á las mujeres; que, respecto á los hombres no puedo yo ser voto, porque jamas se la encontré á ninguno; ademas, mi mision aqui se reduce á tratar sólo de ellas, y me encierro con mucho gusto dentro de la consigna.

Figuraos, pues, una moza gallarda, á la par que robusta; niña de quince abriles,

à cuya edad en Andalucía la mujer ha adquirido ya todo su desarrollo, que baja ondulando suávemente por la verde ladera y se aparece al caminante, con su saya azul listada de blanco, bastante corta para dejar ver una pierna hecha à torno, ó dos, y unos piés diminutos, calzados con medias azules acuchilladas de blanco, y unos zapatitos escotados, de cuero blanco tambien, sin galgas ni nada, pero que se sostienen por si mismos, cual si estuvieran contentos con servir de cárcel à tan lindos prisioneros; un corpiño de damasco grana, recamado de oro en todas las costuras, y cuyas mangas cubren solamente la mitad del redondeado brazo, ajusta su talle esbelto y sube hasta la garganta, púdicamente velada por los picos enlazados de una pañoleta cuadrada de encaje blanco, que ella misma tejió, y lleva garbosamente sobre sus cabellos que relucen, negros como el ébano bruñido, al traves de las mallas de la toca.

Unos pendientes gruesos de coral lleva por preseas; pero son ménos rojos que el fresquísimo estuche donde guarda las perlas de sus dientes, que enseña con coquetería ingenua al notar la admiracion de que es objeto, sin darse cuenta de ello. ¡Tan natural le parece ser hermosa, y tan sabido tiene que es la reina del baile que hay todos los domingos en la plaza del pueblo! Como que los mozos paisanos suyos la miran siempre con ojos relucientes, cuando al salir de Misa atraviesa el atrio de la iglesia, ruborizada y mirando confusa al suelo, miéntras camina; y de noche está acostumbrada à que la ronda cante junto à sus ventanas las coplas más lisonjeras y apasionadas.

Esta figura, apareciéndose de improviso entre un grupo de encinas ó de robles, plantada sobre el cèsped, al borde de una corriente de agua cristalina que murmura entre festones de aromosas flores y refleja su imágen, es una tentacion; mas ¡guay! de caer en ella, requiriéndola de amores en términos demasiado expresivos, que corre como una corza y es valiente cual la cabra montés. Capaz sería de hacer un desaguisado al que osara atentar à su pureza.

Esto... si lleva la toquilla suelta y flotantes los picos, porque el tenerla atada bajo la barba, como dije àntes, indica que es casada; y entónces, si corre, es para llamar à su marido, con cuyo atezado rostro, crespas patillas y descomunal cuchillo, es mejor que ningun seductor haga conocimiento. Bien se necesita ser tan bravia para transitar sola por aquellos jarales, dispuesta à ahuyentar con sus gritos al jabalí salvaje, y con sus puños al transeunte ocioso ó enamorado, que se enardece al ver una serrana y la contempla con ojos codiciosos; mas tambien pela la pava; que tiene novio, ó no sería andaluza; y si no la hechiza con el vil metal algun minero rico, para que huya con él, yendo à perderse en la corriente turbia y cenagosa de las grandes ciudades, donde naufragan tantas hermosas, victimas de un primer extravio, pronto se casa, tiene hijos, engorda y envejece como cualquier mortal.

¡Pensar que esa criatura tan gentil y tan fresca, cuyo gracioso andar, transparencia de cútis y finura de extremos dan un mentis à toda la ley de razas (pues



más que una serrana parece una duquesa disfrazada, que de incógnito viaja por la Arcadia), ha de pertenecer á un leñador hercúleo, de manos callosas y voz enronquecida por las libaciones de aguardiente, sucio, feroz y desaliñado! No hay hombre galante, no hay alma sensible, ni celibatario de profesion, artista, en fin, de esos que rinden culto á la forma viva y son esclavos de lo bello, que no se estremezca de horror ante esa perspectiva. Monstruoso parece, efectivamente; y, sin embargo, es lo mejor que puede suceder á la inocente hija de las sierras; porque si cede á las lisonjas del espejo liquido en que se mira siempre que va á la fuente: si se aduerme al arrullo galante de algun cacique de lugar, ó de otro hombre de condicion superior á la suya, corre todos los temporales que agitan el mar de las pasiones, todos los peligros del mundo, desde el torbellino embriagador de la opulencia hasta la calma fria de la miseria.

Por eso siempre que yo he visto de lèjos próximo á naufragar el esquife de una de esas campestres inocencias, no podia ménos de exclamar, como Espronceda:

¡Allá va la nave!  
¿Quién sabe do va?  
¡Ay! ¡Triste el que fia  
Del viento y la mar!

No, no; más vale que sus mejillas de azucena y de rosa las curta el sol, que queme sus labios el cierzo frio de las montañas, que el agua helada de los manantiales haga caer sus perlinos dientes y encorve su cuerpo la fatiga: que un dia verá renacer en sus hijas su hermosura marchita, y al morir en la choza, junto al hogar ahumado del montañes selvático, Dios la bendecirá y abrirá á su alma pura las puertas del empireo.

Pero es triste, muy triste, que se deslustre y pierda en yerta soledad tanta belleza y tan supremo encanto. ¡Ah! ¡Si no hubiese más que una vida!

## V

La piedad religiosa ha difundido sin duda estas ideas en las diversas clases sociales, que todas rivalizan en fervor cristiano y son fieles observantes del culto católico, pues la Provincia de Huelva es en toda Andalucia la que ménos contingente da al ejército de la prostitucion, á pesar de la gran belleza y galantes costumbres de sus mujeres, mientras que Sevilla, Málaga y Granada tienen, como Valencia, el privilegio de surtir de hermosuras el gran mercado del amor; ese abismo de vicios, de crímenes y de miseria, donde van á hundirse tantas victimas de la depravacion del hombre, tantas virtudes malogradas, tantos ángeles caidos, tantas flores marchitas.

No poco contribuyen á ese resultado, satisfactorio para la moral pública, el aislamiento y la austeridad de la vida campestre, que quitan ocasion al pecado y sólo dan lugar á aquellas faltas que se cometen por un exceso de cariño, pues la contemplacion de las maravillas naturales induce más á la santa resignacion cristiana que la existencia de las grandes ciudades, donde una poblacion de obreros famélicos y harapientos, con hijos ambiciosos é hijas bellas, asiste constantemente al festin de los opulentos, de lèjos y sin columbrar siquiera la posibilidad de tomar un dia parte en aquellos goces.

Este suplicio de Tántalo de todos los dias y todas las horas, excita los apetitos y subleva la concupiscencia de la débil naturaleza humana, cuyos instintos son tanto más indomables cuanto es más vigorosa y está ménos domada por la educacion. Nada tiene de extraño, por consiguiente, que el vicio y el crimen, que de cerca le sigue, causen más estrago en estos inmensos hormigueros de gente que en las familias rurales, cuyos individuos, buenos y sencillos labriegos, no tienen ni aún la idea de ciertos placeres, ó en todo caso puede consolarse con los inefables goces que siente toda alma pura en presencia de los prodigios de ese portento infinito que se llama la creacion.

Indudablemente está más cerca de Dios quien á ménos distancia admira sus obras; y cerca de Dios, pronunciando su sacrosanto nombre y el alma poseida por el sentimiento de su soberana omnipotencia, es muy difícil caer en el pecado.

De este modo se explica la virtud que se observa en la poblacion rural y, generalmente, en todas las clases pobres de la Provincia de Huelva, cuya moralidad tiene un nivel más alto que el de la clase media, en la cual, sin embargo, la ligereza de las costumbres no produce las tragedias é infortunios que serian de temer, atendido el abuso que se hace de la galanteria, gracias á una gran tolerancia por parte de los hombres, á una providencial falta de memoria, que tiene mucho de magnánima é imponen quizas las leyes del clima; pues lo cierto es que todas las muchachas, aún las de vida más borrascosa y aventurera, concluyen por casarse buenamente, condenan al olvido sus devaneos antiguos, y no suelen conducirse despues ni más ni ménos bien que esas jóvenes de principios rígidos y educacion severa que nunca conocieron más que á su prometido, feliz mortal que las obtuvo con el beneplácito de la familia, el permiso del Juez municipal y la bendicion del cura Párroco.

## VI

De propósito he dejado para lo último el ocuparme de las clases altas, de la aristocracia de la sangre ó del capital, porque éstas, ademas de ser necesariamente muy reducidas en número, limitándose en todas las Provincias á contadas familias, no



caracterizan un tipo especial, sino que viven en cierto modo aparte, encastilladas en su distincion, y se parecen todas unas á otras, no ya en ésta ó en la otra region de un Estado, sino en todas las naciones, en todos los continentes, en todas las islas y en todos los paises del mundo civilizado.

Pietistas en religion, esclavos del principio de autoridad en política, y de costumbres patriarcales en el hogar doméstico, los individuos de esas clases se esmeran en la educacion de sus hijos, procuran casar ventajosamente á sus hijas, sin permitir que, especialmente éstas, alternen nada más que con sus pares, para evitar que se vulgaricen y pierdan el aire de superioridad que revela pertenecen á una casta distinta del comun de las gentes.

Los jóvenes tienen más libertad, porque no corren tantos riesgos como sus hermanas, ó en todo caso se la toman ellos cuando no se la dan; pero las mujeres es otra cosa.

Desde niñas, el figurin que llega de Paris es su ley en cuanto al traje; pasean siempre en coche, apeándose tan sólo en sitios reservados, como el jardin de una casa amiga, la huerta de un cortijo, ó el soto donde caza papá con sus amigos; oyen Misa en el oratorio de casa, ó van á la iglesia con mamá, con el aya ó una tia carnal cuando ménos, solterona, cuyo rencor por no haberse casado la hace detestar á la humanidad y no consentir que dos jóvenes de distinto sexo se miren tan siquiera; en visita sólo ven á sus parientes, amigos antiguos de la casa, algun alto funcionario militar ó civil de la Provincia, y tal cual extranjero de distincion que llega de luengas tierras, provisto de eficaces recomendaciones, y es convidado á comer ceremoniosamente algunos dias.

Á veces éstos intiman y llegan á casarse, especialmente los ingenieros y accionistas de minas que van á sus asuntos y permanecen en el pais muchos años; pero esto no hace sino propagar la educacion enciclopédica de que ántes he hablado, pues todos ellos recibieron la misma, de manera que visten á la francesa, cabalgan á la inglesa, mezclan en su conversacion vocablos extranjeros, lo han visto todo, y presentan en definitiva ese tipo cosmopolita, distinguido y desenvuelto, que tienen las gentes de *bonne compagnie*, ó sean personas principales, para decirlo en castellano, en todos los paises del globo, ora vivan bajo la latitud del Polo y se abriguen con pieles de oso de la Laponia, ora moren entre los Trópicos, y la seda y el dril sean pesados para sus cuerpos nerviosos.

Cualquiera que haya errado un poco por el mundo y recorrido más ó ménos todos los paises en que nuestro planeta se divide, ha podido notar, en las naciones que se apellidan cultas y pasan por civilizadas, esos rasgos comunes á las aristocracias, que establecen semejanza entre todas, y se han hecho más y más sensibles desde que las familias acomodadas tienen costumbre de confiar á ayos ó profesores extranjeros la educacion de sus retoños. Por último, el obligado viaje del joven calavera á Paris, Lóndres, Hombourg y Baden, ó la excursion de placer á estas mismas ciudades, que

hace toda persona recién casada que tiene el debido respeto de si misma, ó sean los miles necesarios al efecto, completan la obra.

No hay, pues, que buscar en las capas superiores de la sociedad rasgos locales, carácter provincial, ni siquiera sello de nacionalidad en su fisonomía externa, que es la misma, repito, en todas partes, por más que en el fondo y á pesar de tantos cruzamientos, ó más bien á causa de ellos, las aristocracias conservan todavía en parte el vigor y la dignidad que ántes tenían las razas nobles, de cuyo poder é importancia no queda sombra hoy, y que esas tendencias al cosmopolitismo no hayan debilitado en nada el amor patrio de sus individuos.

Para encontrar tipos que tengan un carácter propio y original, es preciso descender en la escala social hasta un nivel donde la civilización moderna no ha penetrado apenas; y por eso en los campos de Huelva yo he encontrado á las gallardas hijas de la sierra de Andróbala, y en la ciudad á las jóvenes que pelan la pava y se cubren de flores la cabeza con una profusión verdaderamente pagana, pero con una gracia exclusivamente andaluza.

ADOLFO MENTABERRY.





LA

# MUJER DE HUESCA

POR

D. MANUEL JUAN DIANA.

Caía sobre nosotros esa pesada atmósfera que hace subir el termómetro á 38 grados á la sombra, en cuya agradable temperatura, propia sólo de las salamandras, casi respirábamos los pobres madrileños que no habíamos podido huir á las Provincias septentrionales, sedientos de aspirar las frescas brisas del Océano.

Cuéntase que el náufrago que agarrado á una tabla, ó sobre frágil bote, es arrastrado horas y horas como leve pluma por las furiosas ondas, extenuado al fin de hambre y de sed, aterido de frio y muerto de cansancio, sueña despierto en todo aquello que más anhela, y su febril imaginacion le traslada en delicioso éxtasis á hermosos y dilatados pensiles, cuyas fuentes le brindan aqui y allá sus cristalinas aguas: allí ve, á la inmensa sombra de los corpulentos árboles, mesas cubiertas de succulentos manjares, que le atraen con sus deliciosos olores; entónces, poniéndose en pié, arrebatado por aquella ilusion fascinadora, pierde el juicio, y un solo paso le sumerge en los profundos y tenebrosos senos de Anfitrite. Asi tambien, durante la canícula, el abrasado madrileño, sofocado, con un palmo de lengua fuera, sudando á mares y respirando apénas, sueña en las hermosas playas de Cantabria, en aquellas brisas, que despues de rizar besando las cerúleas ondas, llegan á nosotros embalsamadas por las florestas; y embriagado á su vez con tan seductora fantasia, da otro paso, cae en la Puerta del Sol, de donde sale á duras penas, achuchado por los empellones y como quien escapa de una caldera hirviendo.

Uno, pues, de esos dias caniculares, me hallaba yo rodeado de mi mujer é hijo, que forman hoy mi reducida familia, cuando una carta, cayendo como bomba entre



nosotros, me obligó á hacer mi equipaje y á prepararme para una ausencia, que segun mis cuentas no deberia pasar de quince dias.

Una hora despues rodaba un coche de plaza hácia la estacion del Mediodia, adonde llegué tan á tiempo, que sólo le tuve para tomar apresuradamente un billete, dar un abrazo á mi mujer, un diluvio de besos á mi hijo, y lanzarme en un coche de primera.

—¡Papá! ¡papá!—gritaba mi hijo, llorando á lágrima viva, cuyo llanto me partia el corazon. Pero el infernal silbido de la máquina ahogó sus tiernas é infantiles voces y el tren partiò, si no con la velocidad del rayo, al ménos con la de una galera acelerada.

¿Quién duda que una separacion, por corta que sea, deja siempre impresiones dolorosas entre las personas estrechamente aprisionadas por los dulces lazos de la familia?

Mi alma necesitaba desterrar aquellas ideas melancólicas. Afortunadamente, los viajes en nuestros dias nos ofrecen á cada paso variada conversacion, improvisada á veces con personas que jamas hemos visto y que dejamos de ver á las pocas horas.

Me proponia, pues, hablar, hablar mucho, con el primero que hallase á mano. Me serviria de pretexto para entablar conversacion el picaro calor que nos abrasaba, que de algo habia de servir en el mundo esa atmósfera de horno, en la que sudarian el quilo hasta los mismos diablos; pero el aturdimiento y el disgusto que me acompañaron al entrar en el coche, me impidieron reparar que sólo llevaba un compañero de viaje; uno solo, y ése inglés, que á gritos lo decia su figura y lo publicaba su traje desde una legua de distancia.

Parecia, áun sentado como estaba, un hombre de colosal estatura; era seco, sumamente seco, y su acartonado rostro asomaba apenas por entre unas enormes patillas, rubias como el oro y ensortijadas como el pelo, ó si se quiere lana, de la cabeza de un negro.

Le cruzaban el pecho dos ó tres correas y otros tantos cordones, de los cuales pendian frascos, carteras y bolsas de viaje.

Al dirigirle la primera mirada, le saludé cortesmente, llevando la mano hasta tocar el ala de mi sombrero; pero el hombre se mantuvo tieso como un huso, si bien inclinó imperceptiblemente la cabeza.

Como viese resbalar por su rostro dos gruesas gotas de sudor, dije para mi capote: «Ésta es la mia.»

—¡Qué calor!—exclamé.

Pero el inglés no despegó los labios.

—¡Treinta y seis grados! ¡Cuarenta grados! ¿Estamos en el Senegal?—dije bufando.

Mi hombre permaneciò en el mayor silencio.

Alarguéle mi abanico de toros, pero él, sin darme las gracias, cogió de su asiento uno, tamaño como una vara de medir, en que yo no habia reparado, y me lo enseñó por única respuesta.

Convencime, en vista de lo que sucedia, de que el calor no sirve para maldita de Dios la cosa.

Confieso que aquella extremada circunspeccion y aquella inmovilidad me dejaron cortado; quedeme como quien tropieza de manos á boca con la estatua del Comendador en el famoso *Convidado de piedra*. ¡Eso me faltaba á mi, que anhelaba entablar un diálogo con el lucero del alba, aunque fuese de cosas ilusorias é improbables, de las particulas alimenticias de los espárragos de Aranjuez, de la policia urbana de Madrid, ó de la Hacienda española!

Eché al aire, como aquél que dice, algunos correos, esto es, aventuré alguna pregunta, pero todo fué en vano; mi hombre permanecía petrificado. Fingi que me habia pinchado en el asiento y me levanté de un salto, dando un grito. ¡Que si quieres! Me oyó impasible renegar de la empresa del ferro-carril, de sus empleados y del género humano.

Desengañeme al fin y me resigné al silencio, pero con ánimo de huir de aquel hombre disecado, de aquel trozo de mármol de Carrara. Hice firme propósito de saltar del coche en la primera parada y de seguir mi viaje aunque fuese á pié, si no encontraba otra parte donde meterme.

Pero ¡cuál fué mi asombro cuando, ansioso de respirar un aire más puro, saqué la cabeza por la ventanilla del coche!

Vi fijada en ella una tablilla, y lei estupefacto: «*Reservado*.»

¡Dios poderoso! ¡Aquel coche era reservado! El pobre inglés habia querido viajar solo; lo pagaba para su sola persona, por uno de esos caprichos de los hijos de Albion, y yo, en mi aturdimiento, habia invadido su terreno, su casa, sin reparar en aquel rótulo, ni dar tiempo para que nadie me advirtiese aquella inconveniencia involuntaria.

Quedeme un breve rato perplejo, sin saber qué partido tomar. Tentaciones tuve, tal era mi rubor, de abrir la portezuela y salir del coche, manteniéndome á la parte de afuera, al modo que lo hacen los empleados de la via que reconocen los billetes.

Afortunadamente, no se hizo esperar la primera parada, que era de cinco minutos. Púseme en pié, y ántes de abrir la portezuela dije respetuosamente á mi compañero de viaje:

—Caballero, ruego á usted que perdone mi atrevimiento; entré en este coche sin reparar en la tablilla que dice: «*Reservado*.»

—¡No!—dijo secamente aquel extraño personaje.

—¿Cómo que no?—pregunté yo, mirándole con extrañeza.

—¡No!—repitió él, cogiéndome suavemente por el brazo y obligándome á tomar asiento.

—Pero...—repliqué yo, rehusando sentarme.

—Usté compaÑar á mi todo camino,—dijo el inglés con tono áspero y mirada iracunda.



—Caballero,—repuse,—usted quiere ir solo; perdone usted.

—Dicho yo: usted vendrá conmigo todo camino, y usted queto.

Dijo estas palabras con tal imperio y de una manera tan brusca, que estuve á punto de intentar mi salida del carruaje, aún cuando tuviera que luchar con él á brazo partido. Reflexioné algunos instantes, y cuando me disponia á emprender mi retirada, comenzó á andar el tren, y renuncié por entónces á dar un escándalo.

No adivinaba si la extraña salida de aquel hombre estrafalario tenía por base la cortesía, el deseo de proporcionarme alguna comodidad en su coche, ó era que se habia propuesto tenerme preso é incomunicado durante el viaje.

Me propuse saberlo; pero mi amable compañero se limitó á contestar con un monosilabo incomprensible, y que yo traduje con esta frase española: *Déjeme usted en paz.*

Pero repentinamente me preguntó:

—¿Usted caminar lécos?

—Voy directamente á Zaragoza y despues á Huesca. ¿Y usted?—pregunté muy contento, pensando que el hombre iba humanizándose.

Pero contestóme con el monosilabo consabido, que repitió á cada una de mis preguntas.

—Pues, señor,—dije yo entre dientes,—en la primera parada nos verémos.

—¡Quince minutos, fonda!—oi gritar al arribar á una estacion.

Parar el tren y lanzarme fuera del coche fué todo uno; y ya desde abajo, y todavia con el pié en el estribo, me despedí del inglés y me metí en la fonda.

En ella entró tambien el mudo personaje, á quien seguian de cerca dos criados, ingleses tambien, á juzgar por sus trajes y figuras.

Tomé apresuradamente un bocado, tan caro como malo, y salí en busca de otro coche. ¿Cómo habia yo de pensar que el inglés seguia mis pasos? Pero volví la cabeza y se encontraron nuestras miradas.

—Mi coche todo camino,—dijo.

—Perdone usted; su compañía me es muy agradable y me honra por demas, pero yo hablo mucho en los viajes, y tal vez por no conocer usted á fondo mi idioma, ni yo el de usted, permanecemos mudos las horas muertas; con que así, beso á usted la mano.

Y al decir esto di algunos pasos.

Senti en seguida una mano que se habia agarrado á mi brazo.

—¡Eh! ¡Suelte usted!—le dije, separándome de él con un esfuerzo violento.

—Usted venir conmigo.

—Pues yo no iré con usted.

—Usted romper mi plan de caminar solo.

—De lo cual pedi á usted mil perdones, y repito lo dicho.

—Usted interrumpir á mí, y la fatalidad disponer que yo caminar acompañado.

—Señor mio, yo no entiendo de eso. ¿Le falté á usted? Pues le pido perdon, y santas pascuas.

—Yo tener pistolas cargados.

—¿Y á mi qué?

—Yo no querer matar á usté.

—Gracias.

—Porque usté tener muguer y muñeco. Yo vi en Madrid, y yo no querer matar un hombre que estar papá.

—Gracias; pero eso de que llame usted muñeco á mi hijo...

—Yo creer que todo hombresito pequenio estar muñeco; y ahora venir usté mi coche.

—He dicho que no.

—Yo no matar usté, pero yo matar á mi si no viene al coche.

Y en esto echó mano á una de las bolsas de viaje que colgaban de su cuello.

Uno de sus criados, que se habia colocado á su espalda y nos estaba escuchando, me hizo señas, que yo traduje con estas palabras:

—Acceda usted, por Dios; porque si no, se mata.

Quien conozca el carácter excéntrico de algunos ingleses no extrañará una determinacion tan descabellada por una bagatela. El ademan resuelto con que pronunció las últimas palabras me hizo comprender que no me quedaba apelacion, y me resigné á salvar su vida, á costa de algunas horas de tormento.

Seguile sin hablar palabra hasta su coche, entramos, ocupamos nuestros asientos y llegamos á Zaragoza, sin que ninguno de los dos volviese á desplegar los labios.

Le hice una cortesia, que apenas fué contestada, y salté del coche con esa dulce satisfaccion del que recobra la amada libertad que vió perdida.

Miéntas permaneci en Zaragoza le encontré varias veces extasiado delante de algunas fachadas antiguas de bella arquitectura. Apuntaba unas veces en su cartera, hablaba otras con las gentes del pueblo, y yo pasaba de largo, dejando de admirar acaso alguna belleza artistica, por no hallarme cerca de semejante posma.

Pasé despues á Huesca, y evacuados los asuntos de familia que alli me llevaban, me propuse recorrer la Provincia por mero placer, por conocer los usos y costumbres de sus habitantes.

En Albelda vi las carreras de los mozos, ejercicio á que son muy aficionados, y que presencian y premian los Ayuntamientos de algunas localidades.

No referiria esta costumbre de los mozos, si no fuera porque tiene inmediata relacion con las mujeres.

Calderon resumió en el titulo de una de sus obras la más bella cualidad del español, que todo lo considera secundario despues de la mujer que ama.

*Antes que todo es mi dama*, dijo el gran poeta; y ese sentimiento caballeresco es natural aqui en todos los hombres, sea cual fuere su clase ó jerarquía.



Las carreras de los mozos, de resultas de las cuales enferman algunos y pierden la vida, se verifican las más veces por la noble ambicion de arrojar el premio á los piés de la mujer amada.

Cada uno de aquellos gimnastas, que pudiéramos llamar al natural, tiene un padrino, una persona de clase que le defiende, apuesta por él, ó le señala premio.

La carrera que presencié ofrecia un gran aliciente, porque el padrino<sup>1</sup> del que más corria en Albelda y era célebre por eso en toda la Provincia, señaló como premio una faja moruna, bordada de oro, seguro, como estaba, de que su ahijado habia de llevársela contra todos los corredores de España.

Se habia hecho divulgar la noticia por la Provincia, depositándose la faja durante quince dias en la capital del juzgado, que es Tamarite, para que fueran á verla cuantos quisieran.

Pero ¡oh fatalidad! ocho dias ántes de verificarse la carrera, fué atacado de una enfermedad Agustin Purroy, el ágil corredor de Albelda, por quien precisamente se hacia la fiesta.

Esta nueva se extendió por la comarca, y muchos corredores, que no pensaban disputar el triunfo al famoso Purroy, iban á acudir á la cita, con esperanzas de alcanzarlo.

Agustin habia llamado á la cabecera de su cama á su padrino y le habia hecho saber que, á pesar de su estado y de la prohibicion del médico, pensaba correr y morir en la demanda, primero que Albelda pasase por la afrenta de que un forastero se llevase la faja.

Nadie, excepto el padrino de Agustin, estaba en el secreto de su atrevido intento.

Se trataba de correr una extension de cuatro kilómetros, al cabo de los cuales formaba el terreno una altura como en anfiteatro, sobre cuya cima se habian colocado miles de personas.

Un Regidor del pueblo, situado en sitio conveniente, tenia la faja en la mano.

Se acercaba la hora de dar la señal, y momentos ántes vieron aparecer en el sitio al denodado Purroy; venia, como todos los contendientes, descalzo de pié y pierna, con la camisa y un calzon hasta la rodilla, y en la cabeza una cinta para sujetar el pelo.

Estaba pálido y desfigurado por la dolencia. Cuantas personas habia en el palenque prorumpieron, al verle, en una exclamacion de sorpresa; pero la gran multitud que ocupaba el término de la carrera, nada sabia de este inesperado acontecimiento.

La presencia de Agustin desanimó tanto á algunos de los corredores, que no atreviéndose á disputarle el premio, aun viéndole enfermo, se retiraron, pero quedaron los tres más acreditados en la comarca.

<sup>1</sup> Mi amigo el excelentísimo señor D. Manuel Leon Moncasi, el cual, como hijo de la Provincia, me ha proporcionado algunos de los datos de que me he servido para escribir este artículo.

Sonó un tiro, que era la señal, y vióse volar á aquellos cuatro hombres.

Agustin les llevaba desde el principio la delantera.

La ansiedad de la concurrencia era grande, porque todos, cuál más, cuál ménos, tenían el más vivo interes por éste ó por el otro, y se habian cruzado grandes apuestas.

Hacia una revuelta el camino, que impedia á la inmensa multitud la vista de los corredores, los que sólo aparecerian de lleno cuando faltase una cuarta parte del estadio.

Hubo uno de los espectadores que reconoció á Purroy tan luégo como apareció á su vista, y pronunció su nombre con un grito.

Aquello fué una explosion de alaridos, de aplausos, de exclamaciones entusiastas. Veianse por el aire mil sombreros, multitud de abanicos; veianse mil brazos extendidos, mil bocas abiertas.

—¡Agustin! ¡Agustin!—repetia la multitud con frenéticos gritos.

Y Agustin volaba delante de sus ágiles competidores; pero ántes de llegar al término de la carrera parecia que le faltaba aliento, pues de unos diez pasos que llevaba de ventaja habia perdido seis, y ya casi le rebasaban los contrarios.

Pero avanzó con un supremo esfuerzo, y precipitándose el primero sobre el Regidor que tenía la faja, se la arrebató de las manos.

La concurrencia redobló entónces sus alaridos, sus bravos, sus aplausos.

Cuatro amigos de Agustin, á quienes su padrino habia enterado del secreto, le estaban esperando con mantas, y envolviéndole con ellas en seguida y colocándole en una escalera de mano, lo condujeron á su casa.

Se habia agrupado mucha gente alrededor del héroe laureado de este ejercicio gimnástico, cuya costumbre nos dejó la dominacion romana, como éstos lo aprendieron de los griegos.

Al llevarsele como en triunfo se deshizo el corro, y vi aparecer delante de mí á un hombre de funesto recuerdo.

¿Quién habia de pensar que en aquel semblante marmóreo resplandeceria alguna vez el entusiasmo?

Se habia verificado una resurreccion en el inglés, y se dirigió á mí casi con los brazos abiertos y la risa en los labios.

—¿Usté visto—me dijo—hombres como españoles?

—No señor, no los he visto; como que son capaces de hacer á usted comunicativo, y hacen hablar á las estatuas.

Pero el inglés no comprendió la pulla, ó no la tomó en cuenta, y continuó diciendo:

—Y usté, que está español, viene con yo á mercar faja que han dado ese hombre.

—¡Cómo! ¿Á comprar la faja que ha servido de premio?

—Sí.

—¡Bah! No tiene usted dinero para eso.



—Yo tener mucho dinero; yo dar mil libras, dos mil libras, al momento por faja.

—Aunque diera usted mil arrobas.

—Digo libras esterlinas.

—Ya lo habia comprendido.

—¿Y por qué no vender?

—Porque las costumbres que nacen de los afectos del alma y de las condiciones más nobles del carácter, no se venden en España. Ese jóven que usted ha visto, echará á los piés de su amada ese trofeo, aunque usted le ofreciera por él todo el oro que encierra el Banco de Lóndres.

—Bien: yo comprar faja á su amada.

—Y su amada le enviará á usted á paseo, creyendo que la hace la mayor ofensa.

—Yo probaré.

—Pues yo aconsejaré á usted que no se meta en eso, si no quiere que le escabechen.

—¡Escabechen! ¡escabechen!—repitió el inglés, haciendo señas á uno de sus criados, que se habia mantenido á cierta distancia.

El criado se acercó, y adivinando lo que deseaba su amo, sacó un libro de un neceser que llevaba en la mano, y se lo presentó.

No era difícil saber que se trataba del *Diccionario de la Lengua*.

El inglés lo tomó en la mano, y yo le volví la espalda, no sin decirle:

—Buena suerte, Milord; escabechar se llama el verbo.

Dos semanas pasé agradablemente recorriendo en várias direcciones la fértil y pintoresca Provincia de Huesca, y como testigo ocular puedo hacer un relato fiel de algunas costumbres raras de sus habitantes.

Permitaseme, sin embargo, una indispensable digresion, con la seguridad de que pronto entraremos en materia.

Enclavada la Provincia de Huesca entre las de Lérida, Zaragoza y Navarra, confina en su parte Norte con Francia, y se llama el territorio en que se extiende *el Alto Aragon* por la elevacion de sus montañas pirenaicas.

En sus ásperas vertientes se forman los hermosos valles de Ansó, Hecho, Aragónes, Aisa, y otros de ménos nombradía.

Vemos en Diodoro Siculo que los fenicios vinieron á Huesca, llamada entónces Osca, codiciosos de los grandes tesoros que extraian de las ricas minas de oro y plata abiertas en sus inmediaciones, preciosos metales que eran allí más acendrados y puros que en ninguna otra parte de España; y así se decía por excelencia *oro y plata de Osca*.

En tiempo de Augusto se la conocia con el nombre de *Urbis victris Osca*, cuya inscripcion se lee en el escudo de armas de la ciudad; y su importancia se conocerá recordando que Sertorio fundó en ella várias escuelas de letras griegas y latinas, César la dió el titulo de *vencedora*, y Plutarco la llama ciudad grande y poderosa.

La invasion agarena la puso en manos de estos enemigos, hasta que en 1096 la conquistó el Rey D. Pedro I de Aragon.

En 1136 tuvo lugar en esta ciudad el famoso acontecimiento de la Campana de Huesca. Cansado de las demasias de los grandes D. Ramiro II, nombrado *el Monje*, los llamó, con pretexto de consultarles sobre cierta campana que dijo pensaba construir, la cual, tocada en Huesca, se habia de oir en todo el Reino de Aragon. Acudieron los grandes, y fueron decapitados en su mismo palacio.

Cruzan la Provincia varios riachuelos, de los que se saca poquisima utilidad por falta de canales de riego, y aún de acequias.

El cultivo de la vid, el cáñamo, la aceituna, los cereales y sus ganados de todas clases, forman su principal riqueza.

Ocho partidos dividen la Provincia: Barbastro, Benavarre, Fraga, Boltaña, Huesca, Jaca, Sariñena y Tamarite de Litera.

La mujer de esta Provincia, en sus condiciones generales, poco ó nada se diferencia de la mujer de Aragon y de la del resto de España.

Tenemos formado un relevante concepto de la mujer en general. Hemos observado que, las más de las veces, las disensiones en el matrimonio son ocasionadas por falta de tino en saber conducir á la mujer. ¿Queremos poseer una flor de exquisita fragancia, de hermosos colores, de admirable belleza? Pues cuidémosla. ¿Deseamos una mujer que convierta para nosotros el mundo en paraíso? Pues formémosla con nuestros buenos ejemplos, con nuestros cuidados y cariño; entónces hallaremos en ella, con raras excepciones, la buena esposa y madre, la compañera por excelencia del hombre.

Pero no divaguemos: nuestro propósito es encontrar en la mujer de esta Provincia alguna cualidad esencial que la diferencie de las demás mujeres de España.

Trasladémonos á los famosos valles de Hecho y Ansó, y verémos allí á eso que llamamos el bello sexo dedicado casi exclusivamente á las faenas más rudas del campo; porque allí donde el hombre las abandona, tiene la mujer que suplir su puesto, so pena de perecer de hambre con sus hijos.

La *ansotana*, que así se llama la mujer de Ansó, y la *chesa*, como se nombra á la de Hecho, manejan y dirigen la reja del arado, cavan y cultivan la tierra, siembran y recogen las cosechas, desafiando el rigor de la intemperie, bajo un clima rigoroso en todas las estaciones del año, y sobre un terreno de peñascales, barrancos y precipicios.

Si la belleza, en la mujer principalmente, es hija las más veces de la temperatura y dulzura del clima, del reposo y suavidad de costumbres, no se busquen entre las mujeres de esta comarca más que rostros morenos y facciones pronunciadas y varoniles, aunque no desprovistas de animacion y gracia.

Esta mujer, en las horas ó en las estaciones que deja de la mano los instrumentos de las labores del campo, toma el cayado, se convierte en pastora y vuelve á su casa por la noche, donde trabaja la lana y la hila para enviarla á las fábricas de Jaca,



que se la devuelve en las telas burdas que han de servir para sus vestidos de gala y diarios.

Una canción popular que oímos sobre el terreno, sintetiza admirablemente la penosa vida que arrastran aquellas infelices gentes. Dice así:

Á los Altos Pirineos  
Me tengo que ir á vivir;  
Que allí se gana la gloria  
Mucho ántes de morir.

Si se nos pregunta por la generalidad de los hombres habitantes de estos valles, responderemos que los carabineros de Hacienda Pública están encargados de ejercer sobre ellos una constante vigilancia.

Calculemos de paso los perjuicios que redundarán á la Hacienda, cuando las circunstancias políticas obligan á retirarse de aquella frontera los carabineros que la guarnecen.

En tales casos también las mujeres abandonan sus habituales labores, por acudir á otras de más fáciles y lucrativos rendimientos.

Por eso algunos de aquellos matrimonios suele tener á mano un par de escopetas; la cosa es clara: para dos perdices, dos.

Las diversiones públicas se reducen á correr toros ó vacas el día de la fiesta del lugar, y á salir las mujeres el día de San Pedro ataviadas con sus mejores galas y joyas y multitud de cintas de colores, llevando al cuello una imagen de la Virgen del Pilar, y en la mano una gran pica adornada con flores y cintas. De este modo recorren las calles y bailan aquí y allá en caprichosas danzas.

Ansó y Fago son los dos únicos pueblos de este valle: Hecho, Cibera y Urdues constituyen los del otro. El traje que viste la mujer que va al frente de este artículo es el de la ansotana; el de la chesa es casi igual, excepto las mangas, que tienen otra forma y pliegues á manera de tabla. Pero dejemos estos valles.

Las oscenses, es decir, las hijas de la Provincia de Huesca, son, por lo general, morenas, esbeltas y graciosas; por eso las rubias, rarisimas en aquella comarca, son más estimadas.

¿Deseamos una cualidad especial en la mujer de esta Provincia, una cualidad que brille y sobresalga marcadamente? Pues dirijámonos á la primera que encontremos al paso, hablémosla de la cosa más indiferente; no se asustará de que la interpele un desconocido, y á las pocas palabras descubriremos lo picante, lo festivo, la agradable malicia que entretiene y encanta al hombre, sobre todo cuando sale de labios femeniles; y si alentados por aquel decir, algún tanto libre, nos atrevemos á imaginar siquiera algo que se encamine á minar el edificio de su honra, la veremos fruncir el ceño y dejarnos bruscamente con la palabra en la boca.

Entiéndase que hablamos de la clase media, que es la que forma mayoría en todas partes.

La mujer acomodada, es decir, la señora, no ofrece en esta parte de España ninguna circunstancia especial digna de mencionarse.

Están, por lo general, al corriente de las modas de la corte, visten como en ella, y se educan en los colegios de Barbastro, de Zaragoza y del extranjero.

Las que son sumamente pobres, y que por lo tanto no pueden figurar en lo que se llama clase media, no ofrecen tampoco una distinción marcada con las que en otras Provincias tienen igual suerte.

En ésta ganan su sustento y ayudan á los gastos de la familia, trabajando en el campo en épocas determinadas del año.

Recogen la aceituna caída del árbol, limpian los sembrados de las yerbas que les perjudican, y son utilísimas en la vendimia y en la recolección de la patata y el maíz. Una gran parte de ellas se ocupa todo el año en coser alpargatas.

Como se ve, hay mucha diferencia entre la mujer pobre de los valles de Hecho y Ansó y la del resto de la Provincia. Aquéllas desempeñan en absoluto las tareas del campo, éstas ayudan sólo en las secundarias.

Y volviendo á la clase media, permitasenos que dediquemos brevísimas líneas á su traje.

Llevan la saya, colorada ó verde, hasta media pierna; pañuelo, generalmente de color, recogido al pecho, á fin de dejar al aire la cintura; sin nada á la cabeza, peinadas con gracia, y moño de picaporte, que se forma con una gran trenza colocada atrás con gracia. Usan alpargata los días de trabajo, y los de fiesta zapato cerrado.

Las inocentes costumbres de la edad de oro, y las dulces y apacibles descritas por Florian en sus bellísimas pastorales, tienen allí su asiento; y nadie dirá que exageramos, cuando sepa que los padres dejan de ejercer sobre sus hijas esa vigilancia constante que vemos en otras partes, y que todavía es infructuosa en ciertos casos.

Nadie se extraña allí de los amorosos grupos que se ven á cada paso, ya sentados en una piedra, á la sombra de un árbol, en un poyo de la plaza, ó en cualquier otro sitio más ó menos solitario.

Ella está á veces sentada sobre las rodillas de su amado, que de la manera más natural del mundo, y sobre todo sin malicia, la tiene sujeta con su brazo por la esbelta cintura.

Los que se aman, que siempre es con el santo propósito de unirse más tarde ó más temprano con sagrados lazos, no se llaman novios sino el solo y único día en que se verifican sus bodas.

Mientras duran sus amorios, se llaman majo y maja.

Tampoco se da á sus amores el nombre de relaciones; usan para ello el verbo castizo *festejar*, y así dicen, por ejemplo: «Fulano festeja á Fulana.»



Á los bailes que en cada pueblo tienen lugar en la plaza los dias de fiesta, acuden, como es consiguiente, todas las mozas y mozos del lugar, y los *majos* van á casa de sus *majas*, y con permiso de los padres se van solos con ellas á bailar, acompañándolas despues á casa, concluida la fiesta, muchas veces bien entrada la noche.

En las romerias y en las fiestas de los pueblos inmediatos es muy frecuente ver á un mozo montado en su mula de labor, llevando á la grupa á su prometida.

Pero la hora cuotidiana del festejo es al anochecer, que la muchacha sale de casa con un cántaro, colocado en pié sobre la cabeza, en direccion á la fuente.

Es la hora en que los mozos regresan al pueblo, de las labores del campo, y la fuente es el punto de cita en que espera el que ha llegado ántes, y desde donde cada cual con su cada cual se van acompañados hasta casa.

Estos amores, que, como es natural, son del dominio público desde la hora que empiezan, tienen sus manifestaciones ostentosas de cuando en cuando. Nos explicaremos: la noche de San Juan es de rigor que cada majo dedique una *enramada* al objeto de sus amorosos pensamientos.

Consiste la enramada en adornar de noche la fachada de la casa donde habita la maja con ramos de flores, y algunas veces con frutas, cuyos adornos suben con frecuencia hasta los balcones y permanecen puestos dos ó tres dias.

Claro es que, sabiendo la dama que su galan la hace una enramada, sale al balcon ó ventana y, como se dice en Andalucia, pelan la pava.

Las enramadas dan con frecuencia triste ocasion á horrorosas desgracias, pues aun cuando, como hemos dicho, son de rigor la noche de San Juan, tambien se hacen cuando el enamorado lo tiene por conveniente.

Por lo general, cada uno de aquellos mozos es Pilades de algun Oréstes, esto es, cada uno tiene un amigo de corazon, por quien está dispuesto siempre á dar ó recibir un palo ó una puñalada.

Acontece, pues, que el amante favorecido de hoy va acompañado de su amigo á hacer una enramada, y que cuando lo está verificando aparece el amante despreciado de ayer, tambien acompañado y dispuesto á impedir que la cosa se verifique.

El choque, pues, no acaba, sino que empieza siempre al arma blanca, y no pocas veces á trabucazos, de lo cual resultan heridas y muertes.

Y no se crea que las enramadas se dedican siempre á complacer ó agradar á las muchachas, porque las hay tambien dictadas por el despecho.

Las hace el amante que, como dice el insigne Hartzenbusch, se encuentra en la situacion que pinta la siguiente preciosa cuarteta:

¡Ay del amante que suspira en vano!

¡Ay del que busca amor y halla desvío!

¡Náufrago que á un bajel tiende la mano,

Y se la hiere marinero impio!

En este caso la enramada se convierte en una burla, que es celebrada en el pueblo, á costa de la heroína que da margen á ella.

Las flores y las frutas se sustituyen con las costillas, la cabeza, y áun con el esqueleto entero de alguna caballería, arrimada ó colgada á la puerta, como ridiculo trofeo, ó escudo de armas afrentoso.

Y no pára en esto la pesada broma, sino que la puerta y la fachada de la casa son rociadas con aceite de enebro, que despide un olor nauseabundo.

Esta burla no queda nunca sin correctivo, que suelen aplicar los hermanos de la ofendida, ó el amante á la sazón favorecido.

Oímos referir horrorizados que en una de estas dichas enramadas quedaron tres de los contendientes muertos en la calle, y al cuarto hubo que administrarle apresuradamente los Santos Sacramentos.

Pero dejemos estas costumbres rudas de los hombres, que sólo el transcurso de los años y los buenos Gobiernos pueden modificar, y ocupémonos en las mujeres, áun cuando también con sus armas, que son la hermosura y el donaire, si no matan alevosamente, cautivan, rinden y aprisionan á los corazones más fuertes.

Las flores merecen gran predilección á las oscenses.

Apénas se encontrará en la Provincia una muchacha que no rinda culto á esta noble afición de los pueblos civilizados.

Todas tienen y cuidan por lo ménos tiestos de claveles, rosas y albahaca.

Un ramo de claveles ó de albahaca es el regalo más frecuente que hacen á sus amados, y éstos los colocan en la cabeza, prendidos en el pañuelo que á manera de cinta llevan á raíz del pelo.

Ni Alcibiades, después de sus triunfos en los juegos olímpicos, se presentó á sus compatriotas más orgulloso que un aragonés con su ramo de claveles, claro testimonio de que es amado por una mujer, que por lo ménos á él le parece hermosa.

¿Creerán nuestros lectores que hay alguna fiesta, juego ó costumbre entre los mozos de esta Provincia, á los cuales sean ajenas las mujeres? Pues se equivocan.

Vedlos el último día del año salir al anochecer con sus guitarras y panderetas. Van de ronda y se paran á la puerta de cada muchacha del pueblo, y allí cantan y tocan alegremente durante un rato.

Agrúpanse después como en concilio, y deliberan en secreto sobre el marido que convendrá dar á la moza en cuya puerta se hallan. Cuando el punto está suficientemente discutido, el que dirige la fiesta pregunta en alta voz, por ejemplo:

—¿Casaremos á Petra Rodríguez con Antonio López?

Y la multitud contesta afirmativamente.

Claro es que siempre eligen al que saben que es preferido por la muchacha, pues en caso contrario, la respuesta es negativa.

Á veces llega la ronda delante de una casa, en la cual habita la beldad que ha dado calabazas á alguno de los concurrentes.



Entonces la cosa se convierte en chacota y algazara, pues las preguntas son por el estilo:

—¿Casaremos á Teresa Sánchez con el tio Revancha, que es jorobado y acaba de cumplir setenta años?

Todos contestan con risotadas y aplausos:

—¡Si! ¡si!

Esta broma tiene dos partes. Ya hemos visto la primera. La segunda consiste en que al dia siguiente, primero de año, sale la propia ronda á la una de la tarde, despues de comer, y va á cantar á las mismas casas que la noche ántes.

Concluido el canto, uno de los de la ronda entra en la casa con un sable ó espada en la mano.

El mozo con quien han casado á la que vive alli, acompaña al de la espada.

La favorecida tiene ya preparada una torta ó bollo, que ha de haber amasado con sus manos, y al presentarse el de la espada, la coloca ó enfila en ella.

Así van recorriendo las casas y reuniendo tortas, las cuales sirven despues para una merienda, á que acuden todos cuantos han tomado parte en la fiesta, así hombres como mujeres.

No dejaremos de mencionar una costumbre, que aunque seguida en muchas Provincias de España, tiene en la de Huesca mayor desarrollo.

Hablamos de las persecuciones de que son objeto los novios el dia que reciben la bendicion de esposos.

Desde aquel momento son observados de cerca por sus amigos y amigas. La cosa está en no dejarles juntos y solos durante el dia.

Y gracias que se limiten á seguirles, sin hacerles victimas de mil chanzas inocentes, tales como echarles sal en las natillas y arena en la sopa.

En llegando la hora de acostarse, las persecuciones arrecian, y lo mismo es quedarse solos, que aparecer la solícita amiga con una taza de caldo para la novia, ó el amigo encendiendo un puro, que presenta al novio.

Para librarse de estas bromas, suelen los recién casados tener apalabrada una amiga de toda confianza, que les tiene preparada una habitacion donde pasar la noche.

Si pueden burlar la vigilancia de los Argos que les acechan, escapan juntos ó separados y acuden al lugar de la cita.

Y entonces, al notar su falta, corren aqui y allá los encargados de mortificarles, aporreando las puertas de las casas y de las habitaciones en que se les cree escondidos.

. . . . .

Tocaba ya á su término mi viaje de recreo por esta Provincia, cuando una tarde me dijo el guia que me acompañaba:

—¿No ha visto el señorico *correr la tina*?

—No. ¿Y qué es eso?

—Una cosa muy divertida.

—¿Y cuándo y dónde se corre?

—Ahora mismo; en aquel lugar que se ve allá abajo; en media hora nos ponemos en la plaza.

Metí espuelas á mi cabalgadura, y en efecto, media hora despues estábamos en la plaza del lugar, pero desgraciadamente, á tiempo que la gente se retiraba. La animacion y la alegría que rebosaba en sus semblantes me hicieron comprender cuánto se habrian divertido, y senti abandonar la Provincia sin ver, ó por lo ménos saber algo de aquella costumbre.

Sentéme aburrido y contrariado en uno de los sillares que había en la plaza, cuando á un volver de cabeza me vi aparecer al inglés por una de las calles inmediatas.

Verle, ponerme en pié y apretar el paso en direccion opuesta fué una misma cosa; pero él me había reconocido, y venia flechado hácia mi á grandes zancadas.

Alcanzóme sin gran trabajo, y me dijo bruscamente:

—Usté estar mucho grosero conmigo.

—Y usted—le contesté montado en cólera—ignora el valor de las palabras del idioma que aporrea, pues á no ser así, me hablaría en otros términos, debiendo saber que estoy dispuesto á contestarle en todos los tonos.

—Usté huir de mí.

—Yo huyo de quien quiero, y sobre todo, de quien me tuvo preso é incomunicado durante veinticuatro horas.

—Yo estar entónces con esplin.

—Pues yo estarlo ahora y siempre para usted.

—Usté tener mucho coraje con extranjero, y yo tener otro pensamiento de los caballeros españoles, que son mucho amorosos con extranjero.

—Con extranjero que amenaza con pistolas no somos amables los españoles.

—Yo amenazar á mi solo, y comprender mi falta, y pedir olvido, y querer estar amigo de usté.

—Si me habla usted en esos términos...

—Ponga usté cara contenta, y yo daré mi mano y mi corazon por usté, que á mi gustarme un hombre como usté.

—Pues bien, aquí está mi mano.

—¡Oh! ¡Bien! ¡bien! Olvido todo, y amigos desde ahora.

Nuestra reconciliacion fué sincera.

Milord Gobden, que así se llamaba el inglés, me refirió su viaje por aquella comarca y lo mucho que había gozado en el pueblo en que estábamos, viendo la funcion que acababan de dar en la plaza.

Á pocos instantes me la refirió palabra por palabra, y yo la transmito á mis lectores de la manera siguiente:

Se reunen los mozos en la plaza, en la que se abre un hoyo de unos tres metros de diámetro por uno y medio de profundidad. Se llena de agua esta balsa hasta los



bordes. Con la tierra que se ha sacado para hacerla, se hace alrededor un lomo con la pendiente resbaladiza hacia el agua.

Aparecen despues varios mozos montados en borricos, á los que se les colocan albardas de esparto, pero sin cincha, á fin de que no ofrezca seguridad al jinete.

Se arroja al agua una gran bola de jabon, mayor que una naranja, cuya bola flota sobre el liquido.

Los jinetes llevan en la mano una vara de unas tres cuartas de larga.

El juego consiste en llevar la caballeria sobre el lomo de tierra, mientras el jinete, inclinando el cuerpo, procura con la vara aproximar la bola, y si logra cogerla y arrojarla al aire, ha ganado el premio.

El mal piso y la poca seguridad del jinete contribuyen á que apenas inclina el cuerpo hacia el agua, caiga en ella de cabeza, algunas veces arrastrando tras si á la caballeria.

Ademas, los que le siguen pueden empujarle, ó valerse de otros medios para hacerle caer al agua, habiendo ocasiones en que la balsa se llena de caballerias y jinetes.

Los espectadores prorumpen á cada paso en gritos y carcajadas.

Dicho se está que el premio ganado á tanta costa es presentado á la maja como trofeo.

Milord Gobden, sin la calentura, es decir, sin el esplin, era otro hombre; comunicativo, franco y hasta decidor, se deshacia por destruir la mala impresion que suponía me habia dejado en nuestro viaje á Zaragoza.

Claro es que por mi parte le allané el camino, y en pocos minutos quedamos completamente reconciliados.

Emprendimos juntos la vuelta á Zaragoza, y durante la marcha hablamos largamente de nuestras mutuas observaciones sobre el Alto Aragon, que uno y otro habiamos recorrido en várias direcciones.

Milord Gobden iba prendado de las antigüedades de Huesca, de Jaca y de otras poblaciones.

Era aficionadísimo á las artes y á los artistas, á quienes protegia, pagando espléndidamente sus obras y señalándoles pensiones que facilitasen sus estudios en Roma, Florencia y en otros emporios del arte.

Se mostraba irritado contra esos miserables poderosos que guardan sus riquezas y jamas las emplean en objetos tan laudables y beneficiosos.

Decía que los Gobiernos son siempre mezquinos cuando se trata del desarrollo de las artes y del premio de los artistas, en una época en que el positivismo y el descreimiento van matando la noble afición de los particulares, sin la cual no volverán los Velázquez ni los Españaletos.

—Nosotros los poderosos—añadía—tenemos un deber en llenar ese vacío, destinando una parte de nuestros bienes á los adelantos de las Tres Nobles Artes y al cultivo de las letras, sin las cuales la humanidad volvería pronto á la barbarie.

Decia que un Gobierno sabio debería señalar á cada potentado una fuerte contribucion gradual para ese objeto, con arreglo á la propiedad que constase en el registro, ó se le averiguase en papel del Estado.

—¡Magnífico!—exclamé yo.—Así servirían de algo algunas acémilas en forma humana que se pasean por Madrid.

Tronaba contra los avaros, para quienes pedia una declaracion de infamia, privando á sus hijos del ejercicio de cargos públicos.

La declaracion de avaro estaba resuelta para él en dos preguntas: «¿Cuánto tienes?» y «¿Cuánto gastas?» Así se evitaria la paralización de tesoros inmensos, que, puestos en circulacion, darian vida á toda clase de oficios, tocando una gran parte á los objetos de su predileccion.

Hacia tiempo que caminábamos por la extensa y pintoresca llanura de Huesca, y ya tan cerca de la ciudad, que divisábamos claramente las ruinas de lo que fueron sus fuertes bastiones.

Milord Gobden quiso descansar un breve rato á la sombra de unos frondosos árboles que se veían á la izquierda del camino, y aún cuando el sol nos molestaba apenas, porque iba ya besando el horizonte, y corría una brisa sumamente fresca, accedi gustoso y nos aproximamos á la arboleda.

Echamos pié á tierra, y también los dos criados que le acompañaban, los cuales con los guías se quedaron á una conveniente distancia.

Desde el sitio en que nos habíamos colocado se divisaban, aún más claramente que desde el camino, los edificios de la ciudad, y Milord se quedó pensativo un breve espacio contemplándola.

—¡Estar en ruinas toda la muralla!—exclamó.

—Si señor, en ruinas; ya no quedan en pié más que dos de las noventa y nueve torres que la defendían.

—¡Oh! Yo pensar—dijo Milord—que las antiguas ciudades y famosas son libros mucho preciosos en que se leen las cosas grandes que hicieron nuestros padres; por eso quisiera yo que esas ciudades gastaran mucho dinero en... que gastaran tesoros grandes en... en...

—En restaurar,—dije yo, saliéndole al paso.

—¡Eso! En restaurar ciudad y tenerla para el viajero de tal modo que estaba en otro tiempo; yo creer que lo que tiene siglos de vida es por si solo una coya digna de...

—Si señor, de veneracion; pero no todos, amigo mio, tienen como usted una viva pasion por las artes y por la arqueologia; las vicisitudes de nuestra patria, ademas, la privan de poder consagrarse al respeto y veneracion de las glorias pasadas. La idea de usted es muy digna de tomarse en cuenta, y dia vendrá en que ciertas localidades puedan rendir ese tributo á los tesoros arqueológicos que posee España, y que le envidian las demas naciones de Europa.



Observé que Milord se habia quedado pensativo á la vista de aquellos escombros venerandos.

Yo lo estaba tambien, y nada de particular tenia nuestra suspension, porque los vestigios de lo pasado nos llevan involuntariamente á la meditacion y al recogimiento.

Cuando uno ve rodar así por el suelo los fuertes muros que parecian hechos por la mano del hombre para desafiar los destructores efectos de los siglos, no puede ménos de pararse á considerar la fragilidad de las cosas humanas.

Repetí en silencio los sentidos versos del inmortal Herrera:

Éstos, Fabio, ¡ay dolor! que ves ahora  
Campos de soledad, mustio collado,  
Fueron un tiempo Itálica famosa.

Observando Milord mi distraccion, me dijo con cariño:

—Yo ser mucho amigo de usted desde hoy, porque yo ver en usted un hombre como yo.

—Gracias, amigo mio.

—Yo estudiar mucho de esta ciudad.

—Y hallará usted cosas sumamente curiosas.

—¿Hay libros que hablan de eso?

—Si señor.

—Recuérdeme usted alguno.

—Hay una historia antigua de la ciudad, pero en ella no encontrará usted las noticias que más pudieran agradarle: me refiero á las artes y á las letras.

—¿Y usted saber mucho de eso?

—Si señor; yo sé que Huesca fué en otro tiempo emporio de las letras, y nada ajena á las artes. En los siglos xiv y xv tuvo dos célebres pintores, Pedro de Zuara y Pedro de Aponte, de los cuales todavia se conservan algunos cuadros en la catedral. En el siglo xvi el insigne Cuévas, correcto en el dibujo y valiente en el colorido, fué uno de los más aventajados en la escuela de Miguel Ángel. Durante el reinado de Felipe IV, Doña Ana de Lastanosa en la pintura, y Doña Teresa de Ahuesca en el grabado, alcanzaron un justo renombre en toda España. Doña Dionisia Segura fué célebre por sus dibujos, y como testimonio de su habilidad puede verse una obra en gran folio, manuscrita, é intitulada: *Noticia de las armas y genealogias de los Ruices de Castilla y Urries*. En ella hay ciento treinta y seis retratos, que aunque dibujados con alguna incorreccion, prueban su talento y rara facilidad en arte tan difícil. Huesca, amigo mio, dió siempre inequivocas muestras de su amor á las letras y á las artes. La catedral, la universidad y sus tres colegios mayores, las fomentaron y las protegieron. En 1610, colocándose en ese punto á la cabeza de todas las ciudades de España, fundó una Academia literaria, y en ella se abrieron certámenes públicos

y se leyeron poesias, logrando algunas damas de la ciudad justo renombre por las preciosas composiciones que escribieron. Porque ha de saber usted que las mujeres de esta Provincia son insignes, así en las armas como en las letras. Recordemos á Jaca, á esa perla de los Pirineos, á esa ciudad condal, y que tambien, como Huesca, fué corte de los antiguos Reyes de Aragon. Abramos su historia, y verémos en el siglo VIII una encarnizada pelea entre numerosas huestes agarenas y los jaqueses, que habían salido al campo en furiosa acometida; verémos á las valientes mujeres de Jaca, ansiosas por la suerte de sus hermanos, hijos y esposos, caer sobre los moros y decidir la suerte del combate. Y si desea usted saber si las creencias religiosas están arraigadas en las mujeres de esta Provincia, venga usted á Jaca el primer viérnes de Mayo, y las verá usted acudir á la ermita de Nuestra Señora de la Victoria, extramuros de la ciudad, donde celebran todos los años la que por su valor alcanzaron contra la morisma.

—Yo tener Huesca en mucho desde hoy, porque aqui nacer mujeres artistas y valerosas.

Una brisa demasiado fresca que iba dejándose sentir, nos obligó á montar á caballo y á dirigirnos á la ciudad más que de prisa.

Pasamos despues á Zaragoza, y desde alli me dirigi á Madrid y Milord á Barcelona.

Senti separarme de aquel hombre, que me iba pareciendo un excelente sujeto.

Nos despedimos, cambiando una tarjeta con las señas de nuestras casas.

—Adios,—me dijo.—Yo tener un amigo en España, y un amigo español valer mucho.

—Gracias,—le contesté.—Yo tengo tambien en mucho la amistad de un inglés; y si vuelve usted por la coronada villa, procuraré demostrarle que es una eterna verdad la de nuestro inmortal Tirso de Molina, pues dice que Madrid es cuna y amorosa madre de extranjeros.

MANUEL JUAN PIANA.





LA

# MUJER DE JAEN

POR

D. PEDRO MARÍA BARRERA.

## INTRODUCCION.

Á unas cincuenta y cinco leguas Sur de la Villa del Oso y el Madroño, confinando con las Provincias de Ciudad Real, Córdoba, Granada y Albacete, se halla la de Jaen, rodeada de sierras y montañas, que á manera de herradura se abren para dar paso á la patria de Séneca, á la comarca ilustrada por Almanzor y los Abderrahmanes.

Un terreno quebradísimo, señoreado por Sierra Morena, cuyas últimas estribaciones se tienden perezosas cerca de las primeras de Sierra Segura, y regado por multitud de rios, tributarios en su mayor parte del caudaloso Guadalquivir, que corre de Este á Oeste, dividiendo la Provincia en dos porciones casi iguales; un cielo azul, pero de ese azul limpio, diáfano y brillante, que será siempre causa de asombro y envidia para los hijos del Septentrion; un clima apacible, sano y templado, donde el *ábrego*, fresco en el estio y húmedo en el invierno, arrastra nubes y produce lluvias tan útiles para el cuerpo humano como benéficas para los campos, hacen de esta Provincia una de las más sanas, pintorescas y alegres de la Península Ibérica, que algun escritor ha calificado de jardin del mundo, y que no necesita buscar en el resto de Europa la salud ni la alegría.

Cuando se cruzan las áridas llanuras de la Mancha, donde la vista, fatigada por la desconsoladora monotonía del paisaje, se fija ávida en las siluetas de algunos molinos de viento, pobremente contruidos en lo más alto de pequeñas colinas, y en tal ó cual noria abandonada en la desierta planicie, parece que el aire se hace ménos respirable, que la imaginacion del hombre, con las alas rotas, apenas puede arrastrarse por el



suelo, y que, huyendo toda la vida al corazon, siente el alma angustiosa melancolia.

En estas condiciones deja el viajero á su espalda la tierra de D. Quijote; de este modo penetra en esa region deliciosa que comienza entre los gigantescos picachos y profundos abismos de Despeñapérros y concluye en las lejanas costas que besan cantando las olas de dos mares.

Tiene la Provincia de Jaen nobilísima historia y gloriosos timbres que le granjean merecido respeto y la nivelan con las más distinguidas. Entre sus breñas y en sus campiñas han brotado en todo tiempo inmarcesibles laureles, y las cien trompetas de la Fama se han fatigado extendiendo por el mundo las heroicas empresas á que ha dado cima el más pequeño de los cuatro Reinos andaluces.

Unido va su nombre en la Edad Antigua con el de Asdrúbal Gisgon, los hermanos Escipiones y los innumerables mártires que sacrificó el enojo del feroz Diocleciano; brilla más adelante cuando Alfonso VIII, con el concurso de los Reyes de Aragon y Navarra, sepulta en las Navas de Tolosa el peligroso poderio de los mahometanos, y anuncia en los tiempos modernos la ruidosa caída del vencedor de Marengo y Austerlitz, arrollando sus legiones en los campos de Bailén.

Á lo que ya queda dicho del terreno y clima, añadiremos que una vegetacion poderosa hermosea las sierras con robles, encinas, lentiscos, jaras, madroños, brezos y muchas plantas aromáticas, tintóreas y medicinales; las campiñas ostentan verdes sembrados y lozanos olivares, y tanto campiñas como sierras están bordadas de frondosos viñedos, huertas y flores, tan várias éstas en matices como delicadas en aromas.

Las alfarerías en Andújar, las fábricas de vidrio basto en Bailén, las de paños pardos y las de jabon en distintas poblaciones, los molinos harineros, los telares donde se tejen estameñas, mantas y lienzos ordinarios, algunos batanes, la corta, quema y transporte de maderas y carbon en las sierras, y sobre todo las minas de plomo de Lináres, dan idea de que no está completamente muerta la industria en esta Provincia, en que tampoco falta algun movimiento comercial; pero que, á pesar de lo uno y de lo otro, puede y debe considerarse exclusiva y esencialmente agricultora.

Por serlo están familiarizados sus naturales con los rigores del frio, escarchas y lluvias del invierno y con los abrasadores rayos del sol canicular, lo que contribuye á que sean fuertes y sufridos, circunstancia doblemente recomendable cuando concurre en quien, como ellos, puede hacer alarde de sobriedad y amor al trabajo.

Formada esta Provincia con el que fué Reino de su nombre, algo de los de Granada y Murcia, y algo tambien de la colonia fundada por Cárlos III en Sierra Morena, ántes de ocuparnos de los rasgos característicos que diferencian á la parte más bella de sus habitantes del resto de las hijas de Eva, conviene advertir que hácia el Norte se nota en las costumbres la vecindad de la Mancha, hácia Segura y Cazorla la de las comarcas murcianas, y en los confines occidentales algo que anuncia que muy cerca, detras de algunas colinas, sueña la célebre Córdoba con sus pasadas grandezas y su antiguo poderio.

## I

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espiritu Santo.

No sé hasta qué punto parecerá propio y necesario al paciente lector que se santigüe el que escribe estas líneas con la sana intencion de sacar á relucir todos los encantos y flaquezas de una pequeña fraccion de esa gran serie de unidades que á veces llamamos sexo débil, y á veces bello sexo; pero si sé que jamas comienzo empresa que me parezca arriesgada, sin hacer ántes la señal de la cruz, como quien desea ponerse bien con el cielo, por lo que pueda ocurrir; y pocas cosas emprenderé que se me figuren de mayor riesgo que la de hablar el lenguaje de la verdad mondo y lirondo.

Sé tambien que mis queridas paisanas, no por ser mejores ni peores que las paisanas de otro cualquiera, sino por ser mujeres, tendrán la pretension de que todo cuanto diga en su elogio adolecerá de escaso, pobre y baladi; y que, al contrario, aunque sólo de pasada deje adivinar algunas de las faltillas que puede el ménos lince notar en ellas, ocultando los lunares que no admiten el diminutivo (que de todo tiene la viña del Señor), pondrán el grito en el cielo y me consagrarán alguna maldicion gitana, desahogo que si bien tiene poco de cristiano, tiene aún ménos de extraño tratándose de un país donde pulula la gitanería.

Á pesar de los pesares, me atenderé á mi conciencia, que es el objetivo del fotógrafo y no el pincel complaciente y lisonjero del pintor.

Esta figura retórica no quiere decir, ni mucho ménos, que haya motivo para alarmarse, y que vamos á entrar en una horripilante galeria de espectros y sombras ensangrentadas. Nada de eso: vamos pura y simplemente á hablar de mujeres; de esas criaturas que los hombres han calificado de péfidas como la ola, de ángeles del hogar, de hermoso borron del universo, de bálsamo de las penas, de mudables y olvidadizas, de flores con alma, y de tantas y tan distintas maneras, que, á intentar una recopilacion, despues de haber llenado todas las páginas de la presente obra, podriamos suponer que estábamos en nuestra tarea á la misma altura que el que pretendiendo levantar una torre de Babel, dispusiera de un solo grano de arena para realizar su proyecto.

Así somos los varones y así son las hembras.

Nosotros las elevamos á la categoria de idolos y las suponemos adornadas de las más peregrinas perfecciones, con la misma facilidad que las injuriamos negando que sean hábiles para nada digno y generoso: ellas, que parecen ángeles nacidos en el infierno ó demonios escapados del cielo, con tanta abnegacion nos entregan tesoros de hermosura y de cariño, como nos juegan una partida serrana capaz de hacer ver las estrellas á un ciego cuando el sol raya en el zenit.



Parodiando en la forma la definicion de la Santisima Trinidad, tiene siempre la mujer tres ideas distintas y un solo objeto verdadero.

Las ideas son: atraer al hombre, querer al hombre y dominar al hombre.

El objeto es: ser del hombre.

Sobre esta base de carácter general se desarrollan los accidentes y detalles que dan lugar á la clasificacion de tipos, en los cuales influyen directa y poderosamente el pais, el clima, la educacion y las costumbres.

Tengo yo la sospecha de que en España hay mucho que deshacer de lo hecho en los últimos cincuenta años sobre la educacion de las mujeres, y no poco que reformar en lo que se conserva de tiempos anteriores, si queremos que la dulce compañera del hombre, en su peregrinacion por este picaro mundo, llene cumplidamente la mision que le señala la sociedad, como hija, como esposa y como madre.

Circunscribiéndonos á Jaen, puede asegurarse que, desde lo más granado de las clases privilegiadas hasta lo más abyecto de las desheredadas, la mujer vive en un lamentable abandono intelectual, que la despojaría de muchos de sus naturales encantos, si la imaginacion fecunda y maravillosa, y el gracejo peculiar de las hijas del Mediodía, no cubrieran con un manto de flores artificiales la esterilidad de inteligencias apenas cultivadas.

Y no vale hacerse ilusiones. En distintas épocas, y con la inflexible lógica de los números, han demostrado personas competentes que, no ya en determinada Provincia, sino en toda España, la instruccion se descuida de tal modo, que es verdaderamente vergonzoso el número de españoles que no saben leer, y mucho más todavía el de los que no aprenden ni á leer ni á escribir.

Esto sucede con los hombres, que tienen abiertas las puertas de todas las carreras y profesiones, que con talento y constancia pueden encaramarse en el último peldaño de la escala social; venga Dios y vea lo que aprenderán las mujeres, cuyas aspiraciones se limitan á no vestir imágenes, por aquello de que

Da mucha sombra un marido,

Aunque sea chiquitín.

Si se me pregunta en quién está la culpa de tan grave falta, he de verme apurado para hilvanar algo que, sin serlo, parezca una respuesta. Acaso deba echarse el muerto sobre las mismas victimas de la ignorancia; acaso sea más equitativo que carguen con él los padres de familia; acaso la sociedad en general es la verdadera responsable.

Sea de ello lo que quiera, convengamos en que hay razon para exclamar: «Si la mayor parte de las españolas se pusieran á escribir, les estorbarían los dedos; si se ponen á leer, les estorba lo negro. ¿Para qué tendrán todas las cabezas una regular cantidad de masa encefálica?»

En Jaen las familias que más se interesan por la instruccion de sus hijos, y que presumen de marchar á la cabeza de la civilizacion provincial, suelen afanarse sin descanso para poner á los varones en camino de ser Capitanes Generales del ejército ó Presidentes del Consejo de Ministros; pero las mujeres tienen que contentarse con tomar un bañito muy ligero de lo más indispensable para alternar en sociedad, y bien pueden decir las que consiguen colocarse á cierta envidiable altura, que lo deben á su buen juicio, á su claro talento y á su prodigiosa intuicion. ¡Ya se ve! Comienzan por asistir á una escuela de niñas, donde, las que más, aprenden á leer de corrido, á escribir con ortografia no muy católica, á practicar maquinalmente las cuatro reglas fundamentales de la aritmética y á mascullar la doctrina cristiana con la extension que tiene en el *Catecismo* de Ripalda.

Cuando abandonan la escuela, se dedican bajo la inmediata direccion de las madres á las faenas domésticas, para que al llegar el caso en que la niña, convertida en jóven casadera, tenga que concluir de prisa su ajuar, porque el novio arde en deseos de que les lea el sacerdote la Epístola de San Pablo, no se encuentre la pobre chica con que ignora por completo las obligaciones de toda casada hacendosa.

—¿Cosen bien?—Sí, padre.

—¿Bordan bien?—Sí, padre.

—¿Saben tener limpia una casa, cómo se sazona un cocido y cómo se prepara un guisado?—Sí, padre; y hasta algunas hacen cada plato de dulce que no salen mejores de *La Mahonesa* ó *La Dulce Alianza*.

Más aún: las hay tan laboriosas, que ademas cogen una plancha cuando hace falta esmerarse en la pechera de la camisa que ha de lucir el hermano ó el padre, el hijo ó el marido, y cosen las ropas de uso propio y la interior de los hombres de la casa, arreglándose de manera que todavía les queda tiempo para leer algunas páginas del Kémpis ó de una novela de Fernández y González ó Pérez Escrich, para acudir á la parroquia donde hay sermon ó *Cuarenta Horas*, y para hacer tal ó cual visita ó dar un paseo por las cercanías de la poblacion.

Todo esto indudablemente es muy plausible; pero yo insisto en que para algo más hay en todas las cabezas cierta cantidad de masa encefálica.

Tambien se encuentran mujeres en la Provincia de Jaen que tocan ó casi tocan el piano, cantan ó casi cantan, hacen ó casi hacen versos y representan ó casi representan una obra dramática con más acierto muchas veces que nuestras eminencias artisticas de los teatros de la corte.

¿Y bailar? Desde la dama que se electriza con los compases matemáticos del rigodon, hasta la humilde campesina que jamas ha zarandeado su cuerpo con otra música que la del fandango, bailan de un modo, que la consecuencia inevitable de verlas es adorarlas. Si se me permite la frase, diré que saben cristalizar de tal modo sus fisonomias, sus movimientos, y hasta la atmósfera que las rodea, que me rio yo de hadas, silfides y demas ficciones en que la belleza femenina ha sido idealizada.



Aquello se ve más con el alma y la inteligencia que con los ojos; aquello no tiene explicacion ni análisis posibles.—¿Quién las enseña?—Nadie. Es verdad que el baile, por su carácter universal presenta visos de cualidad ingénita en la naturaleza humana.

No sé que haya país en donde las mujeres no bailen como peonzas: la blanca, la negra, la mulata, la bronceada, la de Europa, la de África, la de América, la de Asia, la de Oceania, todas dan á Terpsicore exagerado culto; todas aspiran á demostrar que el problema del movimiento continuo está resuelto, y que no sabe lo que se pesca el que apellida sexo débil al único capaz de pasar muchas horas seguidas dando vueltas sin rendirse. Pero no nos engolfemos en digresiones.

En Jaen, respecto á mujeres, se sigue pensando como pensaban nuestros abuelos. Y nuestros abuelos, que, como ellos decian, estaban chapados á la antigua, ni siquiera llegaron á sospechar la grave injuria que inferian á las madres de sus hijos al sustentar la tésis de que los mandamientos de la mujer se reducen á dos: á ser honrada hasta la pared de enfrente, y á tener su casa y familia como una taza de plata.

Cumpliendo ambos preceptos al pié de la letra, la jóven más bella y bondadosa todavia puede ser inaguantable.

Prueba al canto: honradas son, con poquísimas excepciones, las mujeres de la Provincia de Jaen; cuidan instintiva y apasionadamente de la propia reputacion, como cuida el armiño de conservar inmaculada la blancura de su piel.

Hemos indicado ya que son tambien, como se dice vulgarmente, muy mujeres de su casa, y que yendo más allá de lo que, segun nuestros mayores, debe exigirseles, hacen cuanto buenamente pueden por aumentar sus atractivos.

Ellas dirán para sus adentros: «Me han enseñado que debo ser honesta, y soy honesta; me piden laboriosidad, y soy laboriosa. Esto es todo lo que exigen de mí, y ademas de esto sé tocar el piano, cantar música de *Los Madgyares*, decir versos de memoria y bailar como otra cualquiera. En resumen: soy una notabilidad.»

No diré yo tanto; pero teniendo en cuenta que á estos méritos hay que añadir uno en que ellas no paran mientes, á pesar de ser el que da esmalte y relieve á los demas, fuerza será convenir en que no van del todo extraviadas si forman de si mismas aventajado concepto; porque mujer que siendo honrada y trabajadora, tiene ademas el don de hablar con una gracia tan espontánea como oportuna, y con una malicia tan ingenua como picaresca, no asombra, pero deslumbra; no esclaviza, pero atrae; no fascina, pero embelesa.

Sin embargo, como todo en el monte no es orégano, se da algun caso (rarisimo, por fortuna) en que el deslumbramiento, la atraccion y el embeleso ceden la plaza al estupor más justificado.

Y aquí es donde lógicamente debíamos haber escrito: «*Prueba al canto.*» Porque ahora es cuando llegamos á la anunciada prueba.

Una jóven jienense, hija por cierto de un prójimo que apalea las onzas, destapando una botellita de esencias, no recuerdo cuándo, exclamó con la mayor naturalidad:

—¡Jesus! ¡Qué perfume de aroma de tan mal olor!

Y otra señorita, muy hermosa, y buena, y trabajadora, contestó en otra ocasión á un servidor de ustedes, que le preguntaba si padecía moralmente:

—Si señor; casi siempre estoy constipada.

Despues de esto, que me digan á mi que los llamados mandamientos de la mujer, inventados por nuestros abuelos, son otra cosa que la primera página de un libro.

Ó que me prueben que no es posible fastidiarse al lado de una buena moza, previsoramente como las vírgenes sábias de la *Biblia*, y honrada como Lucrecia.

Ó que me convenzan de que ha dado Dios á cada *quisque* su correspondiente cantidad de masa encefálica, para que la deje tranquila llenarse de telarañas en los desvanes de la cabeza.

## II

Ciñéndonos á nuestro objeto, diremos algo del tipo físico de las mujeres de Jaen.

No asombran por lo gigantes, como las patagonas; ni pasan por lo menudas, como las madrileñas: su estatura, generalmente, es de metro y medio.

El pelo que más abunda es el negro, y despues el castaño oscuro.

Los ojos, negros ó melados (pardos), ni son grandes, ni son pequeños; pero tienen tal animación, que cuando miran con ternura embriagan, y cuando relampaguean de ira despiden rayos.

El color del cutis es moreno claro; la cara algo ovalada; la nariz aguileña.

La boca más peca de breve que de rasgada; los labios hacen pensar en los claveles, humedecidos por el rocío; y los dientes en preciosas sartenas de perlas pequeñas é iguales.

Hay en las fisonomías cierta seriedad observadora que parece indicio de carácter ensimismado y zahareño; pero teniendo presente que se trata de andaluzas, quedaremos convencidos de que dicho indicio sólo revela una marcada tendencia á lo romántico, que no altera el fondo expansivo y la cariñosa zalamería de estas mujeres, en cuyas venas circula impetuosa y ardiente la sangre de los árabes.

Se dice que para ser aristocrática una mano necesita tener los dedos largos y no muy abultados. En esto las hijas de Jaen no pueden alegar los mejores títulos de nobleza; pero en cambio, también se dice que el pié más chiquitín es el más bello, y nadie ignora que los andaluces, con hiperbólico lenguaje, damos idea del pié de nuestras mujeres, pintándole diminuto como un piñón.

Se diferencian las jienenses de las de *Tierra baja*<sup>1</sup> en que teniendo el mismo

<sup>1</sup> *Tierra baja* llaman los naturales á la parte más meridional de Andalucía, para diferenciarla de la septentrional, ó sea *Tierra alta*.



garbo, son más modestas; en que siendo tan apasionadas, no se abandonan con tanta facilidad á los impulsos del corazón, y en que bajo la misma apariencia burlona y festiva, guardan una incomparable fuerza de voluntad.

Como la Mercedes de *La Cruz del matrimonio*, la mujer de Jaen que decide ser buena, apurará impasible y sonriendo las heces del cáliz de la amargura; como Catalina Howard, la que se arroje en brazos de cualquier pasión borrascosa empleará impávida, también con la sonrisa en los labios, todos los medios que le sugiera el infierno para la consecución de sus deseos.

Sucede en esta Provincia una cosa rara, que revela la diferencia de costumbres entre las poblaciones de las sierras y las de las campiñas, y la inmensa distancia moral que puede existir entre pueblos separados por dos leguas escasas de camino.

Mientras en la capital y algunos otros puntos llaman la atención las mujeres de las clases acomodadas por la modestia y sencillez de sus trajes, en Baeza, Andújar y muchas poblaciones de menor importancia, se nota la misma influencia del lujo que en Madrid, villa habitada por príncipes que, para serlo, ya no necesitan más que tener principado.

Mientras en una ciudad todo el que tiene casa propia con una ventana más que las del mayor número de sus convecinos y cuatro terrones en el campo, se da aire de Bajá de tres colas, y exige de sus sirvientes, sin razón que lo justifique, el tratamiento de *Usia*, en otros puntos llega la llaneza hasta un extremo que nada ó muy poco tendrá que envidiar á la de los tiempos primitivos.

En Jimena, villa pintoresca situada al pié del cerro Asnatin, es muy común ver que cuando algunos millonarios hablan con sus criados, éstos les nombran lisa y llanamente *Manolico* ó *Periquito*, sin que se dé el caso de que los primeros crean que su posición exige mayor reverencia, ni los segundos tengan recelos de caer en falta de respeto hacia sus amos. Y en esa misma villa, cuyos vecinos formarían probablemente la relación nominal de los Alcaldes que han tenido, diciendo:

—Antoñico de A...

—Paquito de B...

—Miguelico de C...

y así sucesivamente, sucede que nadie habla de un Alguacil del Ayuntamiento, que no sé si todavía existe, sin anteponer el *Don* al nombre de dicho empleado municipal. Esto se explica del siguiente modo.

Allá en tiempos de la guerra de los siete años entró en quinta un muchacho llamado Antonio, según la partida de bautismo, y Antoñuelo, según la gente de la villa.

Era éste hijo de un labriego conocido con el apodo de *El tío Camison*.

Antoñuelo Camison cayó soldado, agarró un chopo y comenzó á danzar de ceca en meca, persiguiendo facciosos y dispuesto á librar de ellos al país ántes que dejarse matar. Tomó parte en muchas acciones y se portó siempre como un héroe; pero llegó un día en que con otra porción de cristinos fué cogido por los carlistas, y nuestro

hombre tuvo fundados motivos para suponer que su gloriosa campaña terminaria con un fusilamiento.

Efectivamente, Antoñuelo fué fusilado.

Formando un peloton con los prisioneros, las tropas del Pretendiente segaron con las balas unas cuantas vidas, como corta el segador con la hoz un manojo de mies.

Cayó Antoñuelo entre un monton de cadáveres, y los carlistas abandonaron el lugar de la ejecucion.

Notaba el cristino que sus pulmones seguían funcionando con regularidad, y no se sentia herido en ninguna parte de su cuerpo.

Cuando todo estuvo en silencio, se incorporó, tendió en derredor una mirada profundamente investigadora, se convenció de que podia, sin peligro del momento, hacer uso de sus piernas, y poniéndose de pié, apretó á correr en direccion opuesta al pueblo junto á cuyas paredes dejaba los ensangrentados cadáveres de sus desgraciados compañeros.

Por esta peripecia de su vida militar alcanzó el héroe desconocido la cruz de San Fernando. Lo escribió á su padre; éste hizo que nadie lo ignorase en Jimena, y cuando el oscuro soldado recogió la licencia absoluta y volvió á su país natal, se encontró con la agradable sorpresa de que sus paisanos le llamaban D. Antonio Camison, demostrándole con el maridaje del apodo y el inusitado tratamiento, que allí, donde nadie olvidaba el origen del veterano, tampoco se echaban en saco roto los méritos premiados por la patria.

Desde entónces ha tenido el hijo del tio Camison el privilegio de que se anteponga á su nombre la particula que en Jimena sólo se habia empleado para hablar del Párroco, del Médico y dos ó tres personas más.

Á lo que ya dejamos apuntado sobre la manera de ser de las clases acomodadas de la Provincia, hay que añadir nuevas diferencias entre los habitantes de diversas poblaciones.

En unas, las mujeres son poco amigas de bullanga y viven en sus casas, sin más trato que el de la familia y algunas visitas que llaman *de cumplido*, y que se reducen á ir á ver á Doña Fulana el dia de su Santo; á Menganita, poco despues de que haya participado su casamiento, ofreciendo su casa; y á Perengana, cuando se sabe que ha dado á luz, ó que tiene algun enfermo, ó que se le ha muerto algun pariente más ó ménos cercano. Estas visitas, por lo breves, parecen de médico; por lo insípidas, dejan conocer que entre la que visita y la visitada no hay más lazo que el mutuo deseo de dar cumplimiento á una regla que han hallado establecida, y á la que no creen puedan faltar sin manifiesta descortesia y propio desdoro.

En otros puntos tienen establecidas tertulias diarias, donde se reunen las que se consideran iguales en prosapia y limpieza de sangre, sin que ocurra jamas que en los salones de la sucesora de ilustres Próceres se permita entrar ninguna señora de la clase media, ni en los de ésta ninguna de las que pretenden ser legítimas representantes de glorias pasadas y poseedoras de rancio y brillante abolengo.



Por último, en otras poblaciones, obrando acaso, y sin acaso, con más cordura, se agrupan las dos clases y pasan agradablemente las veladas, contribuyendo cada uno en su esfera á hacer importante la reunion, ya llevando á ella un apellido ilustre, ya la influencia que da un caudal respetable, ya la superioridad del saber ó de un talento relativamente superior.

La misma diferencia suele haber de pueblo á pueblo en la manera de entender ciertos detalles del buen tono y de la moda.

Allí donde el lujo ha llegado á ser una necesidad para las jienenses bien acomodadas, puede asegurarse que se usan los mismos trajes que en Madrid, con el atraso de algunos figurines; allí donde se vive con menos pretensiones, la moda llega siempre con un retraso de tres ó cuatro años.

En lo que son iguales todas las mujeres de la Provincia es en la afición á las flores. La que puede, tiene un jardín; la que dispone de menos espacio y dinero, se contenta con llenar de rosales, alelises, claveles, dalias y verbena unos arriates que forma alrededor del patio de la casa; la que no puede otra cosa, se contenta con cuidar varias macetas ó tiestos de albahaca, que, por más que sea simbolo de odio y planta menos brillante que los rosales y clavellineros, al fin tiene un hermoso color verde y exhala un olor agradable, aunque fuerte.

Acaso habrá alguna andaluza que no tenga ó no desee tener un canario ó un jilguerillo encerrado en una jaula; pero de seguro no ha habido ni hay ninguna que no se desviva por coger una flor, para lucirla en los cabellos.

### III

El lujo, que, como ya hemos dicho, sólo ha conseguido á medias en esta Provincia sojuzgar á las mujeres de buena posición social, es rey absoluto que avasalla despóticamente á las de los artesanos y braceros. El sastre, el barbero, el zapatero y los demás industriales en que desaparece la clase media y comienza el proletariado, aunque desdeñando la chaqueta y el sombrero andaluz de felpa, no han tenido valor para abalanzarse á la levita y al sombrero de copa alta.

Suelen usar americana y hongo.

Pero sus mujeres, más audaces ó más vanidosas, dando al olvido el traje del país y lo corto de los propios recursos, tratan de seguir de cerca á las personas más acomodadas. Sus vestidos, sus mantillas y calzado son una imitación de los que usan las señoras. Podrán diferenciarse mucho en calidad; la forma es la misma.

En las que convencionalmente llamamos mujeres del pueblo se nota igual afán de salirse de su esfera, luciendo trajes y moños que se pagan difícilmente ó no se pagan; pero tienen cierto apego al traje tradicional, y aunque es muy probable que dentro de algunos años las haya arrastrado la corriente innovadora que todo lo inunda

y pretende fundir en una sola fisonomía las de todos los pueblos, hoy conservan mucho propio, y son las únicas en que pueden estudiarse los rasgos exteriores que imprimen carácter á cada localidad.

Otro tanto sucede con los hombres.

Éstos, en Arjona y pueblos comarcanos, usan calzon corto de paño, ancha y larga faja encarnada con bordados de seda de vivos colores, chaqueta corta, camisa abrochada en el cuello con pasadores dobles de plata, chaleco de raso, de indiana ó de paño, sombrero calañés, zapatos blancos de becerro y botas cordobesas, abiertas á los lados á manera de polainas, con flecos de correas de arriba abajo entre unos pasadores de lo mismo, y llenas de caprichosos recortes de cuero satinado y de color algo más subido que el de las botas, á las cuales van unidos por medio de pespuntos de hilo. Las mujeres usan chinelas, medias blancas, el mayor número de enaguas que pueden echarse encima, vestidos de coco ó zaraza con menudos dibujos y rayados, pañuelo grande de Manila al talle, pendientes (que llaman zarcillos) con piedras de vidrio imitando diamantes, esmeraldas ó rubies, y mantilla negra orillada con ancho felpón de terciopelo también negro.

Hacia la sierra de Bedmar usan hombres y mujeres un calzado que, sin ser sandalia ni alpargata, participa de los dos: le llaman esparteña, por estar hecho con estrechísima pleita de esparto y con tomiza.

Hacia Cazorla las mujeres gastan alpargatas.

En Jimena los hombres llevan abarcas, con peales sujetos por complicado correaje ó por tomizas; usan también las esparteñas, y de éstas hay una clase superior que las señoras aprovechan en los días lluviosos del invierno, dándoles la aplicación que en otras partes tienen los chanclos.

Tanto allí como en los pueblos de las inmediatas sierras, las hortelanas y demás mujeres del pueblo se afanan por reunir sartas de perlas para hacerse gargantillas y unos pendientes llamados *chorros*, que consisten en un arete de oro, del que pende un alambre delgado del mismo metal con cuatro ó seis perlas, en forma de pirámide. Usan indistintamente medias blancas, azules ó negras; zagalejo ó saya de listas blancas y azules, ó solamente azul; jubones negros y de zarazas oscuras; al talle, pañoletas blancas con bordados calados, ó pañuelos de merino de fondo liso, con ancha cenefa de colores muy chillones; á la cabeza, pañuelos de coco, tafetán y raso, á listas ó floreados, y atado á la cintura un mandilillo ó delantal de indiana.

El delantal sólo se prolonga hasta las rodillas; el zagalejo queda á unos siete dedos del suelo, dejando ver parte de las medias y los lustrosos zapatos con galgas.

Cuando no se ponen pañuelo á la cabeza, le reemplazan con mantillas blancas orilladas con cinta de raso blanco de unas dos pulgadas de ancho.

En Jaén y Mancha Real las mantillas son encarnadas: en Íbros y otros puntos, pajizas. Todas éstas llevan el mismo felpón de terciopelo negro que las de Arjona.

Hacia Menjíbar hace veces de mantilla un pañuelo grande y tupido, á que dan el



nombre de manton. Las gitanas, que abundan, usan tambien el manton, pero echado sobre los hombros y dejando al aire la cabeza, para lucir las negras cabelleras que, ni sueltas ni peinadas por completo, divididas en dos mitades, bastan para hacer los rizos de pabellon que sujetan con horquillas junto á las orejas, y la ramosa y flexible trenza de que forman el moño, atándole por medio, como los llamados de picaporte, tan flojo y tan bajo que se dobla y cae sobre el cuello, tocando casi los omóplatos. El mismo peinado, con ménos pabellon en los rizos y el moño más alto y sin doblar, es el que usan las mujeres del pueblo. Entre las artesanas, el moño ha cedido el puesto al rodete.

De las familias de los jornaleros salen las criadas y doncellas de labor, las costureras y bordadoras.

Remedo de las personas acomodadas, cuyo trato frecuentan, se distinguen de las de su clase por el esmero con que cuidan del aliño y limpieza de sus cuerpos y de sus ropas, por sus modales ménos groseros y su lenguaje ménos tosco.

Cuando se casan suelen perder gran parte de estas ventajas, y generalmente se vuelven tan desidiosas respecto á la compostura de sus personas, que llegan á ser las más descuidadas, y por lo tanto las que más pronto carecen de una porcion de atractivos.

Apreciando con equidad sus bellezas y defectos físicos, puede afirmarse que las mujeres del pueblo de la Provincia de Jaen son de las más agradables y agraciadas de la Península.

Hombres y mujeres tienen una particularidad que ha dado márgen á que en el lenguaje familiar se denomine generalmente á aquel país *la tierra del ronquío*.

¿Qué es el ronquío?

Yo lo sé, como todos los españoles lo saben; pero si se me pone en el apurado trance de encerrarlo en una palabra, no encontraré entre todas las letras del alfabeto ninguna que sirva para formar una combinacion que lo represente; si se me obliga á definirlo, imitando á los astrónomos cuando les piden que definan el tiempo, confesaré humildemente que no puedo.

En cambio, y aunque nada tiene que ver con el *ronquío*, diré aquí que desde la primera hasta la última de las mujeres de aquella Provincia, saben que uno de los lienzos de la Verónica, en que se conserva el Santo Rostro del Hijo de Dios, está guardado en la catedral de Jaen.

#### IV

Veamos ahora lo que hacen y lo que creen esas mujeres en materia de religion.

Si de las costumbres deducimos sus creencias, nos parecerán ligeras y superficiales; si del afan con que concurren adonde suena una campana, profundamente religiosas.

Ambas deducciones serian falsas.

En una mujer demasiado crédula é impresionable no caben la conviccion verdadera ni el amargo indiferentismo. Copia lo que ve, y no se mete en más averiguaciones. Se presenta ocasion de rezar, y reza; se trata de bailar, y baila.

¿Por qué baila?

¿Por qué reza?

Sólo sabe que en ambas cosas ha encontrado un verdadero placer; ni siquiera sospecha que si una campana no la hubiera llamado á la iglesia, ó una amiga no la convidara al baile, no hubiera echado de ménos lo uno ni lo otro.

Parece un piano que suena segun la tecla que se golpea; semeja á la veleta que sigue la direccion del viento que la mueve.

En una palabra: á nacer en otra parte, Dios sabe lo que seria; ha nacido en Jaen, y es sencillamente fanática.

Pierde las tijeras ó el dedal, y recurre á San Antonio, que ya en otros apuros semejantes ha hecho que parezca lo perdido.

Se requema el potaje de lentejas que cuece en el hogar, miéntras ella murmura descuidadamente con una vecina; y presintiendo que el marido le aplicará en la mesa algun soplamocos de padre y muy señor mio, acude á la Virgen para que quite el sabor amargo á la medio carbonizada comida.

Cree que se alcanza cuanto se pide en éste ó aquel altar, y que en los otros no hay Santo que quiera hacer á nadie el favor más pequeño.

Hay madre que ha implorado el auxilio de San Cristóbal para sorprender á su hija cuando despues de media noche se levanta y habla por la ventana con un novio que nadie puede tragar en la casa.

Hay devota que rezó á San Juan para que las vecinas no se enteren de que el sacristan ha entrado tres dias seguidos á sentar en la matricula á la peticionaria.

Hay soltera que pidió á San Matias inclinase hácia ella al hijo único de la tia Jerónima, que heredará un cortijo, dos huertas y tres olivares.

Se sabe de una manera positiva que éstas y otras peticiones por el estilo han naufragado por haberlas dirigido á imágenes poco milagrosas; y se tiene la certeza de que otro hubiera sido el resultado, á acudir las interesadas á los Santos que verdaderamente escuchan á sus devotos.

Cuando en tiempo revuelto llega el dia de enjugar la ropa y no llueve, suelen decir las lavanderas: «¡Milagro!»

Cuando una moza transplanta á un lebrillo roto una mata de claveles que le han regalado, y la riega todos los dias, temerosa de que se marchite, al adquirir la certeza de que la planta no se seca, dice con regocijo: «¡Milagro!»

Vuelve al pueblo un zagalon que seis años ántes tuvo la mala suerte de entrar en quinta y salir soldado, y se pasa las horas contando á sus conocidos las peripecias del servicio militar. Y al enterarse de que el mozo no ha cogido un fusil, porque



ha pasado los seis años de asistente con un Capitan, sin más ocupacion que tener en brazos por turno riguroso á los seis chicos que en dicho tiempo ha dado á luz la *Capitana*, no hay vieja ni jóven que deje de exclamar: «¡Milagro!»

Sale á caballo á recorrer sus posesiones cualquier persona acaudalada que tiene fama de dar poca limosna; se descompone el noble bruto, el jinete le obliga, aquél se defiende, éste cae al suelo y se fractura una pierna. Y no hay corrillo de comadres donde en voz baja no se repita: «¡Milagro!»

Muchas creen todavía en brujas y duendes, y saben que son inofensivos para los que compran la Bula de la Santa Cruzada.

Si hubiéramos de penetrar en el fondo de estos y otros errores hasta encontrar el origen de ellos, ¡qué amargas reflexiones y qué terribles cargos para algunas personas serian las conclusiones que sentariamos como remate de nuestra tarea! Por fortuna, hoy nos hemos trazado una mision ménos enojosa, y limitándonos á hacer constar que esa pobre gente, sencilla é ignorante, es dócil juguete de miserias y pequeñeces ajenas, continuaremos nuestro relato.

Grandes fiestas religiosas se celebran en toda la Provincia.

La Virgen de la Capilla en Jaen, la del Campo en Úbeda, la de Fuensanta en Huelma y Bedmar, la de la Cabeza en Sierra Morena, los Mártires en Arjona, el Cristo de la Hiedra cerca de Baeza, el de Bélmez de la Moraleda, el de Cabrilla (ó Cabra del Santo Cristo), San Márcos en Jimena, y otra infinidad de imágenes, reciben en aquellas comarcas fervorosa adoracion.

Dirémos algo de las dos festividades que por su carácter especial y saliente tienen más importancia.

Una es la de la Virgen de la Cabeza, cuyo santuario se fundó el año de 1227 en la cumbre de un elevado cerro, á tres leguas Norte de Andújar.

Concurren al cerro el último domingo de Abril diez y siete Cofradías ó Hermandades. La de Andújar; las de Arjona y Arjonilla, que distan cinco leguas; las de Marmolejo, Lopera y Bailén, que distan seis; las de Torredonjimeno y Torredelcampo, que distan ocho; las de Jaen, Mártos y Montoro (éste de la Provincia de Córdoba), que distan nueve; la de Alcaudete, que está á doce leguas; la de Alcalá, á catorce; la de Rute (Córdoba), á diez y siete; las de Colomera y Santafé (Granada), á veinte y veintiuna, y la de Puertollano (Ciudad Real), que si no es el pueblo más distante del santuario, exige para ir al cerro las molestias de dos jornadas de camino por medio de Sierra Morena.

Estas Hermandades se componen de gente labradora y artesana de ambos sexos, que hacen en caballos, mulos y asnos la peregrinacion, llevando grandes banderas, banderines, cetros, insignias de los cargos y bandas de músicos.

Las que no pueden otra cosa, que son las ménos, reducen la música á un solo tambor, que no cesa de redoblar al pasar por los pueblos, mientras los Cofrades disparan al aire sus retacos y escopetas, cargados con pólvora.

Cada Cofradia lleva un Capellan.

Los Hermanos lucen vistosas bandas de seda ó terciopelo, ribeteadas con puntilla de encaje de oro ó plata.

Las Hermanas van con los trapitos de cristianar, agarradas á las aspas de las hamugas para no caerse, ó cogidas á los hombres si las llevan á la grupa, porque no se hayan atrevido á montar solas ó porque escaseen las caballerías.

La Hermana Mayor adorna uno de los varales delanteros de las aspas de las hamugas con un lujoso banderín.

Á la vuelta del cerro todas y todos llevan al cuello unos cuantos estadales de la Virgen, que á pesar de no ser otra cosa que pedazos de cintas de raso de mala calidad, unidos por los extremos por una motita de seda sin torcer, basta que tengan escrito con caracteres mayúsculos, de no muy buen gusto, el bendito nombre de la Santa Madre de Dios, bajo la advocación de Nuestra Señora de la Cabeza, y que hayan sido bendecidos en el santuario, para que se conserven como sagrada reliquia ó se regalen como obsequio de alto valor. También con los estadales compran estampas y medidas de la Virgen; aquéllas en papel ó seda, éstas en cintas de seda de doble ó triple ancho que las de los estadales.

El domingo de la fiesta el cerro presenta un cuadro pintoresco y animadísimo.

Las campanas, los disparos de las escopetas, las músicas y el griterio desbordado de tanta gente, forman un conjunto difícil de describir.

Hay procesión fuera del templo, mucho ¡viva! á la Virgen, cada exclamación impía ó irreverente que canta el Credo, cada borrachera que habla de tú al lucero del alba, y á veces cada navajazo que rebana á un cristiano.

La ida y vuelta del santuario constituye para los pueblos del tránsito dos días de broma y de bullanga, en que los dichos y agudezas que se cruzan entre los romeros y los no romeros, no están siempre acordes con el pudor y la decencia.

La otra fiesta que merece ser reseñada es la del Santo Cristo de la Moraleda, en que hay lucha de moros y cristianos, según frase de los naturales.

Ésta consiste en sacar por la tarde en procesión la imagen del Redentor, escoltada por unos cuantos hombres vestidos al uso del país y armados de sables, espadas, navajas ó puñales. Al cruzar por la plaza, aparecen y detienen la procesión otros quince ó veinte hombres con unas enaguas blancas cogidas con hilvanes, de modo que imitan á los zaragüelles, unas colchas ó pañolones de rabiosos colores puestos sobre los hombros á manera de alquiceles, y unas toallas ó pañuelos retorcidos ceñidos á la cabeza, como turbantes. Van armados con alfanjes, que así son de acero como de madera. El jefe se dirige al que lo es de los cristianos, articulando palabras ininteligibles y haciéndole señas de que entregue las andas. Á la petición sigue la negativa, y entonces el caudillo moro endilga á sus contrarios una relación de blasfemias, en un castellano que recuerda el estilo de los célebres romances de ciego cordobés, alegando su derecho á la Sagrada Imagen, y amenazando con llevársela por conquista



si no la obtiene de grado. La contestacion (que como la relacion anterior se enseña de padres á hijos para que no salgan de la familia el honor y la distincion anejos al cargo) es altanera, despreciativa y valentona.

Las bocas enmudecen, hablan las manos, y en un simulacro de batalla alguno se topa un porrazo positivo, que atestigua despues con un chichon como el puño ó una herida de dos pulgadas de longitud.

Los moros, gritando hasta enronquecer: «¡Jalà! ¡jalà! ¡juí! ¡juí!» dispersan á los cristianos, se apoderan de las andas y se llevan el Cristo al portal de la cárcel, donde unos custodian la Imágen, mientras otros salen á cautivar á todo el que pasa por la calle. Los cautivos son conducidos á la cárcel; allí echan dos reales ó una peseta en el cepillo que hay sobre la mesa en que descansan las andas, y pagado así el rescate, vuelven á quedar en libertad.

Esta situacion se prolonga hasta la mañana del siguiente dia, en que los cristianos rescatan al Señor y le conducen procesionalmente á la iglesia, donde tiene lugar una segunda funcion religiosa.

La gente de Cabrilla pretende que su fiesta es mejor que la de Bélmez de la Moraleda, y aseguran que el Cristo que veneran á una media legua de la poblacion, en una pequeña bóveda labrada en una cuesta montuosa, es la más milagrosa y mejor de todas las imágenes á que rinde culto el orbe católico.

Inútil fuera decir que esta opinion donde está más arraigada es en las mujeres.

Todas las de la Provincia, sin exclusion de clases ni edades, gustan de tener en sus casas alguna imágen en estampa ó de bulto, á la que rezan diariamente, poniéndole una lamparilla encendida siempre que pueden.

En Mayo concurren á las Flores de Maria.

En Semana Santa se afanan para alcanzar algunos cabos de las velas amarillas que arden en los Monumentos. Estos cabos se guardan cuidadosamente, porque parece averiguado de una manera inconcusa que son el mejor pararrayos en los dias de tormenta, y nadie guarda memoria de que haya caido centella ni cosa que lo valga en casa donde tienen costumbre de encenderlos mientras las nubes, preñadas de electricidad, hacen de las suyas.

Junto á la cabecera de la cama suelen poner para santiguarse una pilita de loza con agua bendita.

Al cuello, debajo de la ropa interior, generalmente llevan uno ó más escapularios y medallas de la Virgen ó de los Santos.

El dia 3 de Mayo es costumbre inmemorial entre las del pueblo levantar altares á la Santa Cruz, para lo cual adornan de colgaduras y ramas de árboles la habitacion más á propósito de la casa que eligen, poniendo entre las frescas y verdes hojas una porcion de flores naturales.

Con las ramas forman un templete ó dosel; dentro ponen un altar; sobre el altar una graderia; sobre ésta el símbolo de la redencion humana. En las gradas alternan

las vasijas y jarrones de porcelana, llenos de flores, con los santitos de talla en barro y madera y los candeleros de reluciente cobre provistos de bujías.

Entre estos objetos echan hojas de rosas, y de los manteles de cada grada prenden cadenas de plata y oro con relicarios y medallas piadosas, rosarios de afiligranadas cuentas y collares de abalorios, tan pobres éstos en valor como ricos en colores.

La Cruz no envidia nada al escaparate de una joyería. Todas las mozas de la calle ó del barrio contribuyen á ello con alguna alhaja. Ésta lleva una sortija, aquélla un alfiler de diamantes; otra unos pendientes de esmeraldas; la de más allá una sarta de perlas.

Entre las primeras y últimas oraciones de la noche, no hay persona desocupada que no recorra la poblacion para visitar todas las Cruces de que tiene noticia.

Las damas suelen mostrarse ajenas á esta devocion puramente popular; pero, en cambio, unas regalan manteles para los altares de determinadas imágenes de su parroquia, adornándolos de primorosas puntillas de fino encaje, ó enriqueciéndolos con dificiles bordados; otras costean el aceite para la lámpara que arde dia y noche en tal ó cual capilla; otras hacen mantos de terciopelo, recamados de oro, para la Virgen Madre, á cuya proteccion se encomiendan.

En los pueblos donde hay la Hermandad llamada de la Aurora, recorren los Hermanos durante las primeras horas de la noche todas las calles, cuando se aproxima la fiesta que celebran anualmente, y deteniéndose en las puertas de las casas, cantan acompañados de guitarras, solicitando una limosna, que pocas veces se les niega.

Donde poco despues de anoecer salen los monaguillos pidiendo para las *ánimas benditas*, no hay jóven ni vieja que no deposite, siempre que puede, un ochavo ó un cuarto en el cepillo que le presentan diciéndole: «Las ánimas den el premio.»

Muchas personas acomodadas, cuando se ha terminado el trabajo de cada dia, reunen á toda su servidumbre para rezar el Rosario. Entre la gente del pueblo nunca faltan algunas vecinas que se congregan con el mismo fin.

En resúmen, la Provincia de Jaen, considerada bajo el punto de vista religioso, parecería un claustro abierto, si várias costumbres y preocupaciones no apareciesen ligadas y hasta confundidas con otras que distan de la doctrina del Crucificado tanto como las saturnales del paganismo.

## V

Con relacion á la sociedad, puede asegurarse que las clases más humildes de las mujeres de Jaen son afables como pocas.

Esto en parte es resultado de nativa bondad de carácter, y en parte hijo del deseo de saber cuanto pasa y averiguar vidas ajenas, con el piadoso objeto de sazonar la



murmuración más picante con anécdotas y equívocos que, como ellas mismas dicen, *se llevan una acera de casas por delante*.

Tienen tan desarrollada la curiosidad, que muchas abandonan los quehaceres más perentorios para acudir á la puerta ó á la ventana, cuando oyen que descargan una poca leña en la calle, ó cuando una vecina ha llamado á un vendedor que pasa pregonando sus géneros, ó cuando saben que la de enfrente ha amasado y espera al mozo del horno, cuya llegada proporcionará á la que sepa observar el placer de saber si lo que trae en la tabla ha salido más ó ménos blanco, y si se reduce á panes ó hay además roscas y bollos.

Así adquieren pormenores que después sirven para criticar con la de más arriba lo que hace la de más abajo, y para reprobar con la de más abajo lo que dice la de más arriba.

En muchos pueblos de las sierras está en uso que las mujeres salgan y entren en completa libertad, y hasta las solteras suelen ir solas á las huertas y los campos.

En otros, contando casi todos los de la campiña, hasta para cruzar una calle de acera á acera cogen de la mano á una chiquilla que les sirve de compañía.

En éstos, las criadas de servicio no salen de la casa para hacer mandados, y los braceros más pobres, ántes de irse al campo á ganar el jornal, llevan á sus mujeres lo que necesitan de la plaza y de las tiendas para pasar el día.

La mayor parte del año, mientras ellos trabajan fuera, ellas están aisladas en sus viviendas, generalmente estrechas y poco y mal amuebladas, esperando á que anochezca en estío para sentarse en la puerta de la calle con pretexto de buscar el fresco, y á que sean las once del día en invierno para tomar el sol en la rinconada más próxima ó en el corral de la vecina del lado, donde alegremente se pasa revista y se desuella á todo el mundo, sin perdonar á las mismas que forman parte del corro, y que de verdugos se convierten en víctimas conforme van desapareciendo del grupo y tornando á sus casas.

Son codiciosas á su manera y juntan con desvelo constante todo el dinero que pueden; pero esto, en vez de obedecer al deseo de reunir ahorros para vivir con más comodidades ó hacer frente á cualquier adversidad imprevista, no reconoce otro móvil que la idea de comprar trapos y adornos, con que calculan seguro el hacerse notar y sobresalir entre las de su clase.

Se entregan contentas á los trabajos rudos en que se ocupan á temporadas, y los esperan con impaciencia, por ser casi general (y costumbre invariable en las solteras) el destinar lo que ganan al atavío de sus personas.

No ayudan á los maridos, como en otros países, en todas las faenas del campo. Son determinadas las que consideran propias de su sexo, y á ellas se limitan.

La principal es la cogedura de la aceituna, que se hace por cuadrillas de mujeres, dirigidas por hombres que arrojan al suelo el fruto de los árboles. Aquéllas se dan á sí mismas el nombre de *aceituneras*; á éstos les llaman *vareadores*, sin duda

porque se valen de varas, hechas á propósito, para despojar á los olivos de su rico fruto. Cada grupo de mujeres, con su correspondiente jefe y los auxiliares que éste elige, se llama *una vara*.

La aceituna se coge en los días más cortos y crudos del año. Comienza en Noviembre y suele concluir en Enero: su duración, sin embargo, depende de la abundancia ó escasez de la cosecha.

Las lluvias, escarchas, heladas y hasta nieves, que son el cortejo de Diciembre y los meses más inmediatos, parece que deberían causar en esta gente muchas enfermedades; pero lo cierto es que sólo ocasionan alguna que otra baja temporal por pleuresia, calentura catarral, y grietas ó sabañones en las manos, hijos de las escarchas y los hielos que por la mañana hay que romper para coger el fruto.

No deja de ser curioso el ver en un tiempo tan crudo á una porcion de mujeres en cuclillas agitarse alrededor de las pozas de los olivos con agilidad codiciosa, para llenar muchas espuestas, sin reparar en las espinas, hielos y brozas que entorpecen la operacion, y poder reunir muchas tarjas ó pedazos de hojalata contraseñados, de los que cada uno representa una fanega, que es la unidad base de todos los tajos.

Engolfadas en su fatigosa y ruda tarea, estas mujeres conservan intacto el buen humor que les es peculiar; y á una porque le *ha salido novio*, á otra porque en vano trata de encontrar *quien ponga los ojos en ella*, á éste porque no hace caso de la que *ha tenido relaciones con él* más de cinco meses, al otro porque *acaban de darle calabazas*, al de más acá porque se susurra *si tiene ó si no tiene* con Fulana, y al de más allá porque *hace la rueda* á Mengana, que es casada, fiel á su marido é incapaz de gatuperios, se arma tal tiroteo de coplas, chanzas y cuentos poco caritativos, de olivo á olivo, y hasta entre las mismas aceituneras de cada poza, que difícilmente se encontrará cuadro más animado, más bullicioso ni más picaresco.

Que las personas aludidas en estos desahogos quedan como chupa de dómíne, inútil es decirlo; que la moralidad de las solteras que forman parte de las varas ó cuadrillas no se fortalece con tales espectáculos, bien puede presumirse.

El día que concluida la cogedura se levanta el tajo, es costumbre en algunos puntos formar una bandera con los pañuelos de las aceituneras, sirviéndoles de porta la vara de aquél cuya cuadrilla se ha distinguido más. Y reunidas todas, con la bandera al frente y gran número de guitarras y panderetas, entran en el pueblo, tocando los hombres y cantando las mozas, y así llegan á la casa del amo, donde les obsequian con vino y algunas frioleras.

Poco despues de acabada la aceituna, tienen las mujeres de la campiña cerca de dos meses de trabajo en los sembrados, que es preciso labrar y limpiar de yerbas y malezas. En esta operacion alternan con los hombres, pero en cuadrillas separadas. El jornal que ganan, segun el tiempo sea más ó ménos húmedo y lluvioso y los días claros utilizables más ó ménos frecuentes, varia entre dos y tres reales. Muchas son las mozas que concurren á estas labores, y aunque de seguro recuerdan que



durante la aceituna andaban revueltas con los hombres, lo que facilitaba el hacerse de un novio, y hubo día que sacaron seis ó siete reales de jornal, lo que no ha de volver á ocurrir hasta el invierno siguiente, la bondad de temperatura en Marzo y Abril es un estímulo para que acudan á las siembras; y el salir del pueblo y volver á él á la misma hora que todos los jornaleros, establece entre ambos sexos cierto trato que algunas veces es causa de que más adelante se presenten dos familias en la parroquia pidiendo que echen las bendiciones á un zagalon y una mozuela, que se despepitan uno por otro.

El mes de Julio demanda ayuda al sexo débil para abreviar la recoleccion de mieses y semillas. En tanto que los hombres siegan las primeras, las mujeres arrancan las lentejas, garbanzos, yeros, arvejones y matalahuva. Esta última, ademas del arranque, que es entretenido, les proporciona una segunda ocupacion con el desgrane, que se verifica en la era, despues de haberse oreado perfectamente las matas. Para el desgrane extienden una manta ó sábana de lienzo basto, y colocan encima una estera, tambien basta, de forma circular. Ocho ó diez mujeres se ponen alrededor. Cogen las matas en manojos, y sujetándolos con una mano contra la estera, usan la otra para restregar con un corcho los manojos, hasta que se desprende todo el grano. Esta operacion no puede reemplazarse con la trilla, porque se pulverizaría más de la mitad del fruto é iria confundido con el tamo al desperdicio. Miéntas dura el desgrane, las mujeres cobran un jornal que no baja de cuatro reales ni pasa de cinco.

En los pueblos que tienen huertas se ve con frecuencia á las mujeres arrancar las hortalizas y coger las brevas, granadas, melocotones, uvas de parral y demas frutas, que en su mayor parte destinan á la venta.

Y así en los campos como en las sierras, en los pueblos como en las ciudades, el que se proponga estudiarlas á traves del fanatismo, de la curiosidad indiscreta, del apego al lujo y de algunos otros defectos ménos marcados, podrá notar que hay en ellas gérmenes de las mejores cualidades y natural inclinacion al bien, que practican sin la menor violencia. Notará asimismo que son laboriosas, activas, apegadas al hogar, y susceptibles de adelantar mucho si llega á educárselas con más acierto, no amaestrándolas en la hipocresia, y poniendo á su alcance los medios de hacer más productiva y útil la aplicacion de sus facultades intelectuales y materiales. Por ahora, creen que una mujer no tiene necesidad de saber otra cosa que barrer la casa, lavar, planchar, zurcir y remendar la ropa, hacer calceta, economizar el aceite del candil y guisar con poca lumbre el arroz, las patatas ó un potaje, que es el alimento fuerte en las casas de los pobres.

Un rábano, una naranja, una granada, un racimo de uvas, un pimiento en vinagre ó un puñado de aceitunas con una rebanada de pan, sustituyen muchas veces á los guisos y potajes; y otras el *canto*, que se reduce á un pedazo de pan con un hoyo en el centro lleno de aceite, unos granos de sal y algunas gotas de vinagre, hace el primero y único papel de la comida.

A tanta frugalidad tienen que sujetarse las familias proletarias si menudean los hijos, hasta tanto que éstos pueden ayudar al padre con su trabajo.

Las solteras cuidan con preferencia de las flores que en macetas ó tiestos colocan en las ventanas y patios; las casadas ambicionan el poder sostener dos ó tres gallinas, un par de conejos de cria, un lechon recién destetado ó algunos palomos.

Unas y otras están en lo firme.

Las primeras saben que unas cuantas flores colocadas con gusto en la cabeza han dado pié para que se realice más de un matrimonio; las segundas no ignoran que un conejo y un ave sacan en ocasiones dadas de los mayores apuros.

## VI

Tiempo es ya de que fijemos nuestra atencion sobre uno de los más dulces sentimientos, dedicando algunos párrafos á la manera con que manifiestan su amor las mujeres de Jaen.

La palabra amor en Andalucía es inseparable de ventana y poco ménos de vihuela.

Cuando un mozo siente que el corazon le hace cosquillas por alguna muchacha, con una prevision instintiva que envidiarían muchos de nuestros más sabios y célebres diplomáticos, comienza por referir lo que le pasa á todos sus amigos y á las conocidas que se tratan con la causadora del cosquilleo, con lo cual, como suele decirse, mata dos pájaros de un tiro.

Confiándose á los amigos, adquiere la seguridad de que ninguno de ellos se atreverá á ser un tercero en discordia; espontaneándose con las mujeres, sabe de un modo positivo que su amada tendrá en breve noticia de la pasion que ha inspirado, y por las impresiones que deje adivinar, y que llegarán á él corregidas y aumentadas, podrá deducir dónde irán á parar sus esperanzas más dulces.

Cuando la hembra no se da á partido, demuestra su indiferencia tan sin rodeos, que no se necesita nueva indagacion para asegurar que el amante debe desistir de ser amado.

Y así lo hace cuando su amor no es cosa del otro juéves, y en caso contrario, sigue impertérrito uno, dos ó más años, manifestando á la ingrata, con todo ménos con la lengua, que permanece muda, lo mucho que hace sufrir á un corazon sensible, digno de mejor suerte. Casos se dan en que la Dulcinea se apiada al fin de su D. Quijote; otros, y son los más, el mozo se cansa y busca nuevo idolo, echando por la boca sapos y culebras contra el que no ha querido recibir adoracion. Estos trámites y resultados, con la diferencia de forma que es consiguiente á las distintas costumbres y educaciones, son comunes en el fondo á todas las clases de la Provincia. Puede, por lo tanto, asegurarse que cuando un soltero se atreve á deslizar en



el oído de una mujer ciertas palabras más dulces que el almibar, es escuchado con el estremecimiento del placer y la sonrisa del cariño.

No habrá una que al oír por primera vez un «*Te quiero*», conteste: «*Y yo á ti.*» No se ha dado caso de que al preguntarles: «*¿Me quieres?*» contesten categóricamente: «*Sí.*»

Con pudorosa delicadeza esquivan la contestación lógica, que va envuelta en frases parecidas á las siguientes:

—Ya sospechaba yo tus intenciones.

—Si el domingo vas á Misa mayor, me encontrarás sentada al pié del púlpito; si por la tarde bajas al paseo y me ves con Fulana y Zutana, no tengas reparo en acercarte.

—Yo no podré salir á la reja más que alguna vez, y eso después de haberse acostado la familia.

El tiempo y el trato se encargan de avivar los amores; pero por mucho que quiera una de estas mujeres, cuida constantemente de que conserven cierta aparente ligereza, mientras el sacerdote no toma cartas en el asunto. Cuando llega ese día, la decoración se transforma; los sentimientos apasionados, las esperanzas, las alegrías y las ilusiones arrojan la máscara, y aquellas naturalezas vehementes y aquellas imaginaciones soñadoras, mostrándose en toda su espléndida plenitud, envuelven al hombre en una atmósfera que embriaga y en un irresistible encanto que hace enloquecer.

Por cada palabra cariñosa, ellas os dirán una docena; por cada caricia os devolverán cuantas querais.

Os recordarán con ternura las noches en que al pié de la reja esperábais al alba hablando de vuestros proyectos para lo porvenir; de vuestro vivo deseo de tenerla siempre al lado (así se lo deciais), para recoger todas sus miradas y adivinar sus pensamientos; del amor infinito que os inspiraba su hermosura, que nunca os pareció menos de angelical, á pesar de que en su opinión habría que rebajar mucho para ponerse en lo justo; de las veces que con varios amigos fuisteis con la indispensable vihuela, un violín y una flauta, á darle serenata, lo que hizo en tal ocasión rabiar mucho á su padre, que tenía dolor de muelas, y en tal otra fué causa de que ella se constipara, porque estuvo detrás de un balcón entreabierto mientras duró la música, sin más abrigo que una bata y unas zapatillas.

Asimismo, afirmando con enojo infantil que los hombres son unos picaros, os preguntará si habeis olvidado la noche que tuvisteis el descaro ofensivo de pedirle un beso; que ella os prometió complaceros cuando volviéseis á *pelar la pava*; que debisteis notar á la claridad de la luna que se puso roja de vergüenza; que aquella noche durmió mal y poco y lloró mucho; y que á la siguiente os dió algunos dulces de esos que se llaman besos de monja, con lo cual os hizo comprender lo monstruoso de vuestra conducta y su firme propósito de no acceder á impacencias de cierto género.

Para convencerlos de que así llama picaros como bobos á los hijos de Adán, os

aconsejará que tireis el rizado de pelo que os entregó un día de su Santo, después de habérselo pedido inútilmente trescientas sesenta y cinco veces, y os contará que aquel rizo se lo cortó á una de sus criadas, para que si os cansábais de quererla, no os pudiérais reir tirando nada que realmente fuera suyo. Y en vano, pensando la infinidad de veces en que habeis puesto los labios sobre aquellos cabellos pecadores, tendreis deseo de pronunciar algunas palabras de enojo por engaño tan inmerecido: ella dulcificará vuestras miradas con el imán de las suyas, y evitará vuestras quejas cerrándoos la boca con un dulcísimo beso.

Las mozuelas del pueblo se diferencian de las señoritas, en achaques de amores, en que generalmente sólo pelan la pava los sábados. Esto consiste en que no trabajando los jornaleros ningún domingo, pueden trasnochar los novios sin temor de que les rinda el sueño al siguiente día.

Las que sirven á alguna familia acomodada salen á la reja, unas veces con el consentimiento de sus amas, y otras á hurtadillas. Las que viven con sus padres, por lo regular, acuden sin más permiso que el propio al reclamo del campesino Amadis. Este reclamo suele ser un silbido agudo y prolongado, y á veces el cencerreo de una vihuela mal tañida y de unas coplas que quieren parecer malagueñas, seguidillas ó *soleá*, sin ser lo uno, lo otro ni lo otro. Si hay reja, la moza se presenta en la reja; si la casa no tiene más que puerta, por las rendijas se cuentan sus cuitas, tendidos él en la calle y ella en el portal, los dos venturosos amantes.

Esto de venturosos no es muy exacto, si hemos de decir verdad; porque muchas veces el de afuera reniega de los padres, oyendo ruido de estacazos, ayes y gritos exhalados por la tórtola cogida en el nido, y la voz bronca y desapacible del suegro en flor, que ameniza los golpes con que obsequia á su hija con cada terno seco que es lo que hay que oír; otras, la de adentro escucha una voz angustiosa que pide confesion, después de un ligero altercado en que las palabras no han conseguido apagar el chirrido de los muelles de dos navajas, nunca más temibles que cuando se abren á impulso del despecho ó de los celos.

En estos casos, la que ha sido causa de la reyerta se despide de pelar la pava por algún tiempo.

Si el novio es el que muere, se le llora, se le olvida y se le reemplaza; si es el que mata, se espera á que vuelva de presidio para reanudar los nocturnos coloquios.

Cuando no ocurre alguna peripecia de tal monta que los amantes se crean en el deber de cortar relaciones para siempre, rara es la mujer que no se casa con el primer novio, y raro el hombre que tiene más de una novia.

Las bodas entre las clases acomodadas no ofrecen nada de particular; la gente del pueblo acostumbra á tener baile dos días, uno en la casa de los padres del recién casado, y otro donde viven los de la recién casada; y claro está que muchos de los que concurren al baile comen también con las dos familias, y que éstas, como suele decirse, tiran la casa por la ventana.



Los convidados á la boda mandan despues al nuevo matrimonio un regalo, que suele consistir en un costal de trigo, en aves ó en dinero.

En los bailes, si los novios son de la clase más humilde, hacen el gasto el fandango, el jaleo, las seguidillas y otros del mismo origen popular. Cuando dejan de bailar, el hombre tiene derecho á exigir un abrazo de la que ha sido su pareja. Si la boda es de artesanos, con los bailes del país alternan el vals, la polka, el schottis y las habaneras.

Con muy contadas excepciones, en esta Provincia jamas se verifican matrimonios entre personas de diferentes clases. La dama aristocrática prefiere morir con palma á dar su mano á quien no lleve un apellido ilustre; la jóven de la clase media rechaza con tanta altivez al galan linajudo como al artesano aspirante á caballero; la mozuela del pueblo se contenta con un hombre que tenga por capital una salud á prueba de privaciones y trabajos, y una azada para proporcionarse un jornal diario.

Respecto á los gitanos (que, como ántes hemos indicado, componen una fraccion no pequeña de los habitantes de la Provincia de Jaen), á pesar de que en su mayor parte están avecindados en la misma, hay la creencia de que cuando se casan nadie sabe dónde lo hacen, y cuando se mueren nadie se entera de dónde los entierran.

Se susurra en aquellos pueblos que cuando un individuo ó *individua* de la gitaneria cae enfermo, los que le rodean corren la voz de que está de viaje. Cuando el viaje se prolonga demasiado y la familia no tiene noticias del viajero, no hay cristiano viejo que no diga para su sayo: «¿Dónde habrán enterrado á ese infeliz?»

Sin embargo, no falta quien refiera cómo hacen sus bodas; y si son ciertas las bazarrias y genialidades de que las adornan los narradores, preciso es convenir en que conservan la ilimitada originalidad con que las describió Cervantes.

El que escribe estas lineas no recuerda haber visto con curiosidad, respecto á gitanos, más que el entierro de un niño de pecho, allá por el año de 1857. Murió el niño en un meson, donde accidentalmente se albergaban unas cuantas familias gitanas.

En el fondo del descargadero, portal espacioso de que no carece ninguna posada en aquellas comarcas, pusieron una mesa, cubierta con una colcha de pintarrajeada rareza, y sobre la colcha una caja, donde, coronado de blancas florecillas naturales y envuelto en unos lienzos, estaba el cadáver. Delante de la mesa, y recostados sobre un colchon, á la usanza árabe, formaban apiñado grupo los padres y dos ó tres hermanos del difunto gitanillo. Todos los hombres, mujeres y chicos de la gitaneria que habia en el pueblo, acompañaban á aquella afligida gente. El descargadero estaba ocupado por completo, excepcion hecha de un círculo, cuyo diámetro no pasaría de tres varas, en el cual bailaban sin cesar cuatro gitanas, mientras otras dos cantaban la *soleá*, acompañadas por vihuelas, que tañían pausadamente dos mozos de la misma raza. Cada nota arrancada á las cuerdas de los instrumentos parecía un sollozo; cada acento modulado por las cantoras era un melancólico suspiro; cada movimiento de las bailarinas un poema de dolor desesperado.

Cuando éstas, encendidas como la amapola, se rendian de cansancio, cedian el puesto á otras cuatro, que á su vez eran relevadas oportunamente.

El cadáver, iluminado por la escasa luz de unas velas de cera, ménos amarillas que aquél; los desconsolados padres, que no cesaban de llorar, exhalando sentidos lamentos; los concurrentes de rostro atezado, cuchicheando casi sin interrupcion; la música, el canto y el baile; todo esto, fundido en la idea de la muerte, producía una impresion tan profunda y desagradable que oprimía y lastimaba el corazon.

Minutos ántes de conducir al difunto á la última morada, las gitanas abandonaron el meson, y la mesonera se hizo cargo de las vihuelas, despues de aflojar las cuerdas para evitar que estallasen y se inutilizaran. Tornaron las mujeres con unos listones de cintas de seda, y los prendieron con alfileres á los lienzos que servían de mortaja al mortezuelo. Todas le acompañaron hasta dejarle en la fosa, y ántes de cerrar la caja para echar las primeras paladas de tierra, cada gitana se apoderó de su cinta y la guardó, despues de besarla repetidas veces.

Acaso la supersticion les hacía ver en ellas los más prodigiosos amuletos.

## VII

Condensando todo lo dicho y cuanto de ello puede deducirse, hay que convenir en que las mujeres de la Provincia de Jaen, en materia de instruccion, corren parejas con las del resto de España; en que son buenas por naturaleza, y apegadas al cumplimiento de sus deberes, tales como ellas los comprenden; en que la enérgica belleza de su tipo árabe se avalora con el carácter expansivo de que están dotadas; en que tienen tanta aficion al trabajo como á los placeres; y por último, en que, á pesar de todos sus defectos, encierran en sus corazones y en sus cabezas los gérmenes indispensables para llegar, educándolas convenientemente, á ser, bajo cualquier aspecto y en cualquier circunstancia de la vida, el modelo más perfecto de todas las bellezas morales.

Mayo, 1872.

PEDRO MARÍA BARRERA.





LA

# MUJER DE LEON

POR

D. EDUARDO SAAVEDRA.

## I

Extraordinario concurso obstruía las calles de Leon la mañana de San Juan del año 1144. No son ni han sido cosa extraña los públicos regocijos en día y festividad tan señalados, en que se celebra la Natividad del Bautista sin haber olvidado costumbres y ceremonias de antigüedad remota; pero en aquella ocasion, las colgaduras de las casas y las flores y olorosas yerbas que alfombraban las principales calles denotaban mayor y especial motivo; y si para averiguarlo, trasladándonos con la imaginacion á aquellos tiempos y lugares, nos mezclamos entre el gentio, encontraremos oportunidad para contemplar á la leonesa en el momento de su esplendor más alto, cuando nacia en las gradas del trono ó le servia de galano ornamento, y era su natal ciudad la primera capital de España. ¿Dónde podia haber la grandeza y ostentacion que en ella? Barcelona no dominaba aún los distritos musulmanes de Tortosa y Lérida, ni los Condados de Urgel y de Pallás; Huesca se habia visto ya desposeída por Zaragoza de la capitalidad del Estado aragones, reducido á la izquierda del Ebro; Pamplona tenía de nuevo corte, pero sin autoridad alguna en el país vasco ni en la Rioja; en Portugal, cuya extension alcanzaba apenas la linea del Tajo, ni Coimbra ni Guimaraens podian llamarse con propiedad capitales de un Estado cuya independencia era dudosa; y la opulenta Córdoba yacia desgarrada por revoluciones formidables, que en aquel año se propagaron por toda la España árabe, con ayuda de cristianos, contra los fieros almoravides. Leon, en cambio, era la corte de Alfonso VII, que bajo la forma feudal habia realizado la federacion de todos ó casi todos los territorios de la Peninsula, y siguiendo las ideas de la época, se habia coronado y hecho reconocer



como Emperador de aquel primer conato de unidad nacional. Entónces las coronas de Castilla y de Leon, que, por seguir puntualmente el sistema imperial, tenían en gran parte, como Reyes honorarios, los Infantes Sancho y Fernando, se extendían entre el Tajo y el Guadiana, y se habían ensanchado hasta tocar con el Ebro y los Pirineos, á costa de sus vecinos, en desquite de pasadas invasiones; eran vasallos del Emperador el Rey de Navarra Garcia Ramirez, y Ramon Berenguer, Conde de Barcelona, Principe Regente de Aragon y hermano de la Emperatriz; su primo de Portugal no le negaba en absoluto la obediencia, y rendianle párias igualmente otros muchos Señores, desde los Pirineos al Ródano, con no pocos Emires mahometanos de Andalucia.

Al Occidente de Leon, donde hoy se levanta el palacio de los Guzmanes y entónces el de los Anzúres, abría entrada por las murallas la Puerta Cauriense ó de Coreses, frontera al rio y al camino del Bierzo. Allí, vestidos con preciosos arreos de corte, estaban de la parte de afuera, y en medio de apiñada multitud, los magnates principales del Aula Imperial, en actitud de impaciente espera y con señales inequívocas de interior satisfaccion. Distinguiáanse, entre otros, el Conde Almanrico, Alcaide de Toledo; el Conde Ponce de Cabrera, que iba á ser pronto agraciado con la Mayordomia; Martin Diaz, que se habia distinguido en la jornada de Córdoba; Gonzalo de Marañon, esforzado Capitan, que debia ser Alferez Mayor años adelante; D. Ladron, Conde de Álava; Lope López, Gobernador de muchas ciudades de Castilla; Martin Fernández, que lo era de Calahorra; Garcia Ruiz, Merino en Búrgos; Gonzalo Bermúdez, Merino de Asturias; Pedro de Cervera, Merino en Cea y Melgar, Anaya Rodriguez, Merino Mayor de Leon, y presidiendo á éstos y muchos otros Condes, Alcaldes, Merinos y Ricos-homes, mandados venir expresamente de diversas Provincias y fronteras, se veía al veterano Conde Ramiro Flóres ó Fróilaz, que aún habia de alcanzar gloria no escasa en la conquista de Almeria. No fué gran cosa lo que hubieron de cansarse, porque desde el frontero hospital de San Marcelo se divisó gran número de caballeros y señoras, clérigos y soldados, que transponian el puente y hospital de San Márcos, todos de gala y en gentiles monturas, formando ceremonioso acompañamiento á dos Princesas esclarecidas, á quienes el dia y las fiestas estaban dedicados.

Eran estas Princesas la Infanta Doña Sancha y la adolescente Urraca, hermana é hija respectivamente de Alfonso VII. Venían sentadas sobre mansas y esbeltas mulitas blancas; que no sabían entónces dominar más fogosa cabalgadura las damas delicadas, ni tampoco permitia la costumbre cortesana, llamada despues etiqueta, montar de otro modo en ceremonias oficiales; sin que el poco adelanto de las artes hubiese introducido todavía el uso de los coches y literas para casos semejantes. Alta, bien proporcionada y de semblante más reposado que severo, era Doña Sancha; y su sobrina, igualmente de buena estatura, prometia ya en lo ancho de los hombros, una mujer de complexion fuerte y de robustas formas. Las historias no dan noticia del aspecto y figura de estas celebradas señoras; pero el que escribe estas páginas ha tenido ocasion de llenar en parte este vacío, despues de tantos siglos, porque de las dos se guardan

enteros los cuerpos, en San Isidoro de Leon el de la primera, y en la catedral de Palencia el de la otra. ¡Cómo en día de tanta satisfaccion y tanta gloria, en medio de los plácemes de la corte y de las aclamaciones del pueblo, habian ellas de imaginar que siete siglos más tarde serian pasto sus personas de la curiosidad pública, en manos poco reverentes, sin conservar sobre sus acartonadas y amarillas carnes un misero giron del lujoso atavio que por su estado ó por su gusto sobre si llevaran! Pero nuestras lectoras estimarán más que se les diga cómo eran ó cómo nos podemos figurar, que fueron esos vestidos, que casi sin querer hemos nombrado, pues no es esta ocasion de ascéticos sermones, ni al hablar de mujeres españolas, aun cuando sean antiguas, pueden brotar sino lozanos y risueños pensamientos de cualquier pluma, inclusa la que mancha el papel en estos momentos.

Corren muy equivocadas ideas acerca de las modas de aquellos tiempos remotos, no tan distintos cual se cree de los actuales, en éste como en muchos otros puntos. Lo mismo que ahora de Paris, venian entónces los modelos de Provenza; los paños procedian de Rouen, de Mompeller, de Ypres y otras ciudades de Francia y de Flándes; las sedas y algodones de Oriente y de Almeria; las pieles finas del Norte, y de Italia ó de Constantinopla las joyas y objetos artisticos. Otro tanto sucedía en las demas naciones de Europa; de modo que el vestir de todas se diferenciaba muy poco, y las innovaciones cundian con la misma rapidez que si hubiera ya periódicos elegantes é ilustrados. Los últimos recuerdos del traje romano y de lo poco que pudiera haber quedado del gótico, habian ya desaparecido en el momento de los sucesos que queremos hacer revivir ante nuestras amables lectoras, y la influencia bizantina habia alcanzado su mayor preponderancia, viniendo por medio de ella al extremo Occidente los modos de vestir propios de remotos climas del Oriente. Alcanzaba entónces gran favor la simetría y majestad de las formas, la dignidad y reposo de las actitudes, y estaban ya desterradas las extravagancias de los principios del siglo, cuando era preciso recoger con un nudo las mangas perdidas, para no barrer el suelo con sus puntas. En honor del sexo bello se debe decir que, hasta entónces, las censuras del púlpito y los dardos de la sátira no se habian ejercitado con preferencia sino contra el masculino, por lo vano y fútil de su cuidado en el personal adorno; carácter comun á todas las sociedades que no aprecian á la mujer en lo que vale, y no la colocan en el lugar distinguido que merece, definitivamente conquistado por señoras tan dignas de eterno recuerdo como las leonesas de la corte de Alfonso VII.

Poca diferencia habia entre los trajes de las dos damas y sus acompañantes, distinguiéndose casi sólo por la variedad de las telas y los colores. Vestian todas, encima de la bordada camisa, una *saya* ó túnica larga hasta los piés, de bastante vuelo y con mangas ajustadas á la muñeca, ligeramente descotada en redondo y adornada con mergelias ó cenefas ricamente labradas en todos los bordes, en las bocamangas y en el escote y abertura del pecho. Traian encima el *brial* ó segunda túnica, compuesta de cuerpo ceñido, abierto por la espalda, largo hasta el bajo vientre, y falda



con cola, pegada de modo que hiciera muchos pliegues acanalados; anchas mangas perdidas cubrían hasta el codo, y además de festones y cenefas, con filas de botonaduras y piedras finas, adornaban ese vestido en el sitio de las rodillas dos círculos de oro batido, con rayos flameados en los bordes y cerquillos de perlas. Sujetaban con cordones de seda y oro el manto, largo hasta los pies y aún algo más, con anchos bordes de orofrès, y hombreras en un todo semejantes á las rodilleras del brial, dejándolo abierto por delante cuanto bastaba para lucir el cuerpo. De ciclaton y de jamete, telas de seda análogas al raso, ó de cendal, semejante al tafetan, eran los briales; de rizado crespon las túnicas, y los mantos de páleo, jaldo ó balanguin, tejidos de seda y oro ó plata. Castillos y leones bordados de realce en el traje de la tía denotaban su estirpe y dignidad, y en el de la sobrina blancas azucenas simbolizaban su sencillez é inocencia.

Lucía Doña Urraca, suelta por la espalda, la undosa cabellera, coronada con un pequeño y gracioso bonetillo cuadrado, bordado de oro y pedrería, encima de corto velo redondo, pendiente por detras, de finísimo algodón, género tan raro y estimado como ahora es vulgar y abundante. El velo de Doña Sancha, más largo y con puntas, estaba sujeto alrededor del cráneo con un ceñidor de perlas, y el pelo caía por delante en dos ramales trenzados con galones de seda. Fibulas de oro prendían las aberturas de las túnicas, y adornaba el borde de cada brial, á modo de collar, una fila de planchas de oro cosidas en un galon; los anillos de los dedos mostraban esmeraldas, topacios y berilos sin tallar, ó cornerinas con admirables figuras en hueco, de procedencia romana y utilizadas para servir de sellos privados. Asomaban las puntas de los pañuelos por las *bulgas* ó limosneras colgadas de lujosos cinturones ó *bálteos*, con largos cabos de seda; y para que nada falte en el inventario, calzaban zapatos puntiagudos de terciopelo oscuro con estrellas blancas, y modelaban sus manos *lubas*, ó sean guantes de fina piel perfectamente ajustados.

En el séquito encontraremos sin trabajo muchos personajes conocidos por la historia ó los documentos del tiempo. Próximas á las Princesas iban las dos Estefanias de la corte, á saber: Doña Estefanía Armengol, hermana del Conde de Urgel, nieta de Peranzúles y casada con el Conde Rodrigo González, y la jóven y distinguida Estefanía Ramírez, hija de Ramiro Flóres, fundadora futura de Sandoval y de Carrizo, casada cuatro años ántes con D. Ponce de Minerva, dotándola la misma Doña Sancha. Seguían luégo D. Álvaro Gutiérrez con su mujer Doña Aldonza, fundadores de San Juan de Faro, en Gijón; Fernando Pérez, llamado Cautivo, Gobernador de Astorga por el Rey de Portugal, que la tenía en feudo; su hermano y Teniente Pelayo Pérez Cautivo, con su esposa Doña Flámula; Sancha Menéndez, mujer de Anaya Rodríguez; y como jefe de todos Rodrigo Gómez, Conde de Astúrias, acompañado de Doña Elvira, su consorte, notándose el número de caballeros de Astúrias y de las Tinas de Liébana, que por deudo con la jóven Princesa se habían afanado para acudir al llamamiento de su Rey y Señor natural.

Para no tener al curioso que nos siga por más tiempo á la puerta de la ciudad y al aire libre, donde ya sería bastante molesta la temperatura, dejemos que los cortesanos hagan el debido acatamiento á las damas, que juntos el pueblo, los magnates y las Princesas se dirijan á paso lento por las estrechas calles de la capital, y aprovechemos este rato para decir quiénes eran y á qué venian Doña Sancha, principal figura de este relato, y Doña Urraca, que lo era de la solemnidad. Contaba esta niña poco más de doce primaveras, y aquel dia habia de ser el más señalado para su corazon de doncella, por cuanto estaba designado para verificar sus bodas con el Rey de Navarra D. García. Concertado este enlace por mediacion de Alfonso Jordan, Conde de Tolosa, vasallo y primo del Emperador, como prenda de nueva paz, importaba á este último desplegar una muestra de su poderio y grandeza celebrándolo con la mayor pompa; y moviale más á ello la circunstancia de ser la primera hija que casaba, á pesar de su nacimiento ilegítimo, y no sólo ilegítimo, sino bastardo. Tacha semejante no era de gran bulto en aquellos tiempos, á diferencia de los presentes, en que se tiene en más estima con ménos ruido el decoro de las familias de todas las clases de la sociedad. Bastardos y naturales vivian en el hogar paterno con los hijos legítimos, compartian con éstos régias herencias ó suscitaban revoluciones para arrancárselas, y las madres mismas no cuidaban siempre de esconder su irregular conducta. Alguna vez el espíritu caballeresco que entónces rudamente florecia, armó á un padre ó un hermano lastimados en el honor de su casa, pero el pueblo se ponía de parte de la victima, y cuando Munio Alfonso encontraba término fatal y sangriento á su carrera, tan larga como victoriosa, bajo las cuchillas mahometanas, la gente decia y la crónica repite que fué castigo de un gran pecado, porque no habia tenido piedad de su pobre hija, olvidándose de tantas veces como Dios salvara su vida en recias batallas y desesperados encuentros. Por eso no repugnaba el Rey navarro ese matrimonio, ni extrañaba nadie los regocijos y aparato destinados á darle mayor lustre; siendo preciso confesar que la niña lo merecia, pues á la peregrina belleza de su madre juntaba el temple de alma del padre y la solidísima virtud de la tia, cuya direccion y cuidado la hicieron digna del trono que ilustró unos pocos años en Navarra, y del Gobierno que por muchos más dirigió, ya viuda, atinadamente en Astúrias.

Gala y joya del suelo leonés puede llamarse Doña Sancha, hermana mayor del Monarca, de quien fué en extremo honrada y atendida. Túvola siempre á su lado, consultándole cuanto le ocurría hacer; pues, como dice la crónica, era de grande y saludable consejo, y todo lo que sugeria resultaba prósperamente. Unida con íntimo y fraternal cariño á su cuñada la Emperatriz Berenguela, daba ejemplo de cordialidad doméstica, digno entónces y ahora de ser imitado, y ambas proveian á muchas necesidades públicas, amparaban los huérfanos y los indigentes, amaban á cuantos veían dotados de su piedad ardiente, y promovian sin descanso la edificacion de iglesias y monasterios. La fama de discrecion y prudencia de tan esclarecida Infanta no quedó



encerrada dentro de su familia y de su patria, porque habiéndose suscitado ciertas diferencias entre los monasterios de Toldanos, cerca de Valdéras, y de Carracedo, en el Bierzo, San Bernardo, como jefe de estas fundaciones del Cister, remitió la causa al juicio y autoridad de la leonesa insigne; que mayores rivalidades supo componer con su amigable ingerencia, acompañada de desprendimiento generoso, como cuando cortó la cuestion de limites entre los Obispados de Palencia y Segovia, cediendo á éste en 1140 su villa de Alcazaren. No obstante los enlaces ventajosos que le hubiera sido fácil anudar mediante el gran poder de su hermano, quiso vivir en perpetua virginidad, bien que sin abandonar el siglo, titulándose esposa de San Isidoro; pero el cariño y respeto de aquel Principe le otorgó el dictado de Reina, ejemplo poco comun, y al parecer debido á exageracion del sistema imperial que estableció Alfonso, y segun el cual correspondia esa dignidad á la primera señora de su corte y familia despues de su esposa la Emperatriz. Ademas de las villas y territorios de su infantazgo, gobernaba otros por comision ú honor especial: así la vemos en la comarca de Olmedo, en tierra de Cámos y en el Bierzo; por aquellos años confirmaba privilegios como poseedora de Medina de Rioseco y de Grajal, y se dice que administraba justicia en la preciosa cámara románica de Carracedo.

Distinguióse en todo este tiempo por el número de sus obras pias, notándose muy principalmente la fundacion de los conventos del Espiritu Santo, en Olmedo; de Carracedo, en el Bierzo; de San Pedro de la Espina, cerca de Rioseco, y de San Miguel de las Dueñas, junto á Ponferrada, con la instalacion de Canónigos regulares en Covarrúbias y en San Isidoro de Leon. Motivos bastantes todos para que en el panteon de esta última iglesia, le diga su epitafio «Espejo de la Hesperia, honra del orbe, gloria del Reino, cumbre de justicia y altura de piedad»; para que disputen el honor de poseer sus restos los cenotafios que se le erigieron en Zamora, donde promovió el restablecimiento de la Sede; en Santiago, donde Gelmirez recibió de ella el precioso monasterio de Escalada, junto á Leon; y en Covarrúbias, donde el pueblo le otorga todavia el dictado de Santa Infanta.

Con el fin de atajar la procesional comitiva, dirijámonos ya por el adarve del muro de Poniente hasta dar con el del Norte, y podremos tomar holgado puesto frente á la iglesia de San Isidoro, adonde todos se encaminaban. Salvo la capilla mayor y algunos accesorios que son mucho más modernos, casi como hoy se ve estaba la famosa iglesia, construida de piedra de orden de Fernando I y conforme á los notables adelantos de la arquitectura en aquella época, en vez de la antiquísima dedicada á San Juan Bautista, que de más tosco material habia restaurado Alfonso V. Faltábale poco para terminarla al piadoso Pedro, cuya ejemplar virtud, no ménos que la fama por tan grande obra adquirida, le alcanzaron la honra de dormir su sueño eterno junto á las personas augustas que emplearon su pericia en cerrar aquellas levantadas bóvedas, bajo las cuales han rendido culto constante á la Majestad Divina, siguiendo el ejemplo de la Infanta, las devotas leonesas acompañadas de sus

hijos, de sus maridos y de sus hermanos. Contiguo á este incomparable templo, sin rival entónces en la ciudad, poseia Doña Sancha, por derecho de infantazgo, el monasterio de San Pelayo, erigido por Sancho el Craso para recibir el cuerpo del niño mártir de Córdoba, y restaurado por Alfonso V cuando ya la reliquia estaba en Oviedo. Formando una manzana con el templo y el monasterio tenia Doña Sancha su palacio, con vistas interiores al altar de San Isidoro, todo lo cual fué cedido años adelante á los Canónigos reglares que del inmediato Carvajal vinieron, trasladándose las monjas á esta casa y la Infanta á las habitaciones reales que hasta el siglo xv ocuparon el sitio de la actual plazuela.

Delante de ella se habia dispuesto un estrado, adonde, apénas las trompetas de la comitiva sonaron cercanas, bajó el Emperador revestido del traje bizantino que reproduce su efigie de Carracedo, asistido de Diego Muñoz, su Mayordomo Mayor, ó sea Ministro de Hacienda, y de Ponce de Minerva, su Alferez, ó Ministro de la Guerra; y ocupando el trono, sillón de forma de tijera, como las sillas curules romanas, cubierto con un paño suelto de púrpura, y sin dosel, hizo sentar junto á sí al Rey D. Garcia, á quien servian D. Rodrigo de Azagra, Señor de Estella, y D. Martin de Lehet, que mandaba en Peralta. El Rey de Castilla D. Sancho se colocó luégo á la derecha con su Ayo y Gobernador efectivo de su Estado, Gutierre Fernández, su Mayordomo Martin Muñoz y su Alferez Gonzalo Rodriguez; y al lado opuesto llamaba la atencion el tierno Fernando, Rey de Galicia, conducido por el famoso Conde Fernando Pérez de Trava, la más notable figura política del tiempo. Hijo segundo del Conde de Galicia D. Pedro Fróilaz, que crió y tuvo en su guarda á Alfonso VII durante las turbulencias de su menor edad, D. Fernando fué Alferez del primer Arzobispo de Santiago, Conde de Portugal, valido y amante de Doña Teresa, y declarándose de los primeros en favor del pupilo de su familia, aseguró para éste la sumision del Reino y de muchos Grandes, y obtuvo el gobierno casi independiente de su natal Provincia. Los magnates ocuparon luégo sitios más bajos á la izquierda del estrado, distinguiéndose entre ellos el Conde de Urgel, Armengol de Castilla, que se halló en casi todas las campañas y expediciones del Emperador; y el moro Zafadola, último vástago de la régia estirpe de los Beni Húdes, hombre arrojado, agitador incansable, que se declaró vasallo de los cristianos con esperanza de hacerse á un tiempo Rey y libertador de los andaluces, y sólo consiguió desgraciada muerte en las tormentas de la guerra civil y de las luchas de raza. Al lado de la derecha presidia al Estado eclesiástico el Arzobispo de Toledo D. Bernardo, con el de Compostela Pedro Elias, seguido de otros tres Pedros, Obispos de Segovia, de Palencia y de Búrgos; y de Bernardo, primer Obispo de Zamora, de Arnaldo, Prelado de Astorga, y Martin, que lo era de Oviedo; despues de los cuales se sentaron el Dean D. Fernando con el Cabildo y demas clerecia de la ciudad; D. Pedro Arias, Prior de Carvajal; Domingo, Abad de Sahagun, y Florencio, canonizado Abad de Carracedo. Y en las ventanas del palacio asomaba la risueña figura de la Emperatriz con la



Infanta Doña Elvira, viuda del Conde de Tolosa y tia del Emperador; la hermana adulterina y reconocida del mismo, llamada tambien Elvira y tambien viuda; y la Infanta de Portugal Doña Urraca Enriquez, esposa de D. Bernardo Pérez, hermano del de Trava, entre cuyas hijas distinguia á la mayor, Urraca Bermúdez, el blanco velo que cubria su rostro, por estar ofrecida á Dios, ó *Deo vota*. De las damas restantes sólo nombrarèmos á Doña Toda y Doña Loba, hermanas del mencionado Conde de Galicia; Doña Sancha González, su esposa; Doña Teresa Fernández, mujer de D. Osorio, Conde de la Liébana; Doña Sancha, mujer de Garcia Garciez de Aza; sin olvidar la juventud y hermosura de Isabel de Urgel y de Sancha Ponce de Cabrera, prometida aquèlla al Vizconde de Cardona, y ésta al poderoso gallego Vela Gutiérrez, hijo de Doña Toda, afanadas en aquel momento en cuidar, mimar y distraer á otra diminuta, aunque no ménos gentil prometida, la preciosa Blanca de Navarra, futura y malograda Reina de Castilla, venida en compaña de su padre, para que empezase á conocer la corte donde siete años despues habia de instalarse.

Por falta de tiempo hemos de dejar para luègo conocer á las leonesas de diversos puntos de la Provincia, que no obstante vestir trajes casi romanos de tosco burel ó basto camelote, y camisas de estopazo, esmaltaban con la gracia de su rostro y la donosura de su cuerpo los apiñados grupos de la calle, porque ya se han puesto de piè Reyes y caballeros al entrar por la estrecha plazuela (que hoy es atrio de la iglesia) las damas y las Princesas, pronta y garbosamente descendidas de sus respectivas cabalgaduras. La reposada gravedad oriental que en aquella època se usaba, exigió que tomaran asiento los que esperaban y los que venian, y despues de un rato, como cosa que no corria prisa, se volvieron á levantar, bajando hácia la entrada de la iglesia, donde estaba el Obispo de Leon D. Juan Albertino, vestido de pontifical, esperando á los contrayentes para celebrar los esponsales, *coram populo*, cual convenia en tan solemnes circunstancias y con tan preciadas personas. Alli, bajo el historiado pórtico de arcos concéntricos de medio punto, y prévia la aspersion de agua bendita, hizo las ordinarias preguntas acerca de parentesco ú otro impedimento, y tomada la declaracion de consentimiento de ambas partes, pronunció una breve y sentida amonestacion acerca de los deberes de su nuevo estado y del modo de vivir en la virtud y gracia de Dios. Dirigiéndose luègo al Emperador, le rogó que concediera á su hija por esposa de D. Garcia, y á éste advirtió que entregase el dote, sin lo cual no podia haber matrimonio legal ni desposorios. Adelantóse entónces Juan de Tudela, Escriba del Rey, llevando en la mano la carta de dote, que leyó, con expresa mencion de que su total valor no pasaba del décimo del haber personal de D. Garcia, segun pedian inexorablemente las leyes. Terminada la lectura, el Prelado volvió á rogar que fuera entregada la novia; y tomándola Doña Sancha por comision de su hermano, la acercó al futuro consorte, cuya mano derecha enlazó con la de la jóven el Obispo, preguntando si se querian y se otorgaban mutuamente por palabras de futuro; en testimonio de lo cual se dieron el ósculo esponsalicio, requisito indis-

pensable para que la desposada fuese propietaria de la mitad de las arras si el matrimonio no se llevaba á efecto. Procedió luego D. Juan á la bendicion del anillo, que tomó D. Garcia, presentándolo sucesivamente al dedo pulgar, al indice y al del medio de Doña Urraca, y con las palabras del formulario lo colocó en el cuarto ó anular; dióle luego unas relucientes doblas, como signo material de las arras, y con ciertas oraciones y una bendicion terminó por aquel dia la ceremonia.

Vueltos todos á sus asientos, el Maestro Hugo, Canciller del Emperador, entregó á su Escriba Geraldo un pergamino con los ricos dones que su Señor hacia á los desposados, de vasos de oro y plata, mulas y caballos, telas y armas; y leído este documento, el Canónigo de Santiago, Gudesteo, Notario de Doña Sancha, hizo lo mismo con análoga escritura de esta Reina honoraria, madrina de la boda. Desde este momento hasta el dia que la real pareja tomó el camino de Pamplona, no cesaron los presentes de todas clases, no sólo á ellos, sino á los caballeros navarros de la comitiva, ya de parte de los Principes, ya de los particulares, ya de la ciudad de Leon, que ofreció un donativo á título de chapines de la Infanta.

Ahora, mientras el concurso se disuelve, despues de oir la solemne Misa debida á la fiesta del dia, en lugar de empeñarnos en seguir por todas partes á los personajes principales, vamos á penetrar en el inmediato palacio de Doña Sancha, donde con el favor de su Mayordomo Nicolas Peláez podremos visitar la cámara nupcial allí preparada, y hacernos cargo del modo de vivir las leonesas antiguas en el interior de su casa, cuando eran de tan alta distincion como la nieta de Alfonso VI. Quien haya visitado el actual monasterio de San Isidoro, habrá visto, al pasar hácia la biblioteca, una vasta sala cuadrada, de no mucha luz, que llaman el cuarto de Doña Sancha, y tiene cubiertas las paredes de pinturas antiguas, como si fueran frescos. Así se hallaban decoradas la mayor parte de las salas y cámaras del palacio, porque todavia no se colgaban tapices permanentes más que delante de las puertas de comunicacion, con objeto de cortar el aire y las vistas, en vez de las poco usadas hojas de madera; y delante de las ventanas habia cortinajes de tela sujetos á varillas de hierro giratorias sobre un costado, como postiguillos. Pero la cámara nupcial tenia encortinados suelo y paredes, como lujo de novedad; y arrimado por la cabecera, al fondo, libre por sus tres lados, el tálamo de madera esculpida, con incrustaciones de marfil y nácar, y adornos de metal dorado, no más alto que un sofá, con los cuatro piés torneados, y cubierto por el *sobrelecho*, alfombrado tapete que caía por los lados hasta el suelo. Habia encima nada más que un colchon ó *plumazo* guarnecido de pasamaneria y bastante largo para ocupar la cabecera del lecho, haciendo las veces de almohada, con pequeños y delgados cojines de seda bordada para cada uno de los esposos. Una sola sábana de fino lienzo bastaba entónces para dormir envolviendo el cuerpo, por lo comun enteramente desnudo, y varias colchas proporcionaban abrigo adecuado á cada estacion. De dos grandes barras de hierro aseguradas á la pared y suspendidas del techo colgaban por ambos lados magnificas cortinas, una de las cuales estaba



recogida en alto sobre la misma barra durante el día, y de noche se dejaba caer, supliendo con su discreta opacidad el retiro de nuestras modernas alcobas. Un solo sillón, no muy ancho, de forma rectangular, con alto respaldo colgado de tapicería y un cojín suelto sobre el asiento, era el puesto de honor al costado de la cama; y enfrente un escaño de respaldo bajo, igualmente cubierto de cojines por todos lados y capaz para dos personas, era el asiento ordinario de los consortes. Grandes arcones arrimados á las paredes, mayores pero más bellos que nuestros baules mundos, servían también de asientos, y habían de servir luego para transportar á Navarra el equipaje de la desposada; anchos almohadones permitían sentarse en el suelo; taburetes y sillas de tijera daban medio fácil de colocarse en cualquier punto de la estancia; y clavada en el suelo, en medio de ella, una mesa cuadrilonga, rodeada de barandillas de cuatro dedos, estaba decorada con paños colgantes pasados con sortijas á unas varillas de latón. En varios puntos de la sala brazos de hierro labrado sostenían los candeleros; encima de algunos muebles había palmatorias en forma de dragones retorcidos, y del techo pendía una lámpara á modo de candil, destinada á alumbrar toda la noche para la comodidad de los vivos, y ahuyentar, según decían, las apariciones de los muertos.

Análogo mueblaje contenía la cámara reservada para sí por la propietaria, excepto la cama, más estrecha que un catre, y el sillón, que como algo antiguo, tenía el respaldo á la altura de los brazos, terminados en dos pomos para apoyar las manos al levantarse. Las colgaduras de la cama pendían de varillas apoyadas en columnitas de hierro, que siendo portátiles facilitaban armar en cualquier parte de la sala ó de la casa el recinto que servía de alcoba, cosa que ocurría con frecuencia cuando venían huéspedes á un palacio ó un castillo de entonces, desprovistos por lo común de habitaciones especiales para ellos. Enfrente de la cama se alzaba un grande y pesado armario de roble, de dos cuerpos y de paramentos encorados, cubiertos de figuras y blasones, donde se guardaban principalmente las joyas en cajitas árabes de marfil ó de cobre esmaltado. Los arcones no tenían más ornato que el de sus numerosas piezas de cerrajería; por entre los taburetes y escabeles se veían un par de veladores ó mesitas sumamente bajas, propias para labor ó para tomar un refrigerio, y de las paredes pendían algunas imágenes de Santos, con su candelero debajo. Junto á este cuarto estaba el guardaropa, habitación espaciosa, donde no sólo se custodiaba el equipo de la Infanta y de los servidores de todas jerarquías que estaba obligada á vestir, sino que era también almacén de géneros tomados á prevención en las ocasiones propicias, y taller donde las doncellas de costura, ó la misma Infanta con sus damas, trabajaban sentadas en una gran tarima. Entremos por la opuesta parte en la principal sala del palacio, y encontraremos á los criados aderezando todo lo necesario para el gran convite del siguiente día; las mesas separadas para el Emperador y su familia en el estrado donde se alzaba el gran escaño de ceremonia, dividido en tres asientos; dos mesas largas y estrechas á los lados, con

una sola fila de asientos cada una; detras de éstos los aparadores para la vajilla, y otra mesa más baja en el medio para los trinchantes. Verémos á los encargados del servicio cómo preparan una escudilla sopera para cada dos convidados, y para cada uno el cubierto compuesto de cuchara y cuchillo (pues los tenedores no se habian inventado), poniendo saleros al alcance de todos, y á lo largo de las mesas los *tajaderos*, ó sean platos de metal que sobre anchas rebanadas de pan duro han de recibir los trozos de viandas que cada cual escoja cuando los criados pasen las fuentes por delante; observarémos que se adopta la nueva moda de cubrir con manteles toda la mesa, y no sólo las caidas; y notarémos que el vino se trae en barriles, que la copa del Emperador es más grande y en forma de cáliz, y que todas las demas se ponen en los aparadores para servir las por detras siempre llenas y haciendo la salva, ó sea probando su contenido, como garantia de no haber ponzoña ni maleficio. Cerca de nosotros, junto á la puerta, están ya alineados los artificiosos aguamaniles y las bordadas toallas para lavarse las manos ántes y despues de la comida, y más allá las vasijas del hipocras, preparacion de vinos diversos con canela y gengibre, que se tomaba un rato despues de la comida, como ahora el café, para ayudar la digestion. De buena gana pasaríamos luégo á visitar los cuartos de las doncellas de alto linaje que desde pequeñas se han criado con la Infanta y forman su séquito, con objeto de examinar sus telares y ruecas; pero temerosas de que algun curioso indiscreto pueda sorprender los emblemas empezados á bordar en bandas de jamete con hilo de oro para secretos adoradores, han cuidado de cerrar una de las pocas puertas que dan acceso á esas habitaciones, impidiéndonos asimismo averiguar cuáles son las encargadas del botiquin y manuales de medicina, como más diestras en el arte de Galeno, ó juzgar del grado de aficion que tengan otras al ajedrez ó las tablas, admirando de paso la delicada taracea de tableros y piezas.

Segun costumbre antigua de Castilla, el matrimonio se verificó al siguiente dia de los esponsales, que era domingo, primero hábil para las velaciones despues de las tres semanas anteriores á San Juan, segun la disciplina de entónces, y señalado por este motivo para la ceremonia en los tratos de ambos Reyes. Lo mismo que en la del dia ántes, el Prelado esperaba á la puerta de la iglesia, y ratificados los cónyuges en su declaracion de quererse y otorgarse, añadiendo lo de recibirse de presente, les dió la bendicion nupcial en el nombre del Padre, del Hijo y del Espiritu Santo, introduciéndolos en seguida en el templo, donde quedaron breves instantes de rodillas en medio de la nave principal; y leído un salmo por el Obispo, subieron al presbiterio á oir la solemne Misa con candelas en las manos. Al dar la Paz, cuatro monaguillos tendieron un velo en alto sobre la cabeza de los contrayentes, en cuya actitud recibieron una nueva bendicion, y despues de tomar al fin de la Misa un poco de pan y de vino benditos, terminó el acto con una breve admonicion del Obispo. Desde la vispera conocemos ya el concurso de magnates colocados en las dos naves laterales de pié ó de rodillas, segun lo pedia el rito, y á las damas que



en el centro estaban sentadas en el suelo, como se estiló en toda Europa y ahora sólo en España; pero apartada de éstas, llorando de dolor á veces, á veces de alegría, reparemos detras de la última columna una señora totalmente encubierta en su manto y su alquinal, poniendo alternativamente sus ojos en Doña Urraca y en D. Alfonso, ó levantándolos al precioso Crucifijo de marfil del altar mayor, regalo de los piadosos Reyes D. Fernando y Doña Sancha. Era Gontrodo ó Gunteroda, hija de Pedro Díaz y de Maria Ordóñez, de la principal nobleza de Astúrias y de la Liébana, y madre de Doña Urraca. Conocióla D. Alfonso cuando desde su campo de Atienza vino á Astúrias á combatir la rebelion del Conde Gonzalo Peláez, fortalecido en los castillos de Proaza, Boanga y Alba de Quiros. Falto de fuerza suficiente, hubo de pactar con su atrevido vasallo tregua de un año, pero no la dió su corazon jóven, ardiente y poco contenido, al de la hermosísima Gontrodo, de cuya conquista, más fácil que la de los castillos del Trubia, resultó el nacimiento de una niña, á quien pusieron el nombre popular y estimadisimo de Urraca (que más que derivacion, parece equivalente vasco de Áurea), pero áspero á oídos extranjeros, pues se cuenta de una Infanta que tiempos adelante perdió casamiento por tan sólo ese motivo. La dicha de ver á su hija en un trono, y la pena de no ocupar en tal dia junto á ella el puesto que la naturaleza le señalaba, el dolor de su pasada culpa y la gratitud á los favores de la Providencia, la vergüenza de su fragilidad y el decoro de su posicion social, representado á un tiempo todo en la mente y en el corazon de la escondida madre, la determinaron en aquel mismo punto y hora á retirarse del mundo y acabar dignamente sus dias en un monasterio, fundando á este fin el de la Vega de Oviedo, donde un pomposo epitafio latino (existente hoy en el Museo) declara haber muerto en 1186.

Cerca ya del medio dia, despues de asistir á la bendicion del tálamo y de haber presentado el acta matrimonial Pelayo, Notario de la diócesis, pasaron los convidados á la gran sala, á ocupar los elevados *bancos* á que deben su nombre los *banquetes*, cuyos preparativos conocemos ya desde la vispera. Á poco rato penetró por la puerta el aplaudido Pallea con su comparsa de alegres juglares y atrevidas juglaresas, cargados con músicos instrumentos de variado género. Entre ellos menciona la historia expresamente el *órgano*, muy semejante al moderno armonio, aunque con la tuberia visible fuera de la caja, fuelle de mano y correa para colgarlo al cuello; el *salterio*, instrumento nuevo, muy apreciado por su dulzura, compuesto de una caja sonora en forma de trapecio, con doce ó diez y seis cuerdas metálicas paralelas que se tocaban con pua, y fué progenitor de los clavicordios y pianos; la *citara*, arpa pequeña, ya entónces y mucho ántes tan perfecta casi como ahora; y las *tibias*, clarinetes ó dulzainas de diversas formas y tonos; sin que pudieran faltar los graves sacabuches, los rabeles estridentes, los vibrantes triángulos, las alegres castañuelas ó *cimbalos*, y el ruidoso *timpano* ó pandereta. Las trovas y decires que llevaban aprendidos, y los juegos y danzas que se proponian ejecutar entremedio de los servicios, no han llegado á nuestra noticia, y no lo sentimos mucho, por ser probable que, aun sabiéndolos, no

nos fuera dable comunicarlos á nuestras lectoras jóvenes. Dejemos, pues, á tan alegre tropa, alabemos la mejora de las costumbres, y vámonos á las afueras para ver despues de la comida las funciones públicas dispuestas en celebridad de las bodas, cuya duracion fué, segun costumbre, de ocho dias, y alcanzaron, por tanto, al mes de Julio, como con toda exactitud estampa la crónica.

Con el juego del bofordo, ó de romper tablados, debian los nobles lucir su destreza en el manejo de las armas y caballo, sin peligro de las sangrientas colisiones que con facilidad se ocasionaban en los torneos. Arrojando bohordos, que eran cañas llenas de yeso ó arena en su último nudo para darles contrapeso, á un armazon de tablas, levantado en alto, debian acertar á romper ó desgajar de él algunas piezas, alzándose sobre los estribos á todo el escape del caballo; y tanto más famosas eran las fiestas cuanto mayor número de tablados se rompía. Ménos inocente era la lidia de toros, enfurecidos con el ladrido de los perros y excitados á acometer al caballero, que les daba muerte clavándoles el rejon ó venablo. Groseramente imitaba estas luchas la plebe, persiguiendo á ciegas á un cerdo unos cuantos rústicos que, atados con largas cintas á un poste ó encerrados en una liza, se lastimaban mutuamente, con gran zumba y diversion de los circunstantes, haciendo suya al fin la presa quien llegaba á acertar con ella de un fiero golpe.

No era permitido ni bien visto que el clero, y sobre todo las altas dignidades, presenciaran tales espectáculos, como no lo es hoy que concurren á las funciones teatrales; pero el pueblo gustaba muchísimo de ellos, y de todas las comarcas de la tierra de Leon habia venido gente á presenciarlos, moviendo la curiosidad á buena porcion de la parte femenina. Del fondo de la peñascosa Cabrera procede una familia de cinco personas, que sentada tranquilamente en la parte delantera de los tablados, indica por su porte la comodidad en que vive, y por lo rústico de los trajes de adobadas pieles, lo ingrato del pais que habita: son Maria Fróilaz, Maria Salvadóriz y Loba Fernández, madre, hija y nieta, con los maridos de las primeras, Salvador Bermúdez y Fernando Muñoz, ricos labradores que acababan de otorgar una donacion cuantiosa á la Albergueria del monte Irago. Hacianles compañía su parienta Aldonza Muñoz y su marido Pedro Salvadóriz, del campo de Astorga, rodeados de jóvenes astorganas; las montañesas de Luna iban con Elvira Gutiérrez; conducian las alegres bercianas Colomba Álvarez, de Libran, Colomba Rodriguez, de Villar de Sálas, y Ximena Rodriguez, de Molinaseca, mientras las ribereñas, con Auro Ceti, Ximena Pérez, y Sancha, la mujer de Cipriano Ramirez, pugnaban por salir á la primera fila de todos los grupos, para lucir sus joyeles. Marcadamente separadas, por desdeñar mezclarse con otras gentes, tomaban puesto las laboriosas maragatas; pero en mayor aislamiento quedaban, porque con ellas nadie queria trato, segun preocupacion tan antigua como injusta, las vaqueras de Astúrias, que por aquel mismo mes de Junio habian pasado con su *armentio* á las montañas de Leon á cambiar de pastos. Finalmente, bulliciosas é inquietas, por aquí y allí pululaban las altaneras burgesas de



Sahagun, denotando en sus ojos azules y rubios cabellos ser nietas de los franceses y borgoñones cuyos indómitos hijos, al pelear bravamente por eximirse del duro y pésimo fuero de Alfonso VI, que al fin derogó pocos años adelante su nieto, cometieron crímenes y atropellos, á cuyo lado son pálida sombra los que se cuentan ó se temen de los petrolistas contemporáneos. Á dos ó tres de ellas, pasadas ya de la edad madura, señalaban los caballeros del tiempo de Doña Urraca, porque eran de las compasivas mujeres que habian avisado secretamente á sus convecinas castellanas del terrible asalto nocturno tramado por el aragones Giraldo Diablo. Y por dentro, y por fuera, y por en medio, y por todas partes, lucian su garbo natural las damas de los palacios, las menestralas de los arrabales y las villanas de las aldeas de la Ciudad, no perdonando ocasion de armar danza, doquiera las incitase un pífano con su tamboril, ó simplemente un par de garridas cantadoras.

Tierna hubo de ser la despedida que hicieron la abadesa Doña Mayor y sus monjas de San Pelayo á los Reyes de Navarra, los cuales, con la licencia y la bendicion de su padre y soberano D. Alfonso, salieron de Leon acompañados de todos los caballeros que van nombrados hasta ahora. Juntos fueron hasta la Villa Lil, ahora Mansilla de las Mulas, donde haciendo alto, mandó D. Garcia que se volvieran todos, salvo el Conde Rodrigo Gómez y D. Gutierre Fernández, y varios ricos-homes castellanos, por cuyos feudos se habia de hacer la jornada; los cuales con los nobles navarros fueron á marchas cortas dando custodia y haciendo medida á los novios y á su voluminoso equipaje. Pasados algunos dias en nuevas fiestas, cada cual regresó á su tierra respectiva, colmado de obsequios; las crónicas y documentos contemporáneos conservaron el recuerdo de tan memorable suceso, y de él ha tomado pie el autor de esta monografia para traer á la escena, con toda la verdad histórica que le ha sido dable, á las antiguas leonesas, ascendientes ilustres de la mayor parte de las damas de más alto linaje, y cuya sólida virtud, claro ingenio y discrecion consumada, fueron tanta parte como el arrojo y la perseverancia de los hombres para llevar á su apogeo la civilizacion de los Reinos cristianos de España.

## II

El domingo 8 de Noviembre de 1863, las calles y plazas de Leon estaban desde muy temprano cuajadas de gentes de todas las clases de la sociedad, pintada en los rostros la alegría precursora de los grandes sucesos, hablándose unos á otros con la animacion de quien tiene algo que decir y mucho que preguntar, dándose todos cita y prometiendo no faltar á la funcion para aquella mañana anunciada. ¿Qué movia á los leoneses y las leonesas, que en larga y compacta columna, por la plaza de San Marcelo y el puente de San Marcos, se dirigian hácia la opuesta orilla del Vernesga? ¿Iban, por ventura, á recibir con alegre bienvenida á personajes encumbrados? ¿Era

algun regio enlace motivo ú ocasion para tal bullicio, ó se esperaban ocho dias de cañas y toros y populares diversiones, como las de siete siglos atras, nunca por completo olvidadas? Á poder levantar la cabeza de los blanqueados sepulcros ó de las confundidas huesas donde yacen los personajes célebres y oscuros, grandes y pequeños, cuyas sombras hemos evocado en las páginas anteriores, para que vinieran á representar á las leonesas antiguas en su vida, en sus costumbres y en sus merecimientos, es seguro que dieran afirmativa respuesta, no comprendiendo causa mayor para tan extraordinarias demostraciones de júbilo. Mas si en corroboracion de tal supuesto se acercaran á dirigirnos una pregunta, como á benévolos amigos, hubieran aprendido con asombro que se celebraba un enlace ciertamente, pero el enlace de su brillante corte, ya tan empobrecida, tan caida, tan olvidada al pié de los asturianos montes, con el centro y con todos los extremos de aquella España que ellos habian soñado constituir, y cuya actividad vivificadora, nacida y fermentada en focos que fueran tal vez en su tiempo ignorados ó poco atendidos, iba á tocar con su oleada benéfica los muros venerables de los legionarios de Vespasiano.

—Venid,—les dijéramos entónces,—y tended la vista por la dilatada y pedregosa orilla derecha de vuestro amado Vernesga. Alli, donde seculares aluviones han depositado espesas capas de rodado guijarro, donde todos los años, al derretir de las nieves, la incontrastable corriente descuaja la más pequeña señal de vegetacion y de vida, mirad un extenso y elevado terrero, que no es poderosa para asaltarlo el agua. En muy pocos meses se han erigido sobre esa explanada vastos y numerosos edificios, con sólidas paredes de rojo ladrillo y armazones de metal y cristales, tan elegantes como ligeras; y esas ramificaciones, dibujadas con líneas de hierro por la planicie, nacidas de una sola que allá por el rio abajo se pierde de vista, son el lazo material de la union que os decimos, los canales por donde nos aprestamos gozosos á recibir los beneficios de la industria y del comercio, cuya es la fiesta que en este dia celebran vuestros nietos. Y no os sorprenda que honremos ejercicios que en vuestro tiempo se abandonaban por poco dignos á moros y á judios, á villanos y menestrales, que ya nos habeis enseñado el esplendor que habiais alcanzado con ellos; y vosotros mismos, contradiciendo preocupaciones injustas, movidos de la necesidad, en Córtes y fueros los habeis protegido, y habeis fundado al hacerlo así la prosperidad de vuestros hijos y la libertad de nuestra patria. Venid, pues, y tomad parte en la general alegría, que la obra de hoy tambien es vuestra obra, vuestro ardimiento en bélicas lides es nuestra constancia en pacificas empresas, vuestro trabajo ha producido nuestra riqueza; y como juntábais vosotros enjambres de mazoneros é imagineros, sin distincion de lengua ni raza, para levantar monasterios y catedrales que justamente admiramos, tambien nosotros reunimos operarios sin número, de todos géneros y naciones, que distribuidos por los valles, por los páramos y por las montañas, trastornan sus fundamentos, armados de ingenios poderosos, y dejan á su paso una huella como las que vosotros achacábais á héroes antiguos y encantamientos inexplicables.



Si continuáramos más tiempo esta conversacion con nuestros antepasados, expondríamos á soñar con duendes y fantasmas á algunas lectoras timidas; y como tenemos sincero deseo de excusarles toda molestia y disgusto, seguiremos dirigiendo á ellas la palabra, lo cual nos ha de ser más grato sin duda alguna. Si por nuestra suerte esas lectoras fueran leonesas, podríamos preguntarles si no recuerdan la grandeza de aquella fiesta, destinada á la inauguracion oficial del camino de hierro de Palencia á Leon, y cuyo principal ornamento lo encontramos en ellas mismas todos los concurrentes. Rompiendo vallas y quebrantando consignas, desde muy temprano fueron invadidas las graderias provisionales levantadas en los dos cuerpos de la nueva estacion, aún no concluida; los que no alcanzaron asiento se derramaron por entre los muelles y las cocheras, y un tropel no corto de curiosos esperaba desde el frontero paseo de Papalaguinda, entre lo que es San Márcos y lo que fué San Claudio. Cerca ya de medio dia, el blanco penacho de humo, cuyos movibles contornos se dibujaban sobre un cielo sin mancha, y el eco de lejanos silbidos anunciaron la aproximacion del tren inaugural, que serpeando con la suavidad de la culebra avanzaba con la rapidez de la flecha; y recibido luégo con un nutrido aplauso de la muchedumbre, dejó con ella confundidos á los convidados, cuyo deseo de conocer las maravillas del arte antiguo quedó olvidado ante los atractivos de las modernas leonesas, deslumbradoras con sus trajes de fiesta y sus semblantes más de fiesta todavia. ¿Y cómo habia de ser de otro modo? Dispuesto un altar en el cabo de la suntuosa nave del edificio de viajeros, el venerable Obispo de Palencia, en ausencia del de Leon, invocaba con sus preces el favor del cielo sobre la nueva obra; y para recibir su bendicion, viéronse acercar velozmente por tres vias paralelas otras tantas máquinas locomotoras, resoplando vapor, vomitando humo y amenazando aplastar entre sus ruedas aquella viviente masa; pero al llegar á los andenes, vuestra mirada limpida y serena ¡oh leonesas amables! bastó para domar aquellos monstruos con entrañas de cobre, con cuerpo de hierro, con músculos de acero, cuyo alimento es encendida hoguera, que deja oscuras las fraguas de Vulcano ó el horno de Babilonia. Desde aquel momento, obedeciendo sumisas á las manos calzadas de guante blanco que las dirigian (una de las cuales gobierna ahora esta pluma), avanzaron lentamente hasta el altar, coronadas de flores y cubiertas de banderas, como si apartaran con mano amiga á las personas que se ponian al paso, y mezclándose con las gentes quisieran persuadirlas de que eran hijas sumisas de la ciencia y del trabajo, no instrumentos terribles de desolacion y ruina. Al recibir la aspersion del hisopo, los tres silbatos lanzaron su ronco grito hasta las nubes, envuelto en la blanca niebla del vapor escapado por sus lengüetas, ruido á la verdad estridente y duro, pero que sonó entónces para nosotros como grande y solemne concierto, himno sublime de la paz y del progreso.

Dominados por tan gratas impresiones, esparciéronse por la ciudad los concurrentes, entre los cuales se contaban los principales personajes de la sociedad y de la

politica, tanto de Madrid como de las Provincias limitrofes. Al discurrir ociosamente por calles y plazas, buscaban con empeño entre los variados tipos populares de mujeres á las maragatas, por lo mismo que son en la corte y los caminos tan raras como abundantes y conocidos los hombres de esa tierra, pequeño rincon del valle de Turienzo, escondido entre las cumbres de Foncebadon y el Teleno. Ni aún en Leon es frecuente verlas, porque teniendo á su cargo el duro ejercicio de la labranza mientras sus maridos ausentes practican el de fidelisimos porteadores, sólo abandonan sus casas y terruños los mártres para concurrir al inmediato mercado de Astorga. Pero su afan fué inútil, porque el modelo que deseaban ya no se encuentra sino en las figuras que con grandes martillos dan las horas en el reloj de la plaza de esa ciudad, vestidas con su pintoresco traje, bien conocido el del hombre en los mercados, habiéndose visto hasta en los escaños del Congreso; pero no así el de su bella mitad. En ese traje singular, el zapato de cabra bajo, con oreja y boton de plata dorada dejaba ver la estirada media blanca, que por más arriba del tobillo se ocultaba bajo la saya ó manteo de paño blanco, llamado *rodo*. Sobre el rodo ponian por delante un ancho mandil encarnado llamado *mantillo*, con otro delantal negro encima, y por detras metian entre dos grandes pliegues de la falda un segundo mandil, tambien encarnado, pero más estrecho, que llamaban *mantilla*, é iba adornado con *cerras*, ó sean tiras colgantes de unos cuatro dedos de largo. Sobre la camisa, profusamente bordada, llevaban la chaqueta, ó *sayuelo*, con dos escotes á los lados, ceñida á la cintura con ancho *fajero* de estambre, y con mangas muy holgadas, abiertas desde el hombro y sujetas al puño las más veces con *agolletas*, ó sean cordones con agujetas en las puntas. Cubria la cabeza una *albanega* ó toca blanca caída hácia atras, ó bien manto largo ó *frisa* de añinos con puntas cuadradas y borlas. Ahora han adoptado las maragatas, como todas las leonesas del campo, el *rodado* negro, pieza de paño así llamada porque la rodean á la cintura con poco más de una vuelta; adornanlo con ancha franja de terciopelo, y queda casi del todo cubierto con un delantal bordado de seda de colores. Visten el cuerpo como las montañesas, aunque con todo el lujo y gala de las ribereñas, siguen como ántes llenando de letreros las ligas, las cintas de los delantales, los fajeros y las frisas, y atan bajo la barba el pañuelo, que no gastan de seda sino las casadas, ni pueden llevar encarnado las viudas. Profesan aquéllas marcado respeto á sus maridos, quienes en cambio de su gran honestidad no les exigen demasiado aseo en las casas, cuyas cocinas, ántes sin chimeneas, las tienen ahora tan enormes, que en ellas se cuelgan á curar las carnes de cerdo y de ternera. Por lo demas, las casas de la maragateria se parecen mucho á las del Bierzo, salvo que tienen la cubierta de paja. Hay mucha gente pobre, y su más general alimento es el pan de centeno, las patatas y el tocino.

Muestran sin duda alguna estos pormenores residuos numerosos de las costumbres y trajes de la Edad Media, fenómeno nada raro, pues hemos tenido ocasion de notar cómo los atavios mujeriles más exagerados de aquella edad, en sus variadisimos



periodos, lo mismo que las danzas en rueda y otros usos, duran perpetuados en el traje y costumbres provinciales de ciertas comarcas, á causa del movimiento incesante de las modas de los palacios á los castillos, de los castillos á los concejos, de los concejos á las aldeas. Sin embargo de haber oido reflexiones parecidas á éstas, varios jóvenes literatos se empeñaban, sin poder llegar á un acuerdo, en buscar vestigios de oriental indumentaria en aquellas prendas, del mismo modo que suelen darse por indudables en las anchisimas bragas de los varones; pero un eminente arabista, que habia venido en el tren y por alli pasaba, pudo hacerles ver, con su carácter comunicativo, cuán vano era tal intento, y dando suelta á su erudicion, les entretuvo un rato explicándoles las opiniones del célebre Padre Sarmiento, que en el siglo XVIII quiso hacer venir á los maragatos de los *mauros* ó habitantes de Mauritania, traidos acá por las invasiones cartaginesas ó las guarniciones romanas; al paso que Mr. Dozy recientemente habia corroborado la opinion comun y antigua que les hace proceder de *moros* mahometanos cautivos ó *captos*, apoyándose en el gran número de testigos y actuantes de ese origen que muestran los primitivos documentos de Astorga, aunque proponiendo la rara etimologia de *Malagutos* ó godos malos. Aventuróse á decir uno de los acompañantes si no podrian ser *moros* que hubiese instalado ó tolerado en aquel ingrato suelo el Conde *Gaton*, poblador de Astorga con sus gentes del Bierzo (derivacion ya combatida por el benedictino gallego), pues el aislamiento en que se encuentran parece indicar antigua servidumbre y repulsion de raza; pero un forastero que frecuentaba entonces el pais, opuso que el aislamiento social de los maragatos no parece impuesto sino por ellos mismos, poco acomodables á las ideas y costumbres de sus vecinos, y que idéntico fenómeno se verifica en diversas Provincias, donde hay una villa ó comarca cuyos naturales se dedican al tráfico exclusivamente, y se conservan apartados de los demas moradores, aduciendo entre otros el ejemplo de Fortuna y Algezáres en el Reino de Murcia.

Añadióles luego una noticia de las joyas con que las maragatas casadas se recargan en su pais, hasta el punto de serles difícil levantarse del asiento, aunque ya no suelen ostentarlas sino en dias de boda, manifestando en ellas la totalidad de su dote, y aumentándolas conforme en el curso de la vida matrimonial consiguen ahorros para su particular bolsillo. Son monstruosas las arracadas, cuyos últimos colgantes descansan en el hombro y se han de sujetar con cintas por cima de la oreja; pero son mucho más notables las collaradas, verdaderos almacenes de objetos de platería. Dos clases principales de piezas, además de los gruesos corales, componen estas collaradas; unas esféricas, como de una pulgada de diámetro, que llaman *avellanas*, y otras prismáticas, de unas dos pulgadas de largo y media de lado, que denominan *alconcillos* ó *alconciles* (corrupcion de *alcorcies*); unas y otras son fundidas, de plata sobredorada, con una cantidad de metal considerable, y se colocan alternativamente en la sarta segun su número y proporcion. Entre ellas se intercalan dijes de coral ó piedras toscamente labradas, que hacen oficio de amuletos para

enfermedades determinadas, cada uno segun su color y sustancia, y colocan tambien un enorme disco sobre el pecho, ó tres, uno en el pecho y dos en los hombros, ó á veces más, distribuidos con la posible simetria. Cuando los discos son de una plancha de metal fundido, ó de dos combadas que cierran una figura de lenteja, se llaman *joyeles*, llevan muchos adornos bastante bien cincelados, con bonitas crestearias en el borde, y en el centro un Crucifijo sumamente rudo. Otras veces forman un cuadro con cristal por uno ó dos lados y malisimas estampas de devocion, ó bien medallones para encerrar reliquias; llamándose *vidrieras* en el primer caso, y *relicarios* en el otro. Este verdadero museo, ensartado en fuertes hilos, se ciñe á la garganta, cayendo el resto por el pecho en una ó más vueltas; añaden con frecuencia un gran rosario de plata, que desde el cuello pende hasta las rodillas; y á tan diversas piezas acuden como Banco de economias, para venderlas á los plateros de Astorga en casos de apuro.

Hemos hecho mencion de los dias de boda, como las ocasiones más solemnes para las maragatas, y merecen por cierto sus ceremonias, ya celebradas y descritas por el malogrado Enrique Gil, narrador de las glorias de Cornatel y Bembibre, que les dediquemos breves renglones siquiera, pues que dura en ellas un reflejo de las antiguas que hemos explicado con motivo del casamiento de Doña Urraca, y que en parte se conservan en otras Provincias, señaladamente en algun pueblo de la de Córdoba. La conveniencia de los padres, más que el afecto de los mozos, determina los enlaces, que empiezan á festejarse la vispera de la boda con una cena á que los novios no asisten por no turbar el recogimiento consiguiente á la confesion y exámen de doctrina de aquella tarde, como tampoco al almuerzo de la siguiente mañana, anunciado por todo el pueblo al son de la gaita. Oculto el rostro con el manto ó el dengue echado sobre la frente, camina la novia á la iglesia en medio de los sencillos y alegres cantares de sus compañeras, y á regular distancia del novio, cuyos amigos han ido á buscarlo disparando sus escopetas. El desposorio se celebra á la puerta de la iglesia; despues de la Misa tiene lugar una justa de corredores para ganar el bollo del padrino, y luégo las danzas, que presencian sentados á ambos lados de la puerta de su casa el novio y la novia, tapada ésta todavia y asistida por su madrina. Terminada la comida, los concurrentes depositan su ofrenda en dinero en la bandeja del padrino; otra colecta para los utensilios de la novia hace su *moza del caldo*, ó amiga intima, y los mozos del mismo titulo, ademas de esto, practican una requisa general de gallinas por el pueblo mientras bailan nuevamente los convidados, incluso esta vez los novios, á quienes es de rigor que allá á las dos de la madrugada vayan todos á obsequiar con un par de esas gallinas aderezadas, como refuerzo para el estómago. Misa, bailes y comidas se repiten en la tornaboda del dia siguiente, con añadidura de los *zamarrones* ó mojigangas, y del combate para ganar el bollo de la madrina, quedando sólo, si el mozo es de otra aldea, marchar todos en lucida y mular cabalgata al domicilio de la pareja.



Algo de orientalismo pudiera atribuirse á cuanto llevamos dicho sobre galas y bodas, pero aún así la presuncion es muy débil, porque lo mismo hacen otros muchos pueblos; y la tez, facciones, profesion y hábitos del maragato desacuerdan por completo con ese origen que se le presta, ni es su porte en manera alguna propio de una raza vencida. Atendiendo, por el contrario, á estas principalísimas circunstancias, tengamos presente que hay una lengua europea en que de la raíz *marach*, caballo, se hace el verbo *maracaat*, cabalgar, ocupacion de esa gente: que la exclamacion «¡Yerrado!» con que animan á sus bestias, y mutuamente se increpan en sus disputas, conviene con «¡Eurredi!» equivalente á «¡Corriendo!» en esa misma lengua; que los que hoy la hablan son de cuerpo grueso y no muy alto, cuello corto y fuerte, cabeza redonda y color blanco; que llevan calzones anchos y plegados, polainas ajustadas, chaleco cerrado, sayo abierto, cinturon de cuero, sombrero de anchas alas y el pelo crecido; y que son, por fin, laboriosos, tercos, exclusivos y apegados á su país y sus tradiciones; y convendrémos en que los maragatos son hermanos legítimos de los bretones del Loire, y no volverémos á pensar en identificarlos con beduinos ni bereberes. Si ese es su origen, se preguntará ahora, ¿cómo es su descendencia? Pueden muy bien proceder de algunas familias célticas, resguardadas en su pequeño valle, como una isla en el Océano, de las invasiones romanas y árabes, á cuya suposicion dan apoyo ciertas palabras de origen céltico que hemos hallado en inscripciones romanas de la Provincia; pero el traje de los maragatos se parece tanto al de los habitantes de la Armórica del tiempo de Estrabon y del nuestro, que puede caber también la conjetura de que provengan de una colonia bretona, refugiada aquí cuando la irrupcion de los normandos, ó tal vez atraída por cualquiera de tantas reinas francesas de estirpe indeterminada como hubo en Leon en los primeros siglos de la restauracion cristiana. El epíteto del *caldo*, que equivale á *amigo* (*caret, caraid*), en lengua céltica, el gusto mismo por las joyas, la aplicacion de las mujeres á los trabajos del campo, todo, en fin, conspira á probar la analogia que asentamos; y quien lo dude, que ponga una figura de maragato entre la de un bajo-breton y la de cualquier casta de moro, y sus ojos le darán respuesta.

Puso término á la útil y sabrosa conversacion que ocasionaron las maragatas, el deseo de aprovechar la tarde para conocer los monumentos, merecidamente afamados, de la corte de D. Ordoño. Por ser hora más oportuna, quedó para la mañana del lunes la visita á la catedral, inapreciable joya gastada algun tanto por el tiempo, y algo también por desacertadas reparaciones, y ya entónces empezada á restaurar por manos inteligentes; visita que hicieron los invitados con gran detencion, admirando aquella delicada traza de arcadas y pilares en puertas, naves y claustros; aquella valiente talla de la silleria del coro; aquella combinacion de gustos diversos en el romanato; aquel mágico efecto de las inimitables vidrieras de colores.

Brindóles, por el contrario, con su proximidad y franca puerta, el suntuoso convento de San Márcos, antiguo hospital reedificado por los Caballeros de Santiago y

acabado modelo de la arquitectura del Renacimiento, donde la clausura establecida conforme á su instituto por los Padres de la Compañía de Jesus, instalados en el edificio cuatro años ántes, vedaba la entrada al sexo femenino. Nosotros, por ser ahora cronistas suyos, nos quedarémos tambien á la puerta del claustro convertido en Museo de Antigüedades, sin visitar los gabinetes de fisica, ni la coleccion numismática, ni el Observatorio Meteorológico; ya que no es dado escudriñar el orden y economia de despensas, lavaderos y cocinas á ciertas damas que en la contigua sala de visitas esperan que algunos religiosos, con quienes nos unen lazos de fraternidad literaria, bajen las vistas fotográficas de la inauguracion, por ellos preparadas. Ocasión propicia fué aquélla para que una de las señoras, escritora modesta de familia de literatos y periodistas, accediese con galante bondad á anudar de nuevo la conversacion sobre trajes y costumbres populares, explicando las diferencias características entre las diversas aldeanas venidas entónces á la ciudad.

—Conviene saber—les decia—que alrededor de la parte central de la Provincia, extendida entre Leon y Astorga, y prescindiendo de la singular rinconada de los maragatos, que ya ustedes conocen, su territorio se divide en cuatro comarcas principales: al Norte, la montaña da origen á los rios Esla y Porma, Vernesga y Órbigo, comprendiendo los ásperos paises de Boñar, los Argüellos, Luna, Babias, Omaña y otros; al Sur, en las riberas, llanas y fértiles, Valencia de Don Juan con su gótico castillo ennoblece el Esla, y la Bañeza domina los campos del Órbigo; al Este se prolonga hasta Castilla el páramo triste y uniforme, cuya entrada guarda Sahagun, siempre inquieto; y á Poniente los ricos y amenos valles del Bierzo fueron segunda Tebaida en sus montes, frecuentada ruta de peregrinos, romántica mansion de Templarios. Las montañesas de las Babias se distinguen por la sencillez de su traje, cuya prenda principal es el rodado largo y con vuelo de paño fino con terciopelos, sobre otro de bayeta verde ó encarnada, y con un delantal corto de lana de colores vivos encima, dejando colgar atras sus *colonias* ó anchas cintas. Llevan al cuerpo jubon encarnado bajo una chaqueta de paño negro muy ajustada y de manga estrecha; y al cuello un pañolito blanco, que se ve apénas bajo un dengue, semejante al asturiano, pero más grande, ribeteado de terciopelo ó cinta oscura, cuyas largas puntas sujetan atras con corchetes; usan anchos zarcillos; pero no adornan el cuello sino pobres *sartas* ó cuentas de vidrio de diversos colores, con crucecita de plata. Cubren el peinado, recogido en un moño alto y dos rizos laterales, con un inmenso pañuelo amarillo ó azul de lana ó seda, atado sobre la frente, dejando caer á los lados sus dos puntas, y para ir á Misa echan encima el *rebociño*, gran mantilla redonda de paño color de pasa con ribete de terciopelo. Calzan en verano media muy blanca y zapato bajo, y en invierno escarpin alto abotinado y *almadreña* ó zueco. Su vida es pastoril, aseadas sus maneras, sus costumbres morigeradas y su principal alimento el que producen los ganados, aunque no les falta cocido de carnes saladas en invierno y *caldereta* de carnero fresco en el estio. Son robustas



y laboriosas, sobresalen en la fabricacion de manteca, ayudan á los hombres en la recoleccion de la yerba, en la provision de leña y el desgrane del centeno, y elaboran telas y paños con el hilo ó lana preparados por las muchachas, juntas las noches del invierno todas las del pueblo en una cocina. Estas reuniones, comunes á casi todas las comarcas de la Provincia, se llaman *filandones* ó *hilanderos*. En ellas se recitan cuentos maravillosos ó romances viejos, se cantan coplas amorosas, y suelen acabar los sábados en baile. Es la mayor gala de las montañesas proveer á los maridos de abundante merienda de jamones y cecinas cuando van por el otoño con sus ovejas á Extremadura, y hacen al despedirlos tantos extremos de sentimiento como moderada parece su alegría al volverlos á ver por primavera, cuando les traen las ligas de la Mancha y los *gordones* con *ahuchas*, para atacar los justillos, de Rioseco. Obsequian á los forasteros con baile y serenata que llaman *beiche*, amenazándoles las mozas con darles los *cacharrones*, ó sean golpes y pellizcos, si no aceptan la fiesta; y otra igual, denominada *queiso*, ofrecen en las despedidas. Con ménos salud las que habitan los húmedos valles del Esla y Porma, tienen más aficion á las faenas domésticas, á la instruccion y á los hábitos sedentarios, lo cual muestran en la brillantez de la espetera, en su siempre blanqueada *trébede* ó cocina, en su aplicacion al *hilandero*, y en las bien mantenidas aves de su corral. La vispera de la fiesta mayor las amas de casa blanquean las portadas formando grandes y caprichosos ramos, y las muchachas salen ufanas á Misa los domingos, si sus amantes han adornado con verdes ramas y silvestres flores sus ventanas y tejados. Usan *manteos* ó faldas de estameña azul ó verde muy plegada y con un volantito encarnado que llaman *tirana*, aunque para el verano ya se ha introducido el percal; sobre el jubon llevan pañuelo pequeño, la cabeza frecuentemente descubierta, la mantilla corta y redonda, las medias azules y el zapato abotinado. El dengue lo han abandonado hace tiempo, y para salir al campo tienen más toscas prendas.

Muy dadas á lucir sus formas, un tanto abultadas, las adustas ribereñas, ó *riberanas*, adornan las blancas medias con *cuchillos* ó sean franjas bordadas al costado con sedas de colores; dejándolas ver el zapato muy escotado de paño con lazo de seda, bien que en invierno tienen que cambiarlo por el escarpin con almadreñas ó *galochas*: sobre un rodado amarillo ponen otro encarnado más corto, y sobre éste otro negro más corto todavia y muy estrecho, y encima de todo un delantal de *caramaco*, tela negra muy lustrosa, adornándolo con lentejuelas y abalorios, y guarneciéndolo de terciopelo como el rodado, en el cual forman dibujos hasta por la abertura del bolsillo. La chaqueta, igual á la de las montañesas, con puño abierto y tres botones redondos, pendientes de cadenillas, deja asomar los *corchados* ó bordados de la camisa ajustada al cuello y menudamente plegada, y sobre los hombros llevan un pañuelo grande, cuyas puntas cuelgan atadas detras entre todas las cintas, y deja ver el borde del otro pañolito blanco que llaman *sudadero*. Ostentan la abundancia del cabello tendiéndolo por la espalda en dos trenzas con lazos de seda en las puntas, y cuando

cubren la cabeza lo hacen con un dengue negro en forma de toca, con su motita sobre la frente. En la Ribera de Carrizo cubren la cabeza con un pañuelo encarnado atado atrás, y en vez de chaqueta llevan un justillo con dos descotaduras en forma de corsé: en la Bañeza el corpiño es encarnado, abierto por delante, bordado por la espalda y sin manga; el rodado tiene encarnadas también las franjas, llevan el dengue con las puntas sueltas por delante y el pañuelo de la cabeza lo atan sobre la frente. Tienen, como las maragatas, pasión por las joyas de gran tamaño, sólo que en lugar de las arracadas llevan, después de casarse, pendientes de plata sobredorada, en forma de esferas con colgantes, que llaman *calabazas*, cuyo interior forran de seda carmesí para que resalten los calados; y más comunmente usan gruesos aros de alambre de plata desde tres á ocho dedos de diámetro, llamados *vincos*, con tres groseras palomitas del mismo metal pasadas en ellos, habiendo en Madrid señoras que han tomado vincos de éstos, y no los mayores, para llaveros. De las gargantillas de muchas vueltas de corales y medallitas suelen caer sobre el pecho uno y á veces tres grandes joyeles, de buen dibujo, aunque de tosca ejecucion, y en los dedos no escasean los anillos con piedras falsas. Durante el verano se ocupan en la *jaya* ó limpia del lino, que hilan y blanquean en el invierno, y en la Bañeza practican las demas labores agricolas mientras sus maridos se dedican á la arrieria. Lo más original de la gente de este último distrito es que algunas veces, cuando se casan, continúan viviendo con sus padres respectivos, sin juntarse en todo un año, durante el cual se agencian un peculio para fundar la nueva familia; y hasta hace poco, estas casadas doncellas iban á la iglesia con tocas blancas, á manera de las mućetas antiguas, y una montera encima.

Las paramesas guardan un término medio entre las de la ribera y la montaña, participando á la vez del buen gusto y aseo de las unas y de la modestia de las otras, como es también su suelo paso y division entre los países alto y bajo. Son notables las camisas que gastan, por venirles tan estrechas, que se las ponen y quitan con gran dificultad; son asimismo muy cortas, é igualmente escasas las pecheras y los puños, pero su grosera *estopilla* está rizada con habilidad suma en cuello y puños, y bordada de vistosos colores. La falta de todo género de combustible les obliga á calentarse en el invierno en *glorias*, como las de tierra de Cámos, suelos abovedados por donde circula encerrado el humo de la paja, como en los hipocaustos romanos. Sobre ellas, segun antiquísima costumbre, comparten las mujeres con los hombres el trabajo de la rueca y la calceta, en compensacion de la ayuda que prestan á éstos en el campo; y sus ruidosas conversaciones las acostumbran al vocerio descompasado con que en el mercado de Leon se distinguen.

Las bercianas de las villas principales llevan sobre el jubon, ó sin él, un pañuelo grande, cuyas puntas suelen atar á la espalda, y en la cabeza otro pañuelo como las montañesas; pero en la parte alta del país usan como mantilla un pedazo cuadrado de bayeta, que llaman *mantelo*, cogido bajo la barba con un corchete, y cuando hace



frio añaden al jubon la chaqueta, cerrada por el cuello y la cintura. Su ordinario alimento es el pote gallego, especie de potaje cuya sustancia es la manteca, y sus principales ingredientes las patatas con los *grellos* ó tallos de nabiza, y cuece sin interrupcion toda la semana, reemplazando los materiales á medida que los consume la familia. El humo se escapa de sus hogares sin chimenea por los huecos de las cubiertas de pizarra, y tienen la escalera exterior para economizar por dentro el sitio del establo del piso bajo y la vivienda del de encima. Lavan arenas de oro las que habitan las Medulas y su valle, apacientan ganados en sus peligrosos riscos las sufridas cabreresas, y ademas del filandon, pasan asando castañas las noches del invierno.

La breve y clara explicacion de la leonesa, tan afable como estudiosa, ocupó á nuestros amigos más que las maravillas del arte, con todo detenimiento examinadas en San Marcos, y mientras se dirigian á San Isidoro por el camino de Renueva, los numerosos grupos de criadas y aldeanas que volvian por el puente de dar un paseo á Trobajo ó la Armunia prestaron ocasion de aplicar y corroborar lo que habian aprendido. Con ideas diametralmente opuestas porfiaban unos que los trajes del pueblo permanecen invariables á traves de los siglos, libres de la voluble alteracion de la moda, mientras objetaban otros que el cambio se verifica tambien en las aldeas, sólo que con más lentitud que en las ciudades. Apoyábanse en los usos que en nuestros mismos dias han cambiado las maragatas, recordando al mismo tiempo que el traje que ahora pasa por anticuado no es el mismo de hace un siglo, pues la toca se llevaba alta y almidonada, á modo de nimbo, y se llamaba *caramiello*; los dos mandiles se juntaban por arriba formando sobrefalda, y se adornaba por la espalda el sayuelo. Hizoles callar en esto el deseo de atender á la conversacion de unas muchachas que á pocos pasos les precedian, criadas de servicio de distintos pueblos, hechas amigas por la vecindad de sus amos, y que iban enseñando la ciudad á sus madres y hermanas.

—¿Vieron tus amos esta mañana, Cuca?—decia una robusta cocinera á una doncella de labor, cuyo nombre era Francisca.

—¡Ca, boba! No quison caminar por ver las fiestas del tren.

—Pus los míos hubieron de quedarse sin fiesta ni tornafiesta, si no aguantan con las caballerías ya de noche.

—Oíles que picaban á la puerta muy tarde.

—Era la rolla de enfrente, que vino á pescudar si los muñuelos que trujo para su niña eran como los que yo maso, y enseñarme una moña que habia vestido.

—¿Hais visto el tren de los señores?—añadió en seguida, dirigiéndose á sus acompañantes forasteras.

—¡Vaya!

—Á mí me da miedo con aquellos hombres llenos de birrones de carbon en la cara.

—Á mí no,—replicó una;—que en mi pueblo hace tiempo que pasan y los cono-

ce mos, y onque vienen á la mi casa haciendo de cuyusque, pagan bien, y se les deja el mejor sitio al humor de la lumbre.

—En mi lugar,—dijo otra,—ésque escomenzaron á pasar esos diañes de vapores, mandó el señor Alcalde al oficial de la voz decir en la plaza que denguno pasara en la via de que los viesen en el puente de la moldera.

—Anday, que muchos pasan sin cuidado.

—Como que avisan con aquel pito que ruge sin ponerlo á la boca.

—Abaos no os pillen, que aquellas ruedas hacen malas coscas.

—Miray,—interrumpió la doncella,—ya es hora de poner la cena, que hoy se avian las señoritas temprano para dir al baile.

—Veivos, hijas,—contestó la madre más anciana,—que yo voy á la botica por el quinin que quiere la paragismera de la Roya para la pispola de su nieta.

Mirándose unos á otros quedaron los indiscretos oyentes cuando las mujeres hubieron desaparecido, originándose nueva disputa sobre las voces y modismos provinciales que habian escuchado. Querian unos calificarlos todos de puros solecismos y corrupciones de lenguaje; pero avezados otros á seguir las evoluciones de los idiomas, sostenian que fuera de las faltas materiales de pronunciacion, el modo de hablar de las leonesas dejaba ver ciertos caracteres de permanencia en las flexiones de verbos y composicion de nombres, que hubieran podido arrogarse el derecho de dar la norma á la lengua nacional, á ser por más tiempo Leon capital de toda España. Encarecian éstos la necesidad de cultivar el estudio gramatical de los dialectos provinciales, sin el cual no podria acabarse el conocimiento interno del idioma castellano, celebrando un tomo de poesias en dialecto berciano, próximo pariente del gallego, impreso años atras; y supieron luego con placer que un leonés erudito habia puesto mano en el trabajo, tan improbo como útil, de coleccionar las voces y giros de lenguaje vulgares en distintos puntos de la Provincia.

Llegaron en esto los viajeros, al tiempo que la serena tarde de otoño iba recogiendo su luz, á la venerable Colegiata de San Isidoro; y despues de recorridos los claustros, enlazados con los adarves y cubos de la muralla, y de haber examinado en la libreria la preciosa *Biblia* iluminada del siglo x, salian embebecidos en graves pensamientos, á que arrastraba la contemplacion del profanado panteon regio, cuando quedaron suspensos al ver en la iglesia devotamente hincadas de rodillas á gran número de señoras y de jóvenes leonesas, las cuales, segun cuotidiana costumbre, asistian á la Reserva, con simple traje negro, envueltas en sus mantillas, con el velo modestamente caído. Grande era el contraste entre la actitud recogida con que fijaban la vista en el devocionario y el alegre ademan con que agitaban en las graderias de la Estacion sus pañuelos; grande la diferencia entre la humildad presente y la ostentacion de poco ántes, como eran grandes el contraste y la diferencia entre la melodia solemne que hacia resonar el órgano en las románicas bóvedas del templo y la confusa griteria que la agitada muchedumbre exhalaba por la mañana bajo la



bóveda del cielo; y sin embargo, la dignidad en unas, la hermosura en otras, la gracia en todas, era la misma, ó más bien crecía al ser vista nuevamente. ¿Qué soplo misterioso anima á las leonesas, especialmente de la capital, para que cualesquiera que sean sus perfecciones ó defectos naturales, en todas campee la gracia ingénita, la elegancia instintiva, el buen gusto que se deja conocer á la primera ojeada? En nuestra pobre opinion, esa es la huella de lo pasado, la herencia de los mayores; que no en vano fué Leon por tantos siglos la corte de los Reyes y el sagrado depósito de las leyes del Fuero Juzgo; y el tiempo, que ha hecho desaparecer palacios, murallas y monasterios de piedra, no ha podido borrar el legado de personal distincion que con su sangre hicieron á sus hijas aquellas leonesas, dignas de eterna memoria, que por tal razon hemos sacado á plaza en la primera parte de este escrito.

Pudieron ver aquellos señores la confirmacion de nuestro parecer al reparar luégo en las mozas de la capital y sus contornos, que paseaban en grupos de cuatro ó cinco, como en dias de fiesta popular. Aunque pequeñas de cuerpo más bien que altas, llevaban donosamente caída hácia atras la mantilla de paño guarnecida de ancho terciopelo, peinada la cabeza con esmero, y el pañuelo al cuello de seda ó lana de vivos colores hacia resaltar la blancura del cútis, hasta en las que se ocupaban en trabajos al aire libre. Por la explanada de San Marcelo otros grupos de muchachas manifestaban su abierto carácter, entregándose á los pasos cadenciosos y rápidas vueltas de su danza favorita, la giraldilla, ya con mozos de su edad, ya unas con otras. Es esta danza un baile bastante agitado, en que las parejas se mueven con entera independencia, sin combinacion de figuras, al son de una música de cuatro tiempos, colocándose los dos bailarores con los brazos extendidos uno enfrente de otro. Alternan con éste los bailes modernos de sociedad, de origen extranjero, ocasion de mayor y grata intimidad entre los jóvenes, que con todo ardor se entregan á su vertiginoso movimiento, y como en él encuentran más fuerte estímulo para su sangre bullidora, van abandonando la alegre giraldilla, por igual ley con que parece ésta haber desterrado las pausadas y ceremoniosas danzas en rueda ó en dos filas que duran todavia en Astúrias y en las montañas del Bierzo.

La oscuridad, que á más andar se echaba encima, llamó á nuestros amigos al banquete oficial de la Estacion, celebrado aquella noche en la cochera de carruajes, banquete opiparo, pero que por ser de hombres solos y todos saber cómo Lhardy los prepara y cómo suele la gente concluirlos, pasamos en silencio, considerándolo ajeno á nuestra tarea. Lo contrario nos sucede con el gran baile que siguió, término y coronacion de los festejos de la apertura. Con los individuos del Ayuntamiento hacian los honores de la sala el Director y los Consejeros de la Compañía del ferro-carril, á cuya gestion era debido aquel dia de júbilo, y de quienes todavia espera el país mayores ventajas en la prolongacion de las lineas. Habian elegido, por su mayor capacidad, el local del teatro, contiguo á la Casa Consistorial de la plaza de San Marcelo, previendo que el bello sexo de Leon, reforzado con el de muchas poblaciones

inmediatas, y especialmente de Palencia, no desperdiciaria tan singular ocasion de lucir sus galas y atractivos; y en efecto, dificilmente puede imaginarse funcion más brillante y concurrida, donde multitud de hermosas, desmintiendo con su exquisita elegancia el alejamiento en que habian vivido, ostentaban á la luz de mil bujias aquel donaire ya observado en la Estacion, en la iglesia y en la calle, dejándose conducir blandamente por sus parejas al acento de militares músicas, ó sosteniendo amena plática, del brazo de los convidados. Sigamos á aquella arrogante jóven, nieta de un Diputado á Córtes, á quien pregunta su compañero cómo se encuentran en Leon tales hábitos de sociedad y cultura, y con disimulo escuchemos su respuesta.

—Las señoras de esta ciudad,—decia,—estamos en contacto y relacion no interrumpidos, y nuestro mutuo trato nos dispone para recibir sin cortedad á los extraños. Todas las mañanas nos juntamos en Misa, y ya nos habrá usted visto por la tarde en San Isidoro visitando al Santisimo, alli perennemente expuesto, en premio á nuestra diaria y secular devocion. Si hoy hemos ido pocas al paseo de San Francisco, sólo ha sido por el cansancio de la mañana y los preparativos de esta noche, sin contar con la atencion que debemos á huéspedes que casi todas las familias albergamos; pero en el verano, sobre todo, es dificil hallar más lucida ni constante concurrencia. Como socias de San Vicente de Paul, nos reunimos todos los mártres en casa de mi abuela; el cuidado doméstico nos conduce al mercado de los miércoles; una solemne Salve nos congrega los sábados junto al Panteon de los Reyes, y muchos domingos nos damos cita para despues del paseo en el Circulo, á fin de oir los acordes del piano ó dar cuatro vueltas de vals ó de mazurca.

¿Quién no ve en todo esto la corroboracion de cuanto dijimos poco hace sobre las cualidades generales de la leonesa? Las señoras de esa tierra guardan incólume el depósito de distincion y de cortesia que les legaron las damas de Doña Sancha y Doña Berenguela; ya no tienen sus títulos y feudos, pero no han perdido sus altas cualidades y sus maneras escogidas. No era ménos singular el efecto de los nombres que se oian cruzar de uno á otro extremo de la sala: Ninfa, Flora, Eleusipa, Teodosia, Artemia, Juvenal, Zoa, Olimpia, aplicados indistintamente á niñas y ancianas, revelaban gusto depurado y delicadeza de oido anteriores é independientes de la mania romántica. Por eso los convidados, al despedirse á las altas horas de la madrugada de tan florida pléyada, llevaron impresiones gratisimas de aquellas fiestas, abrigando risueñas esperanzas acerca de la futura suerte de un país en que la mujer ocupa tan honroso puesto; y ménos que nadie podrá el autor olvidar las dulces memorias de aquella reunion, donde se halló con las más caras prendas de su afecto; de aquel país, donde corrieron años dichosos de su vida; de aquella ciudad, donde la hija única que le resta dejó sentir su primer latido.

EDUARDO SAAVEDRA.





LA

# MUJER DE LÉRIDA

POR

D. VÍCTOR BALAGUER.

I

Dos eminentes publicistas me han precedido en el camino que emprendo. El crítico y el filósofo han ya recorrido la senda que se abre á mis ojos. Llego mal y llego tarde.

La mujer catalana está ya descrita, y magistralmente descrita por cierto, porque, no hay que ponerlo en duda, la mujer de Barcelona es la de Gerona, la de Gerona es la de Lérída, y ésta la de Tarragona.

Yo desearía apelar al juicio siempre severo, pero siempre exacto, y al espíritu observador y analítico de Mañé y Flaquer; yo desearía apelar al criterio filosófico y levantado de Canaléjas, para que me explicaran en qué se diferencian la mujer de Barcelona y Gerona de la de Lérída.

¿Qué importa que las necesidades de la Administración ó las exigencias de la política hayan hecho cuatro partes de Cataluña, y cuatro Provincias de la que debiera ser una sola? Clima, idioma, costumbres, usos, tipos, leyes, todo es idéntico. Á orillas del Segre, lo propio que á orillas del Llobregat, se encuentra la misma raza, y es una misma la familia que acampa á las márgenes del Oñá ó se extiende por las riberas del Francolí. Los pueblos catalanes, de origen comun y de comun historia, han formado siempre un grupo, un centro, una familia; y si constituyeron una nación en pasados siglos, nada de ella han perdido, ni nada tampoco de su individualismo característico, cuando, en más cercanos tiempos, han venido á formar parte de la Corona de Aragón primero, y de la de España más tarde.

En vano ha sido dividir á Cataluña en cuatro Provincias. En doce la hallamos dividida en los primeros tiempos de su historia escrita, y una sola era entonces, como lo



es ahora. Si hoy se conoce á los catalanes por *barceloneses*, *gerundenses*, *leridanos* y *tarraconenses*, en otros tiempos han sido conocidos por *russinos* los que tenían por capital á *Russino*, hoy Perpiñan, en Francia; por *indijetes* los que vivían en la costa del mar, desde *cap de Creus* hasta Gerona; por *lacetanos* los que ocupaban el territorio que hoy forma los distritos de Moya y Manresa, teniendo á esta última por capital; por *laletanos* los que vivían en el llano de Barcelona y del Llobregat, y contaban con cuatro ciudades importantes en su comarca: *Ilanda*, *Iluro*, *Bétulo* y *Barcino*, es decir, Blanes, Mataró, Badalona y Barcelona; por *ceretanos* los de la Cerdaña, comarca hoy dividida por los tratados, que no por la naturaleza, en francesa y española; por *sedetanos*, que eran los que se extendían desde el Ebro hácia Poniente, internándose en la que es hoy Provincia de Valencia; por *cosetanos* los que ocupaban el campo de Tarragona, con esta ciudad por capital; por *acetanos*, que eran los que tierra adentro confrontaban con los *cocetanos* y los *ilerjetes*; por *ilercaones*, que eran los que tenían por capital á Tortosa; por *ausetanos*, que comprendían todo lo que es hoy tierras de Vich, y tenían por capital á esta ciudad, llamada entonces *Ausa*; y, finalmente, por *ilerjetes*, que comenzaban en Aragon, cerca del rio Gállego, y entraban en Cataluña siguiendo el mismo rio hasta encontrarse con el Ebro, tomando luego á lo largo del Segre, hasta su capital, que era *Ilerda* ó Lèrida.

En estos distintos pueblos se hallaba, al surgir los orígenes de su historia escrita, dividida Cataluña. Era, sin embargo, la misma raza, el mismo pueblo, y siempre ha sido la misma su historia, que en vano se trataría de escribir los anales de uno de estos pueblos sin escribir los de otro.

El que ha descrito, pues, en las páginas de este libro á la mujer de Barcelona, ha descrito también la mujer de Lèrida. La mujer catalana es la que ha salido bosquejada de su pluma.

## II

Es costumbre en Castilla decir que la mujer catalana es adusta. Lo tengo por un error profundo. Nace esta idea, tan falsa como extendida, de observaciones poco analíticas y poco discretas.

No hay que buscar en la mujer catalana, lo confieso,—y perdóneme la que lea en estas líneas este tributo rendido á la verdad,—no hay que buscar en la mujer catalana, ni la pintoresca verbosidad de la andaluza, ni el discreto galante de la castellana; no hay que buscar tampoco en ella, ni la voluptuosa llama que arde en los ojos de la mujer del Mediodía, ni la gracia exquisita con que acompaña todos sus movimientos la de Castilla.

La mujer catalana no fascina ni embriaga, pero atrae al pronto y cautiva por completo más tarde.

Los que la han llamado adusta, ni la conocen ni la tratan.

Dudo que de una andaluza, por ejemplo, se pueda ser amigo sin concluir por adorarla, por caer á sus piés, por completar en el delirio de la pasión las relaciones comenzadas en la sencillez de la amistad. De una catalana se puede ser amigo sin llegar á ser amante, y en la intimidad de un trato familiar y cordial va revelando tesoros de sentimientos exquisitos y de purísimos goces, desconocidos para el observador que forma su juicio con la frívola apariéncia de las exterioridades.

Poco avezada la mujer catalana á los requiebros lanzados á quemaropa y á las aturdidoras exageraciones amorosas de galanes decidores, acostumbra á recibir con marcada altanería al que de esta manera pretende entablar con ella relaciones. Reconcentrándose, replegándose en si misma, como púdica sensitiva que se siente herida, se envuelve en la majestad de su desden, y con fría mirada rechaza al que de improviso se atreve á requerirla de amores. Jamás contestó una catalana al requiebro atropellado, ni siquiera al mismo galanteo espiritual de un desconocido, de otra manera que con un gesto altanero de desprecio. Sin embargo, á muchos de esos galanteadores he visto yo buscar con ahinco la sociedad de aquella misma mujer á quien el primer día tacharan de descortes y adusta por no haber contestado, con una sonrisa al ménos, á su galante frase. ¡Cuántos son los que han sido cautivados más tarde por los encantos de la misma mujer á quien ellos creyeran desprovista de toda seducción y atractivo! ¡Cuántos los que han acabado por hallar en su brusca desconocida del primer día una compañera fiel y adicta, ó una dulce y fraternal amiga!

Y es que en la mujer catalana el amor no es la ardiente llamarada del incendio que aparece repentinamente para abrasarlo y consumirlo todo en un instante, sino la templada llama del fuego vestálico que arde constantemente: lento, pero eterno.

Distinguese Cataluña por la severa honestidad de sus costumbres y por su vida de familia, íntima y santa, que en pocas partes como allí se encuentra.

El hogar doméstico es una religión. Las leyes mismas han hecho una tradición, un monumento, de la familia catalana. En este hogar es donde la mujer vive, y florece, y brilla. Para conocerla hay que verla en el hogar de sus mayores; para admirarla, para juzgarla, en la casa de su esposo ó junto á la cuna de sus hijos.

Llenas están las historias de recuerdos de mujeres de otras Provincias, que, alejadas de su país, han brillado como las primeras y han adquirido un nombre célebre, ya en los aristocráticos salones de las Córtes, ya en las crónicas de libres galanteos, en los anales de intrigas palaciegas ó en las narraciones de aventureros viajes. Rara es la mujer catalana que ha brillado fuera de su país, lejos del sitio donde vió la luz del día. La mujer catalana necesita estar cerca de la tumba de sus padres, á la vista del campanario de su aldea; necesita vivir en la atmósfera impregnada de los recuerdos de su infancia. Ausente de estos sitios, alejada de estos recuerdos, la catalana *s'anyora*, y acaba por morir *d'anyoransa*.



## III

Entre los solemnes y piadosos recuerdos que las épocas pasadas nos legaron, hay algunos cuya práctica ha sido religiosa y escrupulosamente conservada. Así es como la celebracion del aniversario de la Natividad de Jesus ha atravesado los siglos sin alteracion ninguna.

En aquellos pueblos,—y afortunadamente Cataluña es uno de ellos,—en que la fe vive todavia sagrada y pura, el recuerdo de esta festividad alegra el corazon, y todo lo que á ella se refiere es motivo de dicha y de gozo. Muchas son las familias cristianas que en semejante dia se reunen y congregan junto á la mesa paterna. El anciano padre, al bendecir la mesa, bendice tambien á todos sus hijos, á todos los miembros de la familia junto á él agrupados.

Al acercarse el dia de la Natividad, el anciano se rejuvenece, se acuerda de sus primeros años y sonríe al niño, que se estremece de júbilo. Y esto sucede, no sólo en un pequeño é ignorado rincon de la tierra, sino por todas partes donde el cristiano ha plantado la Cruz del Salvador del mundo. Desde el pueblo más civilizado hasta el pais más bárbaro se repiten los mismos cantos, los mismos rezos que con tanta majestad resuenan este dia bajo las bóvedas de nuestras basílicas, y que con tanta sencillez se oyen en la humilde gruta donde el misionero, rodeado de los salvajes que ha catequizado, ofrece á Dios el Santo Sacrificio.

El dia de Navidad se celebra en diversas comarcas poniendo en uso ciertas tradicionales costumbres, pero acaso en ninguna con sello tan característico ni con sabor tan religioso y moral como en la comarca de Lérida y en sus llanuras de Urgel. En estas ceremonias tienen las mujeres leridanas una parte muy principal, y ellas son el alma de la fiesta.

Es preciso decir primero, para aquéllos que lo ignoren, que el Urgel es en Cataluña la comarca de la fe, de la caballeria, de la tradicion y de la poesia. En su fortaleza de la Seo es donde comenzaron su heroica y homérica lucha los independientes que, palmo á palmo y sierra á sierra, iban reconquistando á los árabes el territorio catalan. Allí, en la Seo de Urgel, resguardados por la aspereza de los montes y natural fortaleza del sitio y castillos que se edificaron, fué donde los nueve *Varones de la fama*, tan renombrados en las crónicas catalanas, comenzaron la guerra de la Reconquista; allí es donde dejaban á sus mujeres é hijas mientras ellos partian para los azares y peligros de una gloriosa lucha; allí es donde echó los cimientos de su raza y de su casa aquella batalladora prole de los Condes de Urgel, que tantas páginas de gloria habia de llenar en nuestras historias, y que tan alto debia remontar su vuelo, para despues ir á terminar desastradamente, con su último heredero D. Jaime *el Desafortunado*, en los insanos calabozos del castillo de Játiva.